







ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

---

*Editores: los SRES. SAN MARTIN Y JUBERA.*

---

---

Imprenta á cargo de Julian Peña, Rubio, 53.

R. 31.199

LITERATURA,  
HISTORIA Y POLÍTICA,

POR

D. JOAQUIN FRANCISCO PACHECO.

TOMO II.



MADRID.

A. DE SAN MARTÍN,  
Victoria, 9.

AGUSTIN JUBERA,  
Bola, 11.

1864





PARTE PRIMERA.

---

LITERATURA.



BERNARDO

**II.**

**DRAMAS.**

(CONTINUACION.)



# BERNARDO:

DRAMA ÉPICO

EN CINCO ACTOS.



---

---

El disgusto de no ver representados *Los Infantes de Lara*, no pudo retraer al autor de estas líneas, de su viva afición al teatro. Sin detención alguna, en el mismo año de 1836 en que aquellos se habían escrito, comenzó á meditar sobre el asunto de BERNARDO DEL CARPIO, y á trazar en el papel algunas de sus primeras escenas.

Pero la política hizo lo que los desengaños no habían hecho. La política, acabándole de envolver en sus redes, le arrancó á la literatura, y le lanzó de lleno en los negocios públicos. La elección para las Cortes Revisoras, en que fué nombrado Procurador, la revolución de la Granja, que trastornó las instituciones del país, y la campaña periodística que hizo en *El Español* y en *La España* en 1837, ocuparon de todo punto su tiempo, y no le dejaron pensar por entónces en ningún proyecto literario. Los pocos versos que había escrito del BERNARDO, permanecieron olvidados en su cartera. Sólo muchos años después, en 1845, se animó á concluir el primer acto: sólo algunos más, á su vuelta de Roma en 1848, terminó la obra, y la dió á la estampa.

A esta obra, que con muy leves correcciones se reimprime, ven los lectores que se ha dado el nombre de drama épico. Creemos que éste es el que debe llevar. No le conviene de seguro el de tragedia, pues no es un asunto trágico, de pasiones trágicas, el que en primer término y en realidad le llena y le forma. Trágico es el argumento del conde de Saldaña; el de su hijo, como el autor le había concebido, no lo es. Comedia heroica se la habría llamado en los tiempos antiguos, cuando la voz comedia significaba toda composición dramática. Pero hoy no se usa de esa palabra en tal sentido. Hoy es drama la denominación general, salvo el distinguir por un epíteto la naturaleza de la acción que se representa. ¿Porqué no hemos de llamar drama épico á lo que es verdaderamente épico ó heroico? Si es posible la cosa, — y en ello no nos cabe duda, — ¿por qué no ha de ser posible, y porqué no ha de emplearse el nombre?

Dejando aparte un punto que vale tan poco, lo que puede importar es el juicio, es la calificación que merezca el poema. Con la pura sencillez con que lo ha formado y emitido el autor respecto á los anteriores, con esa propia lo va á hacer en breves palabras, del presente.

Y dice sin rebozo que está contento de haber escrito el **BERNARDO**. Cree haber hecho un drama digno, al propio tiempo que nacional: cree haber dado un paso en el camino que deben proponerse los que combinan la poesía con los sentimientos verdaderamente patrióticos. No abriga la presunción de que su obra sea perfecta; pero la juzga aceptable, estimable, destinada á vivir más de un día, á hacerse leer con indulgencia por las generaciones futuras. Diez y seis años han transcurrido desde que firmó al pié de ella su nombre: hoy no tiene ningun reparo en volver á publicarla, escribiéndolo de nuevo á su frente. El gran

Quintana se la aplaudió entónces con entusiasmo : séale permitido errar, si yerra, en compañía de tan insigne maestro.

Algunas palabras más, y habrémos concluido estos apuntes.

Cuando nos ocupábamos en el asunto, cuando estaba acalorada con él nuestra imaginacion, el plan que nos bullia en la mente tenía aun más amplitud y mayores dimensiones. Nuestra epopeya dramática de BERNARDO DEL CARPIO no habia de encerrarse en este drama. A esa primera accion que envolvia la independenciam del Reino de Asturias de los Califas sarracenos, habia de seguir otra, íntimamente enlazada con ella, y que celebrase la independenciam del mismo reino respecto al imperio de Carlo-Magno. Lo uno y lo otro se unian y se completaban. El vencedor del Carpio, ó sea del castillo de Luna, es en nuestras leyendas el vencedor de las gargantas de Roncesvalles. El triunfo sobre los enemigos del Norte y sobre los del Mediodía es la doble consagracion de la libertad nacional. Quien dignamente hubiese cantado éste y aquel, habria levantado de seguro uno de los más dignos monumentos que la literatura puede ofrecer á la patria.

No lo hemos hecho ciertamente nosotros. Esa segunda parte, aunque concebida y meditada, no hemos llegado jamás á escribirla, á empezarla siquiera. Los mismos impedimentos de 1836 se han repetido en seguida de 1848. Despues, ya ha sido tarde. Ha pasado nuestra juventud, y quizá se ha secado nuestra imaginacion.

El BERNARDO, pues, tal como existe, constituye nuestra última obra dramática. Y francamente hablando, con esa sinceridad de que hemos dado pruebas, nos causa pena el que haya sido así. Parécenos que habia algo aún en nuestra inteligencia capaz de interesar al público : parécenos que no se habian apurado en ella las combinaciones teatrales dignas de la presente civilizacion.

Sentimos no haber escrito un LUCANO en que nos proponíamos pintar la corte de Neron, con sus caballeros romanos y sus *heteras* griegas, con la filosofía estóica profesada por Séneca, que abandonaba en los palacios el mundo, y con la religion cristiana predicada por San Pablo, que se levantaba desde la esclavitud á dominarle. Sentimos no haber escrito un AECIO, cuyo objeto era describir las agonías del orbe antiguo, invadido ya por los bárbaros del Norte, que le desgarraban espantándose de su propia obra. No sabemos lo que nos habrian permitido en uno y otro asunto nuestras fuerzas: sabemos que nos seducian los dos, y que teníamos gran confianza en que su grandeza nos inspirase y sostuviese.

Pero olvidemos todo esto. Ni el LUCANO, ni el AECIO, ni la segunda parte del BERNARDO han visto ni verán la luz. El drama que va á continuacion cierra de hecho nuestro teatro. Cualquiera que sea el juicio que sobre él se forme, ese es el juicio definitivo que merecemos. Permitasenos la esperanza de que no erramos del todo en nuestra favorable opinion, y de que ya que no se repitan las lisonjeras frases que nos dirigía el autor de Pelayo, ó el que tradujo este BERNARDO mismo en la lengua de Alfieri, se dirá al ménos que no carecíamos enteramente, al escribirle, ni de dignidad poética, ni de pasion dramática, ni de sentimientos nobles y generosos.

## PERSONAJES.

---

EL REY D. ALFONSO II.  
EL OBISPO DE LEON.  
EL CONDE DE SALDAÑA.  
BERNARDO.  
ORDOÑO.  
RAMIRO.  
EL CASTELLANO DE LUNA.  
GARCIA.  
VEREMUNDO.  
ALMANZOR.  
ISMAEL.  
DOÑA SOL.  
UNA DUEÑA.

---

MENSAJEROS, PAJES, CLERO, GRANDES, SOLDADOS, MONTAÑESES, PUEBLO, MOROS, ETC.



## ACTO PRIMERO.

---

*La Plaza de Leon.—A un lado la Catedral: enfrente el Palacio.*

---

### ESCENA PRIMERA.

---

El OBISPO, seguido de PAJES, que se dirige á la iglesia. Tropel de PUEBLO, MUJERES y NIÑOS, deteniéndole. Entre estos RAMIRO. A un extremo, BERNARDO sentado en un banco de piedra, vestido de villano.

UNO.

No os dejaremos pasar.

OTRO.

¡Tened piedad de Leon!

OTRA.

Hacedlo por compasion,

Y acabe tanto penar...

RAMIRO.

Sois nuestro padre, por Dios...  
Padre del pueblo cristiano:  
¿Dónde tenderá su mano,  
Cuando la rechaceis vos?

OBISPO.

¡Hijos! hijos!... Vuestro duelo  
Me tiene el alma partida :  
Yo os diera mi pobre vida,  
Por daros algun consuelo...  
Pero ¿qué quereis de mí?

RAMIRO.

Que niegue el tributo el Rey!

UNA.

Es mengua de nuestra ley.

OTRO.

Es una ignominia.

MUCHOS.

¡Sí!

OBISPO.

Mengua, ignominia... ¡es verdad!  
Y yo las lloro cual vos;  
Mas así lo quiso Dios,  
Penando nuestra maldad...

RAMIRO.

¡Dios!

OBISPO.

Sí, Dios abrió su mano,  
Y nos retiró su escudo,  
Y nuestro imperio no pudo

Reistir al mahometano...

¿Qué quereis? ¿Quereis mejor

Que extingan toda la luz?

¿Que huellen la Santa Cruz

Del divino Redentor?...

VARIOS.

¡Que no se pague el tributo!...

OBISPO.

¿Pensais que yo lo quisiera?

Mas ¿no temeis que os cubriera

Otro acerbo y triste luto?

Cien doncellas son ahora,

Virgenes puras del cielo,

Mártires de nuestro suelo,

Que España bendice y llora.

Ellas... á penar por vos

Las lleva su infausta suerte;

Si allí las llama la muerte,

De arriba las llama Dios.

Por él tendrán fortaleza

Para sufrir y lidiar:

Por él irán á triunfar,

Pereciendo con pureza...

Mas si el moro os dominara;

Si en alas de la ventura

Su bandera negra, impura,

Sobre esas torres alzara:

Si la memoria borrarse

Aun de vuestro nombre mismo,

Y las fuentes del bautismo

En este suelo cegase....  
¡Oh! no, no... Resto precioso  
Sois del imperio español;  
No se eclipse todo el sol:  
No muera el nombre glorioso.  
Ved á Mérida, á Sevilla,  
A Toledo... ¡Todo calla!  
¿Pensais que baste por valla  
Del Esla la angosta orilla?—  
¡Suframos, hijos! Un día  
Llegará puro y luciente,  
En que elevemos la frente  
Coronada de alegría.  
Un tiempo al cabo vendrá  
En que nuestra Santa Cruz  
Triunfe en el suelo andaluz,  
Y aun ¿quién sabe?... mas allá.  
Aguardemos entretanto :  
Resignémonos al yugo  
Que al cielo imponernos plugo  
En su querer sacrosanto.  
Llevémoslo con dolor,  
Con llanto triste y sincero;  
Que si Dios es justiciero,  
¡Ah! tambien es redentor...  
Venid... Vamos al altar  
A ofrecerle nuestras penas...  
¿Quién sabe si las cadenas  
Quiere por fin quebrantar?

(Éntrase en la iglesia , seguido de su acompañamiento y de una parte del pueblo. Los demás principian á separarse con señales de afliccion. Al oír á Bernardo se detienen. Este empieza á hablar desde su asiento. Despues se anima, y se levanta ).

## ESCENA II.

BERNARDO , RAMIRO , PUEBLO.

BERNARDO.

¿Quién sabe?... Quiere sin duda:  
 Que harto tiempo las llevais!....  
 Pero si nada intentais,  
 ¿Cómo ha de daros ayuda?  
 ¿Angeles ha de enviar  
 A que combatan por vos?  
 ¡Qué vergüenza, vive Dios,  
 Lo que acabais de escuchar!  
 Yo soy libre como el viento,  
 Sin hija, amiga, ni hermana;  
 Mas tengo el alma cristiana,  
 Y cual vos la injuria siento.  
 Voces de dulce mentira  
 Nunca han hecho mella en mí;  
 Que el corazon late aquí,  
 Y el rostro se enciende en ira.  
 ¡Cómo! ¿Vuestras hijas dais  
 Por no osar una batalla,

Y de esa impura canalla  
Pasto infame las mirais?  
Más bajos sois que la fiera  
Que de esos montes descende;  
Ella sus hijos defiende;  
Defiéndelos aunque muera.  
Vosotros no osais alzar  
La frente de envilecidos;  
Pero escuchais los quejidos,  
Y no os sentís desgarrar...  
¡Bien! Proseguid de esa suerte:  
Dad vuestras hijas al moro,  
Por conservar vuestro oro,  
O por miedo de la muerte.  
¿Qué puede importarme á mí  
Vuestra gloria ó vuestra pena?  
Yo no arrastro la cadena;  
Yo soy libre cual nací.  
Por fortuna no es Leon  
La sola tierra de España:  
Hijo soy de la montaña,  
Y es el bosque mi nacion.  
Allí, entre riscos salvajes,  
Al borde de los torrentes,  
Ni el rubor sube á las frentes,  
Ni se pagan vasallajes.  
Allí se vive y se muere  
Cual vive y muere la encina:  
Ni un pagano nos domina,  
Ni mano infame nos hiere.

—¿Hay alguno, por ventura,  
 Que aun sienta el pecho latir?  
 Que indignado quiera huir  
 De esta ciudad vil, impura?  
 Si los hay, yo los aguardo:  
 Allí tendrán acogida...  
 ¿Hay alguno, por su vida,  
 Que seguir quiera á Bernardo?

UNO.

¡ Bernardo ! ¡ Bernardo es !

OTRO.

No en balde nos animaba.

OTRO.

En Leon Bernardo estaba,  
 El valiente montañes!

RAMIRO.

No alguno te seguirá  
 Al monte que nos ofreces;  
 Que ni el monte tú mereces,  
 Ni volver debes allá.  
 Un ángel te trajo aquí,  
 Honra y prez de la montaña,  
 Pues la salud de la España  
 Hoy solo pende de tí.  
 Que no para vencer osos  
 Al cielo animarte plugo;  
 Mas para romper el yugo  
 De los paganos odiosos.  
 Tu voz nos infunde aliento,  
 Y tu nombre confianza:

Mira brillar la esperanza,  
 En vez del abatimiento.  
 Nuestro jefe, nuestro guía  
 Tú serás, jóven gallardo,  
 Y regidos por Bernardo,  
 Venga el moro y su ufanía.  
 Manda, ordena... A tu querer  
 Todos obedientes son...  
 Para salvar á Leon,  
 Habla... ¿qué habemos de hacer?

BERNARDO.

¿Y era menester mi voz  
 A romper la indigna calma?  
 ¿Nada os grita vuestra alma  
 Contra el tributo feroz?

VARIOS.

Lo negarémos.

BERNARDO.

¡Negarlo!  
 Rásguese esa infame ley!

UNO.

¿Mas cómo obligar al Rey,  
 Si el Rey no quiere rasgarlo?

BERNARDO.

El Rey no puede querer  
 Lo que á su pueblo degrada;  
 Que su fama inmaculada  
 A él le toca defender.  
 Si el vilipendio sufrió,  
 Por vosotros lo ha sufrido:

Os hubieseis resistido,  
 Y no lo sufriera, no.  
 Que en su corona no echara  
 Baldon tan ignominioso,  
 Si en silencio vergonzoso  
 El pueblo no se humillara.  
 Y si echarlo en fin queria  
 Por temor indigno y vano;  
 Si el alto nombre cristiano  
 Cobardemente vendia;  
 Si porque no es padre él,  
 Y porque en su vida amó,  
 Vuestras hijas condenó  
 Á entregarlas al infiel:  
 Os hubierais vos alzado  
 Con valor, con ardimiento,  
 Y el pacto vil y cruento  
 Hubieseis despedazado.  
 Que el honor es alta ley,  
 Entre todas la mayor,  
 Y quien vende así el honor  
 Es un tirano y no un rey.

RAMIRO.

No: no es el Rey un tirano;  
 Que es honrado, es justo, es bueno;  
 Que aborrece al sarraceno,  
 Y ama á su pueblo cristiano.  
 Jamás, jamás ha querido  
 Lo que á la España degrada:  
 Si su fama está manchada,

No es él quien la ha envilecido.  
 Antiguo era ya el tributo  
 Cuando Alfonso entró á reinar:  
 Sobre otro debe pesar  
 La infamia de tanto luto.  
 Si él calló, todos callamos,  
 Mas él jamás lo pagó...  
 Hoy tan solo se pidió;  
 Hoy solo á llorar tornamos.

BERNARDO.

Pues bien: corramos á él  
 Hoy que se torna á pedir:  
 Nuestra voz hágase oír  
 En el momento cruel.  
 Y si acaso no la escucha,  
 Si á su pueblo desatiende,  
 Si vuestro honor no defiende  
 En santa y gloriosa lucha...  
 ¿Qué necesitais, por suerte,  
 Seguir de Alfonso el pendon?  
 Salvaremos á Leon  
 Con la gloria ó con la muerte.  
 Y Dios que nos ve de allí,  
 Y penetra en nuestras almas,  
 Dios nos echará sus palmas,  
 Pues por él lidiamos...

TODOS.

¡Sí!

(Vánse en tumulto. Un momento antes han aparecido por el  
 lado opuesto Almanzor é Ismael).

## ESCENA III.

ALMANZOR, ISMAEL.

ISMAEL.

¿Comprendes, Almanzor?

ALMANZOR.

Lo he comprendido.

ISMAEL.

¿Y tu frente serena no se agita?

ALMANZOR.

¿Porqué se ha de agitar?... Gracias al cielo  
El reino de los fieles no peligrá.

ISMAEL.

¡Es la guerra tal vez!...

ALMANZOR.

Es la victoria...

Es el laurel glorioso, es la conquista  
De estas montañas, que con triste mengua  
Del árabe burlaron la osadía.  
Lo que no hicieron Muza ni Abdalazis  
En el ímpetu rudo de sus iras,  
Lo que vosotros descuidásteis ciegos,  
El cielo nos reserva en su justicia.

ISMAEL.

¡Tú la quieres también!... Tú, el digno, el santo,

El amigo, el teniente del Califa,  
 Que con voces de paz de su alto trono  
 A este rincón del mundo nos envía...  
 ¿La guerra quieres tú que él aborrece?

ALMANZOR.

No á buscarla mi pié se precipita,  
 No á llamarla mi labio, ni en el pecho  
 Arde un volcan que á derramarla aspira.  
 Del reposo comprendo las dulzuras,  
 El ansia de la sangre no me anima,  
 Y en blando amor y en plácido sosiego  
 Puedo vivir con descansada vida.  
 Mas no aparto los ojos conturbados  
 Si un incendio los cielos ilumina,  
 Ni duda el corazón ni la voz tiembla  
 Si el orbe incierto al huracán vacila.  
 Ministro del Señor es la victoria:  
 Su mano eterna los valientes guía:  
 Él desnudó el acero del Profeta,  
 Y hundió en la nada la soberbia altiva  
 De mil pueblos y mil; Mémpis, Cartago,  
 Salem la santa, la sin par Sevilla.  
 Si el cristiano encerrado en estos montes,  
 Iludido de loca fantasía,  
 Quisiere guerrear, rompa en buen hora  
 El cordel que sus miembros martiriza:  
 Dios abrirá su mano, y en el polvo  
 Se perderá la raza fementida.

ISMAEL.

Oh! ¿quién sabe, Almanzor? Tanta braveza,

Tu juvenil y ardiente bizzarría,  
 Te seducen quizá... Yo, mas cansado,  
 Distingo la ilusion que te fascina.  
 Tambien he sido yo como tú eres :  
 Tambien sobre estos pueblos mi cuchilla  
 Quise un tiempo blandir, segura el alma  
 De que á mis plantas prosternarse habian.  
 ¡ Dios no nos ayudó ! Dios, de Pelayo  
 Afirmó la bandera maldecida,  
 Y como roca que la mar enfrena,  
 Por límite la puso á la conquista  
 De los hijos de Omar. Aquí rompimos,  
 Espumoso torrente, nuestras iras ;  
 Aquí los vencedores de la tierra  
 Vencidos fuimos en tremenda lidia.  
 De Abderramen y Alcama los desastres...

## ALMANZOR.

Cesa, cesa Ismael... ¡ Tristé delicia  
 Es rebuscar un punto de desgracias  
 En campo inmenso de fortuna y dichas !  
 ¡ Triste es el predecir eternos males,  
 Porque una vez se nos mostrase esquivia  
 La mano del Señor, quizá indignada  
 De nuestra vil y torpe cobardía !  
 De Abderramen y Alcama los desastres,  
 Lijero eclipse de lumbrera limpia,  
 Vengados han de ser : nuestros pendones  
 Deben lucir en la rebelde cima ;  
 Y el leonés y el astur á nuestras plantas  
 Su frente han de postrar con ignominia.—

Fé , fé os faltó á vosotros , cuando un tiempo  
 Conservar su diadema deslucida  
 Dejásteis al infiel , pactando solo  
 El doloroso feudo que le humilla.  
 Del débil , del impuro Mauregato  
 Era fácil barrer la monarquía ,  
 Cual barre el huracan en el desierto  
 Sus montones de arena movediza.  
 Tuviérais fé , y hundiérase en el polvo  
 Del godo la nefanda idolatría :  
 Tuviérais fé , y el nombre del Profeta  
 Resonara en los mares de Galicia...  
 No lo hicisteis empero . Perdonásteis  
 La estirpe condenada , incircuncisa  
 De los hijos de Hispan : solo un tributo  
 La impusísteis en nombre del Califa...  
 Yo vengo á reclamarlo . Vuestro pacto  
 No pretende rasgar esta cuchilla ,  
 Por mas que aquí , en el pecho , fuego y brasas  
 Se enciendan en mi sangre enrojecida.  
 No le quiero romper ; quiero exigirlo .  
 Pues con el feudo rescató la vida ,  
 Compró la libertad , el feudo peche ,  
 El vasallaje pague que la libra .  
 Sufran y lloren , pues vivir les plugo!...  
 Si otra lucha prefieren , si codician  
 Nuevas batallas , batallemos luego :  
 Arda la lid inextinguible , impía...  
 No á cien doncellas , sino al pueblo todo  
 Sus anchas puertas abrirá la Libia .

ESCENA IV.

DOÑA SOL y UNA DUEÑA , que salen de la iglesia , para dirigirse al palacio.—LOS DE LA ANTERIOR.

SOL.

Ven, Sancha, ven... La voz de nuestro padre ,  
 Su oracion que á los cielos se encamina ,  
 El pecho llenan de inefable calma ,  
 Y fuerzas dan á la angustiada vida.  
 No sé porqué , pero mi pecho espera...  
 ¿Será inútil, oh Dios, tanta vertida  
 Lágrima , tanto luto , dolor tanto ,  
 Como este pueblo á vuestros piés envia ?

ALMANZOR.

Vano es , oh vírgen , si pedís con ello  
 Del godo levantar la raza antigua :  
 Estéril es , si demandais ilusos  
 Abatir del Profeta las insignias.  
 Habló el Señor : su voluntad suprema ,  
 Con caracteres de diamante escrita,  
 Ni el humilde mortal eludir puede ,  
 Ni el cielo mismo resistir podria...  
 Mas enjugad el llanto... ¿ Qué , oh sultana ,  
 Teneis vos que temer ? Rosa y delicia

De estas regiones , si la suerte os lleva  
 Del claro Bétis á la hermosa orilla ,  
 Delicia y rosa brillaréis en ella.  
 Para vos su pradera enflorada  
 Tenderá abril : las auras de la tarde  
 Dulce objeto os harán de sus caricias :  
 De la Persia y la Arabia los aromas ,  
 La púrpura y las sedas de la India ,  
 El oro del Ofir , á vuestras plantas  
 Todo se ofrecerá como conquista  
 De esa divina luz , que en vuestros ojos ,  
 Deslumbrando al mortal , al sol eclipsa .

SOL.

No hablaba yo con vos , cuando mi labio  
 Su pena y su esperanza descubria...  
 No os escucho esas bárbaras lisonjas ,  
 Aun más acerbas que la muerte misma...—  
 Apartad .

ALMANZOR.

Permitid... (*Ofreciéndole la mano*).

SOL.

Loca insolencia  
 Vuestro ademan y vuestro paso indican ,  
 Que si no mereciesen mi desprecio ,  
 Ejemplar correccion merecerian .  
 ¿Sabeis con quién hablais ?

ALMANZOR.

Sé que una esclava  
 Es quien debe de estar ante mi vista :  
 Sé que esclavos del árabe sois todos :

Sé que la quise honrar : sé que atrevida

A mi atención responde con insultos...

Sé que me ha de escuchar , por vida mía...

( *Asiéndola del brazo* ).

SOL.

¡ Favor ! ¡ Favor , cristianos !

ALMANZOR.

¡ Llama , llama ! . . .

SOL Y LA DUEÑA.

¡ Favor !

ALMANZOR.

¡ Aun no ha nacido quien lo impida !

## ESCENA V.

BERNARDO , RAMIRO , PUEBLO.—LOS DE LA ANTERIOR.

BERNARDO.

Yo te lo impediré. ( *Cogiendo del brazo á Almanzor.* )

ALMANZOR.

¿ Tú ?

BERNARDO.

Yo , pagano...

Yo , á quien el cielo en su poder destina

Para abatir tu orgullo... Yo : Bernardo...

¿ Lo escuchas , musulman ? ¡ La frente humilla !...

ALMANZOR.

Muy arrogante estás...

BERNARDO.

Tú, muy osado.

ALMANZOR.

Yo puedo estarlo... (*Empuñando la espada.*)

BERNARDO.

La arrogancia es mía.

ISMAEL.

¡Almanzor! ¡Almanzor! (*Conteniéndole.*)

ALMANZOR.

Basta... En su tiempo

Volveré á desnudar esta cuchilla :

Verémos si á su brillo refulgente

Podeis, esclavos, levantar la vista.

BERNARDO.

En su tiempo esta mano que conoces

Refrenará de nuevo tu osadía ;

Y blandiendo la espada de la patria ,

Rayo será de vuestra raza indigna.

ALMANZOR.

¡Ay de tí, si en el campo te encontrare!

BERNARDO.

¡Ay de tí, si te ofreces á mis iras!

(Vanse todos : los moros por un lado; Doña Sol á Palacio y los cristianos acompañándola.)

*Salon de Palacio.*

## ESCENA VI.

EL REY, el OBISPO y ORDOÑO.

REY.

¿Inútil, dices?

ORDOÑO.

Inútil...

No cede de sus intentos.

REY.

¡ El feudo pues!

ORDOÑO.

Vanamente

Mis palabras le ofrecieron

Las joyas de vuestra casa,

Los tesoros de este reino.

Ni la amenaza de guerra,

Ni la súplica y el ruego,

Nada vencerle han podido.

Orgullosa y altanero

Me rechazó. Del tratado

Solo pide el cumplimiento:

Las cien doncellas.

REY.

¡ Así,

Guardados me tuvo el cielo  
 Tal baldon, oprobio tanto,  
 Para manchar mis cabellos !  
 Así, en vano por seis lustros  
 Hice justicia á mi pueblo,  
 Y veraces bendiciones  
 Sobre el s6lio me siguieron ;  
 Que al fin de mi larga vida,  
 Cuando el solemne momento  
 Se acerca ya, y el sepulcro  
 Abre su c6ncavo seno,  
 En vez de piadoso llanto,  
 Y de doloridos ecos,  
 Maldicion y execraciones  
 Echarán sobre mis restos...  
 ¡ Qu6 horror !... Mas no : que mi nombre  
 Se conserve puro, ileso ;  
 Y pues como rey vivimos,  
 Tambien cual rey acabemos. —  
 Ordoño, para lidiar  
 ¿ Qu6 fuerzas nos dar4 el reino ?

ORDOÑO.

¿ Para lidiar?... Vuestra Alteza  
 Sabe si yo lo deseo...  
 Mas desprevenido todo  
 Con tan larga paz tenemos :  
 Sin presidio los castillos,  
 Sin lanzas, sin ballesteros...

REY.

Y sin poder en los brazos ,  
 Y sin valor en los pechos...  
 ¿No es verdad? Cuando estas canas  
 Eran rizados cabellos,  
 Cuando esta barba de nieve  
 Era de azabache negro,  
 Jamás, jamás Don Alfonso  
 Pensó en contar sus guerreros.  
 Cuéntalos hoy, porque hoy  
 Los contrarios cuentan ellos.

ORDOÑO.

Yo, señor...

REY.

Vos sois soldado,  
 Sois godo, sois caballero...  
 Vos no faltaréis el día  
 Que os llame el Rey.

ORDOÑO.

Sabe el cielo  
 Que jamás tembló mi espada  
 Al chocar con otro acero.  
 Sabe también si daría  
 Mi pobre vida contento,  
 Por anegar en mi sangre  
 De la patria el vilipendio.  
 Pero yo no basto. El moro,  
 Mintiéndonos largo tiempo  
 Traidora paz, para herirnos

Escoge el fatal momento.

Y en vano el alma quisiera...

REY.

¡ Ordoño !

ORDOÑO.

¡ Señor ! mi celo...

REY.

¡ Basta !... ¡ Y teneis treinta años,

Y sois, vive Dios, mi deudo,

Y amais tal vez mi sobrina,

Que ser puede de las ciento !

ORDOÑO.

¡ Doña Sol !... ¿ Y á vuestra sangre ?...

REY.

¡ Y á la sangre de mi pueblo !...

ORDOÑO.

¡ Doña Sol ! ¡ Oh !

REY. ( *Al Obispo.* )

Mas en tanto

¿ Ese funeral silencio

No rompeis vos ?... De tal pena

¿ No me aliviaréis el peso ?

OBISPO.

Aliviarle, no lo sé ;

Compartirle, os lo prometo :

Que en los momentos de angustia

A llevarlas no me niego...

REY.

¡ Proseguid !

OBISPO.

Ante las turbas

He sido defensor vuestro ;  
 Mas aquí en vuestra presencia,  
 Solo la verdad os debo. —  
 Rey Alfonso, de Pelayo  
 Llevais el pesado cetro,  
 Y la corona de espinas  
 Que le clavaron los cielos.  
 Muralla del Cristianismo ,  
 Dios os concede el imperio  
 Para que salveis del moro  
 Los destinos de mil pueblos.  
 Mas éste, el que confiara  
 Su bondad á vuestro celo,  
 En equidad y en justicia  
 Debeis regirlo y tenerlo.  
 Pagar el feudo á Almanzor  
 Es quebrantar sus derechos :  
 Negarlo, y llamar la guerra  
 Con generoso ardimiento ,  
 Imprudencia temeraria ,  
 Que nos hunda en largo duelo.  
 Un medio queda. Tornad  
 Los ojos al Pirineo ;  
 Ved el poder que se eleva,  
 Uno, fuerte, grande, inmenso,  
 Que desde Roma á Lutecia,  
 Desde el Garona á los senos  
 De la Germania, protege

Bajo su sombra cien reinos.  
 Llamad á Cárlos. No es mengua  
 A su defensa acogeros ;  
 Que solo es mengua el delito,  
 Y el poder lo da el Eterno.  
 Llamadle, y negad al punto  
 Ese vergonzoso feudo :  
 Llamadle: su brazo fuerte  
 Ahuyentará al agareno.  
 Sed prudente con la Europa ,  
 Sed justo con vuestro imperio,  
 Y vuestro imperio y el mundo  
 Os quedarán bendiciendo.

(Se oyen trompetas y rumor. Entra un Paje.)

EL PAJE.

El Embajador.

REY.

¡ Dios mio !

¡ Dios mio ! Compadeceos  
 De vuestros hijos... Prestadme  
 Vuestra fuerza y vuestro aliento.  
 Aquí el tributo y la infamia...  
 Allí un poder extranjero...  
 ¡ Iluminadme, oh Señor,  
 Que en vuestras manos me entrego !... —  
 Venga el moro... Vos cuidad  
 Que el palacio quede abierto ;  
 Y pues del pueblo se trata,  
 Entre á escucharnos el pueblo.

## ESCENA VII.

ALMANZOR, ISMAEL.—El REY en el trono, el OBISPO,  
ORDOÑO, GRANDES, GUARDIAS, PAJES, PUEBLO por todos lados;  
entre él BERNARDO y RAMIRO.

ALMANZOR.

A tí, oh noble sultan de la montaña,  
Que en el sólio te sientas asturiano,  
Precioso resto de la antigua España,  
Y del nombre custodio del cristiano:  
A tí, el dominador de la campaña,  
El fuerte, el vencedor, el soberano,  
El Califa y señor de Andalucía  
Salud y paz por nuestro labio envía.

No hay más Dios sino Dios. En su camino  
El rayo le precede fulminante;  
Marcha sobre ardoroso torbellino;  
Habla, y retumba el trueno horrisonante.  
Póstrase el cielo á su querer divino,  
Y los ejes del orbe vacilante  
Tiemblan á su ademan, y en sus asientos  
Conmuévense sus hondos fundamentos.

Él inclinó su frente, y como arena  
 Fué á su soplo el imperio de Rodrigo.  
 Su mano abrió de maldiciones llena,  
 Y echólas en el godo por castigo.  
 Rayo que abrasa, y huracan que atruena,  
 La alárabe nacion trajo consigo,  
 Entregando á su fé, como trofeo,  
 Desde Calpe al nevado Pirineo.

Asturias quedó empero. Sí, quedasteis  
 Al lado del Titan que os amagaba.  
 Como junco entre encinas os doblasteis,  
 Así burlando la tormenta brava.  
 Mas si vuestra existencia conservasteis...  
 No sabe el mundo bien si libre ó esclava...  
 Pacto y convenio por vivir hicisteis,  
 Y al vencedor tributo le ofrecisteis.

Cien doncellas por feudo... Insigne muestra  
 De vasallaje humilde y dependiente:  
 Confesion clara de la gloria nuestra;  
 Ofrenda del Ocaso hácia el Oriente.  
 Por ese precio en desigual palestra  
 Alzar pudisteis la abatida frente;  
 Y doblando del árabe la saña,  
 Por él os fué dejada la montaña.

Yo lo vengo á exigir... Si en largo sueño  
 El leon mauritano adormecido,  
 O apacentado en lánguido beleño,  
 Su poder y su gloria dió al olvido;  
 Hoy vuelve á despertar... Él, vuestro dueño,  
 El tributo os demanda prometido.

Ved en mi mano de la paz la rama...

Mas mi voz las doncellas os reclama.

(Murmullos. Pequeña pausa.)

REY. (Se levanta.)

¡Pueblo astur, valerosos españoles!...

Escuchad de un anciano la palabra,

Que en largos lustros de virtud y gloria

Ilesa y pura conservó su fama.

Ni como Rey, ni como jefe os hablo:

Ménos hora que nunca, de esas vanas

Fútiles distinciones el ambiente

Puede, oh cristianos, embriagar el alma.

Si he partido mis dichas con vosotros,

Si he sabido llevar vuestras desgracias,

De un padre, de un amigo, de un hermano

Sentid las penas, y templad las ansias.

Al moro habeis oido... En vuestros pechos

Aun resonando está su voz infausta,

Cual carbon encendido que consume,

Como puñal agudo que desgarrar.

Vuestras hijas os pide, vuestra sangre...

Y de antorcha infernal su diestra armada,

Con llanto y destruccion é incendio y muerte

A la afligida cristiandad amaga...

¡Pueblo astur, generosos españoles!

Bajo tan grave y ominosa carga

Inclínase mi frente, que estos hombros

Flacos, débiles son para llevarla.

¡Pagar el feudo yo, de vuestros brazos

Arrancaros las hijas adoradas,

Y entregarlas al árabe... ¡oh, primero  
El rayo del Señor sobre mí caiga !

PUEBLO.

¡ Viva el Rey !

REY.

Mas la guerra y sus horrores,  
De vivo incendio las voraces llamas,  
Hambre y esclavitud, dolor y muerte,  
Eso, no os engañéis, eso os aguarda... (Pausa.)  
Si lo temeis, si vacilais acaso,  
Si templada no está vuestra constancia  
Cual mi constancia está; si más prudentes  
Quereis guardaros y guardar la patria...  
Á mí, españoles, el piadoso cielo  
Hijos no me otorgó... De esta dorada,  
Punzante silla bajaré gustoso:  
Quién vosotros nombreis venga á ocuparla,  
Y Dios extienda su potente mano,  
Y por él salve á la afligida España. (Murmullos.)

BERNARDO.

¡ Tened, por Dios, tened!... ¡ Más digno nunca  
Has sido, oh Rey, de la diadema santa:  
Más digno nunca del alzado trono,  
Donde señor el español te aclama!  
La voz del pueblo por mi voz escucha:  
Del pueblo, que, movido á tu palabra,  
Sus brazos, su vigor, su vida toda  
Con enérgica fé pone á tus plantas.  
No más mengua y baldon. Tú nos conduce  
A donde crecen del honor las palmas:

Todos, por tí muriendo y por la gloria,  
 La libertad salvemos de la patria.  
 ¿No es verdad, españoles? ¿No es el voto  
 Universal, que acabe la nefanda  
 Mengua del torpe, vergonzoso feudo,  
 Que con su sello horrible nos infama?

PUEBLO.

¡Sí; que acabe, que acabe!

BERNARDO.

¿No es el voto  
 Universal, que la bandera santa,  
 La Cruz del Redentor demos al viento;  
 Y en guerra inacabable, despiadada,  
 De un triunfo en otro triunfo, la plantemos  
 Allá de Calpe en la remota playa?

PUEBLO.

¡Sí: la guerra, la guerra!

RAMIRO.

¡La victoria!

¡O vencer, ó morir en la demanda!

BERNARDO.

¡Oyelo, oh Rey!... Al eco de tu labio  
 Responde de tu pueblo la palabra:  
 Si tú eres digno de regir su suerte,  
 Él es digno también de su Monarca.  
 Dios y la libertad tú pronunciaste;  
 Dios y la libertad el pueblo clama:  
 Tú el cetro dieras por salvar su vida;  
 Él dá su sangre por salvar tu fama.

## REY.

Yo la acepto, españoles. Yo en la lucha  
 Seré el primero á desnudar la espada :  
 Donde brille mi acero, allí la gloria,  
 Allí el honor, la libertad se hallan.  
 Lo has escuchado ya. Dí á tu Califa,  
 Lo que responde á su insolencia España.

## ALMANZOR.

Así, la guerra demandais ilusos...  
 Así, Dios oscurece en vuestras almas  
 La luz de la razon, y abre su mano,  
 Y al precipicio con fragor os lanza...  
 ¡Santo y bendito su designio sea!  
 Escuchad, escuchad cómo sus alas,  
 Agitando el arcángel de la muerte,  
 En vosotros destila sus venganzas.  
 ¡Áy, España, de tí! ¡Tus campeones  
 Pasto son de las aves sanguinarias:  
 Tus matronas plañientes en la Libia  
 So las tiendas del árabe se arrastran :  
 Y entre la hoguera y el dogal tus hijos,  
 Maldiciéndote á tí, la vida exhalan!

## BERNARDO.

No, moro, no... La Cruz es la que vence :  
 El infierno á su vista se anonada :  
 Vuestro poder deshácese cual humo :  
 Vuestro Alcoran como la sombra pasa.  
 Ante la Cruz, de Córdoba y Sevilla  
 Se abatirán las débiles murallas;

Abrirá el mar sus ondas , y otro mundo  
De su centro saldrá , para adorarla .  
La Cruz es la que vence , compañeros .  
Elevemos la Cruz por siempre santa...  
Ella es nuestra salud y nuestra gloria :  
En ella está la libertad de España !

PUEBLO.

¡ Elevemos la Cruz ! ¡ ella es la gloria :  
¡ En ella está la libertad de España !



## ACTO SEGUNDO.

---

*Vestibulo de la Catedral.*

---

### ESCENA PRIMERA.

---

DOÑA SOL, que se dirige á la Iglesia; BERNARDO, que se le adelanta, y le ofrece agua bendita; UNA DUEÑA: detrás observando, JORDOÑO.

SOL.

Mil gracias os vuelvo á dar  
Por tan galan cortesía.

BERNARDO.

Es prez de la suerte mia  
Donde vos estais, estar.

SOL.

No puede el alma olvidar  
Lo que una vez os debió.

BERNARDO.

¿Eso recordais?

SOL.

¿Pues no?...

Recordar y agradecer  
Es de noble y de mujer,  
Y noble mujer soy yo.

(Hace una cortesía á Bernardo, y se entra en la Iglesia, seguida de la Dueña.)

## ESCENA II.

BERNARDO; en el fondo ORDOÑO.

BERNARDO.

Que recuerda y agradece,  
Me dice ¡ oh cielos ! la Infanta . . .  
¡ Voz que el ánimo levanta !  
¡ Voz que el sentido enloquece !  
¿ Por qué el alma se estremece ?  
¿ Por qué tiembla el corazon ? . . .  
¡ Despacio, imaginacion !  
Conten tu rápido vuelo,

Que fuera escalar el cielo  
 Dar alas á esta pasion...

De lumbre y de fuego avara  
 Al sol el águila mira :  
 Su ardiente fuego respira,  
 Su lumbre ve cara á cara.  
 Pero el águila cegara  
 Al mirar luces tan bellas ;  
 Porque tanto exceden ellas  
 Del sol al rojo arrebol,  
 Como excede el mismo sol  
 A la luna y las estrellas.

Es águila mi destino  
 De estos encumbrados montes,  
 Y en sus vastos horizontes  
 Vuela por ancho camino.  
 Pero ella es ángel divino  
 De region más elevada ;  
 Y en la esfera inmaculada ,  
 En donde brilla su lumbre ,  
 Allá del cielo en la cumbre ,  
 ¿ Qué puede el águila ?... ¡ Nada !—  
 ¿ Aquí vos ? (*Volviéndose y viendo á Ordoño.*)

ORDOÑO.

Estaba aquí.

BERNARDO.

¿ Y escuchásteis ?

ORDOÑO.

Fuerza fué.

BERNARDO.

¿ Sabeis , pues ?...

ORDOÑO.

Todo lo sé ;

Como que todo lo oí .

BERNARDO.

¡ Vive Dios !...

ORDOÑO.

No hagais así

Ultraje á fama tan pura...

Sabed , por vuestra ventura ,

Que esa luz que os deslumbró

En ella nunca brilló ,

Y en vos es... solo locura. (*Se vá.*)

## ESCENA III.

—

BERNARDO.

¡ Y le he escuchado acabar ,

Y está mi espada pendiente !.....

¡ Oh ! me ha escupido en la frente ,

Y no he sabido matar !

¡ Ha podido pronunciar

Que es un delirio mi amor ;

Y en vergonzoso estupor ,

Como una estatua de hielo ,  
 Ha enmudecido mi anhelo ,  
 Ha callado mi valor !

Mas ¿ qué hacer?... Lo que él decia  
 Eso estaba yo diciendo :

Lo mismo que me está hiriendo

Oyó de la boca mia.

Si ardiente la fantasía

Sonó divina ventura ,

Luego de la razon dura

Resonó la voz fatal,

Que me dijo por mi mal

Lo que él me ha dicho : — ¡ locura !

¿ Locura?... No , ¡ Vive Dios !

Que es harto noble mi pecho ,

Que el mundo le viene estrecho ;

Que no le conocéis vos...

¡ Locura !... No : entre los dos

Ese duelo se levanta...

Pues ¡ vive Dios ! que mi planta

Tan alta se ha de elevar ,

Que he de poder contemplar

Sin deslumbrarme, á una Infanta. ( *Váse.* )

ESCENA IV.

DOÑA SOL y EL OBISPO. Salen hablando, de la iglesia.

SOL.

¿Así el ejército está?

OBISPO.

Resuelto, ufano, imponente,

Levantando audaz la frente

Que el laurel coronará:

Brillando á la luz del sol

Sus refulgentes aceros,

Como de bravos guerreros,

Honra del suelo español:

Pidiendo con noble fé

La lid de vida y de gloria,

Seguros de la victoria

Que patria á sus hijos dé...—

Es Dios que tendió su mano,

Y á Bernardo suscitó;

Dios, que en su pecho inspiró

La libertad del cristiano;

Y mostrándonos por ley

La norma de su virtud,

Al pueblo dá la salud,

Y afirma en su trono al Rey.

SOL.

¡ Proseguid!...

OBISPO.

¡ Viérais , oh Sol ,

La que lumbre escasa fuera  
 Convertirse en alta hoguera ,  
 Y arder el suelo español !  
 Viérais , cual de espesa lava  
 Raudo , asolador torrente ,  
 Cundir la pasión ferviente  
 Que de su pecho brotaba :  
 Y pueblos , y campo , y montes ,  
 Todo repetir su voz ,  
 Que lleva el eco veloz  
 Por los anchos horizontes :  
 Y en toda robusta mano  
 Lucir desnudo el acero ,  
 Y bendecir al guerrero  
 Mujer y niño y anciano :  
 Y del Duero á la montaña ,  
 Con ardor que al mundo asombre ,  
 Levantarse como un hombre  
 La gente toda de España!...  
 Al verlos , al contemplar  
 Tanto ardor , y valor tanto ,  
 De puro y gozoso llanto  
 El alma siento inundar !  
 Y humillando mi razón  
 Al inefable consuelo ,  
 Bendigo al piadoso cielo

Por la salud de Leon.—  
 Van á venir. Sus pendones  
 Quieren á Dios ofrecer,  
 Y en ellos van á caer  
 Mis humildes bendiciones.  
 ¡ Así pueda la victoria  
 Ceñirles su lauro hermoso,  
 Y vuelvan luego al reposo,  
 Cargados de inmensa gloria !

SOL.

¡ Tan fecundo es el poder  
 De un corazon elevado !  
 ¡ Tanto el ánimo esforzado  
 Alcanza en el mundo á hacer !  
 ¡ Oh ! ¡ cuán grande , cuán sublime  
 Es volar á la alta cumbre,  
 Y ser el faro y la lumbre  
 De todo un pueblo que gime !  
 ¡ Cuán digno de envidia es  
 El que , elevándose allá ,  
 Como un arcángel está,  
 Que mira el orbe á sus piés ! —  
 Perdonad si de mi pecho,  
 Que tanta miseria vió,  
 El alma al labio salió,  
 Y el labio la vino estrecho.  
 Perdonad si se estremece  
 La agitada fantasía ;  
 Y á la luz que el cielo envía  
 Tambien brota y se engrandece.

Vos me conoceis , señor ,  
Desde que al mundo nací :  
Vos sabeis si guardo aquí  
Admiracion y dolor.  
En la triste soledad  
Que me sigue y me rodea ,  
Dó omnipotente campea  
La régia severidad ;  
Vos sabeis las ilusiones  
Que mi espíritu formara ,  
Y cómo se apacentara  
De fantásticas creaciones...  
Soñaba yo... ( pues soñado  
Siempre lo juzgué en mi mal ,  
Y á tenerlo por real  
Jamás hubiera aspirado... )  
Soñaba yo que algun dia ,  
Vencida su infausta suerte ,  
Este sudario de muerte  
Asturias sacudiria.  
Soñaba un bravo guerrero ,  
Noble , generoso , rudo ,  
Que levantando el escudo ,  
Que desnudando el acero ,  
Brillante como la luz ,  
Vestido de pura gloria ,  
Condujese á la victoria  
A los hijos de la Cruz.  
Lo soñé... De su ilusion  
Se apasionó luego el alma ,

Y echó palma sobre palma  
 A su querida creacion.  
 Y mirándola tan bella,  
 En mi retiro profundo,  
 La espalda tornaba al mundo  
 Por vivir solo con ella :  
 Hasta que un golpe fatal  
 De la realidad austera  
 La fantástica quimera  
 Disipaba por mi mal...  
 Tal fué mi existir, señor,  
 Entre despierta y dormida :  
 Durmiendo hallaba la vida,  
 Despierta hallaba el dolor.—  
 Ved pues el gozoso empeño  
 Que me anima en este instante,  
 Cuando cor templo delante  
 La realidad de mi sueño...  
 Tambien hora, como vos,  
 La razon al cielo humillo,  
 Y en mi corazon sencillo.  
 Tambien ¡ ay ! hendigo á Dios.

OBISPO.

¡ Hija ! ¡ Sol !... ¡ Oh desdichado !  
 ¿ Qué es lo que escucho, Dios mio !  
 ¡ Faltaba ese golpe impío  
 A este viejo infortunado !  
 ¡ Irresistible pasion  
 Que ya el palacio asolaste !...  
 ¿ Es posible que tornaste ,

Para perder á Leon?  
 ¡Pobre, pobre desgraciada!  
 ¿Sabes lo que estás diciendo?  
 ¿No adviertes el golfo horrendo  
 Do te pierdes anegada?  
 ¡Sol! ¡Oh recuerdo infelice!

SOL.

Mas ¿qué os ha dicho mi labio?  
 ¿A quién, sin saberlo, agravio?  
 ¿Qué pecado, oh señor, hice?

OBISPO.

¡Pecar tú!... De la alta esfera  
 Eres ángel enviado:  
 Jamás hubo en tí pecado,  
 De España insigne lumbrera.  
 Mas tal vez un alma pura  
 Sube, elevándose, al cielo:  
 Y en derredor tiembla el suelo,  
 Y el mal su veneno apura.  
 Ese acento, ese mirar...  
 ¡Oh! tú le amas...

SOL.

¡Yo!

OBISPO.

Á Bernardo...

SOL.

Y tan noble y tan gallardo,  
 ¿Quién su gloria no ha de amar?

OBISPO.

Pero esa pasion, que así,

Naciendo , llena tu mente...

SOL.

¿ No es digna ? ¿ No es inocente ?

¿ A quién , con tenerla , herí ?

OBISPO.

¡ Oh ! dime... ¿ la compartió

Bernardo ? ¿ Sabe tu afan ?

SOL.

Bernardo es noble y galan...

Mas sé mis deberes yo.

OBISPO.

¡ Bien , hija , bien !... Hoy forzoso

Es la verdad declararte :

Puedes ¡ ay Dios ! despeñarte

En un abismo horroroso.

En la copa de ese amor

El borde es puro placer ;

Mas ¡ ay si quieres beber !

Despues vendrá el amargor.

É inconsolable llorara

Mi criminal cobardía ,

Si tu desdicha algun día

A mi silencio acusara...

SOL.

¡ Decid !

OBISPO.

La tremenda historia

De la infelice Jimena

De enseñanzas está llena...

Oye , calla , y tén memoria.—

Hermana de Alfonso fué,  
 Quien como hermano la amó,  
 Y Jimena le pagó  
 Con pura y sencilla fé...

SOL.

¡Tuvo una hermana!

OBISPO.

Entre tanto,

Lució valiente un guerrero,  
 Que mas noble caballero  
 No puso en el moro espanto.  
 Vióle Jimena brillar  
 En ostentoso torneo:  
 Siguió á la vista el deseo:  
 Siguió el ceder al rogar.  
 Al fin le dió el corazon,  
 Con aplauso de la España,  
 Que era bien digno Saldaña  
 De la Infanta de Leon.  
 Pero Alfonso... Roca dura  
 Cuentan que su pecho ha sido:  
 Que nunca blando ha latido:  
 Que jamás de la hermosura  
 Sintió el celeste fulgor:  
 Que nunca ardoroso amante  
 Rindió tributo anhelante  
 En los altares de amor...  
 Tú has visto la austeridad  
 Que aquí en palacio campea,  
 Cómo en él se enseñorea

La régia severidad . . .  
 Así fué entónces. En vano  
 Ella á sus plantas lloró :  
 En vano , humilde , imploró  
 Perdon del Rey y el hermano.  
 Que faltas de amor el Rey ,  
 Oh Sol , perdonar no sabe :  
 Nada á su vista es tan grave :  
 Castigar... no hay otra ley.  
 Una toca consagrada  
 De ella veló la cabeza :  
 Él... ¡ desdichada crudeza !  
 Fuéle la vista arrancada.

SOL.

¡ Qué horror !

OBISPO.

Monja de Sion

Murió en el llanto Jimena :  
 Saldaña en dura cadena  
 Vive léjos de Leon.

SOL.

¡ Qué horror ! ¡ qué horror !

OBISPO.

**Piensa ahora**

Si es justa el ansia que siento :  
 Considera si tu acento  
 Me es palabra aterradora.  
 Si al mirar tras de ilusiones  
 Correr tu agitada mente,  
 No ha de temblar quien prudente

Sabe el fin de esas pasiones.  
 Mariposa confiada  
 Vuelas en torno del fuego ,  
 É ignoras que luego , luego ,  
 Serás por él devorada .  
 Contempla ; ay Dios ! de Jimena  
 La suerte horrorosa , impía :  
 No maldiga yo este dia  
 En que he escuchado tu pena .  
 Y en tan acerba leccion  
 Empapando tu alma pura ,  
 Lloras , infeliz , tu hermosura ,  
 Y guarda tu corazon . ( *Entra en la iglesia .* )

## ESCENA V.

DOÑA SOL.

Tuvo una hermana , que amó ,  
 Y fué á morir ; desdichada !  
 Bajo la toca sagrada ,  
 Que su labio no pidió :  
 Y al que su pecho encendió ,  
 Que de amarla digno era ,  
 A quien la nacion entera  
 Cual héroe invicto aplaudia ,

Arrancó la luz del día,  
Y vive en honda ceguera...

¡ Oh confusion singular  
Que turba mi pensamiento !

¡ Oh infelice nacimiento,  
Orígen de mi penar !

¿ Qué me importa á mí el brillar  
Con esta fútil grandeza ?

¿ Qué me importa á mí la alteza  
De mi blason soberano,

Si una palma dá á mi mano,  
Y una toca á mi cabeza ?

Ya alguna vez hasta mí  
Un eco sordo llegó ,

Donde el Rey apareció  
Como en este instante oí .

Yo, incauta, no lo creí,  
É impostura lo juzgué :

Que al considerar su fé ,  
Su religion, su bondad,

Tan desmedida crueldad  
Imposible contemplé...

¡ Si se engañan ! ¡ Si su pecho  
No es quizá como se dice !

¡ Si él tambien, siendo infelice,  
Siente su rigor deshecho !

¡ Si en el trance duro, estrecho,  
Que amenaza su corona,

Cuando la fama pregona  
Su salvador en Bernardo,

Depone un rigor bastardo ,  
 Y me escucha, y me perdona !  
 Ilusion, ilusion vana,  
 Que mi sentido fascina:  
 ¿Qué ha de hacer por su sobrina  
 Quien no perdonó á su hermana ?  
 En la esfera soberana  
 No laten los corazones :  
 En las doradas mansiones ,  
 Donde vivir es mi ley ,  
 No hay ser hombre siendo rey ;  
 Hay deberes, no hay pasiones.  
 ¿Qué hacer, en fin, alma mia ?  
 ¿Qué hacer? Sufrir y penar :  
 A mi retiro tornar :  
 Vivir con mi fantasía.  
 Rómpase la venda impía  
 Que ofuscaba mi razon ;  
 Y en esta triste prision ,  
 Centro de mi desventura ,  
 ¡ Lloremos ¡ ay ! mi hermosura ,  
 Guardemos mi corazon !

## ESCENA VI.

Óyese una marcha militar que se acerca. LA DUEÑA que entra, precipitada.—DOÑA SOL.

LA DUEÑA.

Ya vienen... Vedlos lucir...

Ved las banderas al viento...

¡Oh venturoso momento!

Corred á verlos venir...

SOL.

(¡ Una toca consagrada

Veló su altiva cabeza!...

Ánimo ¡oh Sol!.. Tu nobleza

Viva y muera inmaculada!)

## ESCENA VII.

EL REY, rodeado de GRANDES, PUEBLO, SOLDADOS. Delante de ellos, ORDOÑO, con un pendon encarnado, y en él un leon de oro; RAMIRO, con uno morado, y en él un castillo de plata; BERNARDO, con uno verde, y en él una cruz. EL OBISPO, rodeado del CLERO, asoma por la puerta de la iglesia.—DOÑA SOL, LA DUEÑA.

REY.

A vos, de mi reino glorioso Patriarca,  
Del pueblo asturiano devoto Pastor,

A vos hoy dirige su acento el Monarca ,  
Luchando en su pecho la fé y el temor.

La espada tajante que el cielo me diera  
Desnuda en mi mano se apresta á lucir :  
Con ecos de muerte palpita la esfera ;  
Las tumbas cerradas se tornan á abrir.

Mas no me conducen pasiones livianas ,  
Ni agita mi mente fatal ambicion ;  
De cólera exentas se miran mis canas :  
Las tierras que gozo bastantes me son.

Si el ángel de horrores, sus alas tendiendo,  
De lloro y de espanto nos da la señal ;  
Si el grito de sangre difúndese horrendo ,  
Y brilla la lanza con brillo fatal ;

Tu mente lo sabe, Patriarca glorioso ,  
Y el Dios que me escucha lo sabe á su vez :  
Mi pueblo defendiendo leal y piadoso ,  
Sus bienes, su gloria, sus hijas, su prez.

Del cielo es la causa que todos servimos,  
Por faro llevamos su espléndida luz ,  
Su nombre invocamos, su enseña seguimos,  
Terror del infierno, de Cristo la Cruz.

¡ Pues bien ! Nuestras armas á vos os postramos ;  
Que caiga sobre ellas de triunfos el don :  
Los régios pendones al suelo inclinamos ;  
Verted en sus pliegues feliz benedicion.

Que vuele con ellos la ufana victoria  
Allá donde el Bétis se pierde en el mar ;  
Y luego, cargados de prez y de gloria,  
Aquí, á vuestras plantas, se miren tornar...



## ORDOÑO.

Del grande Alarico la enseña sagrada  
Tenderse á los aires gloriosa ya ves,  
En luchas sin cuento de lauros cargada...  
Sus lauros, su gloria yo rindo á tus piés.

La goda nobleza, los héroes del polo,  
Espanto de Roma, del franco terror,  
Sus frentes soberbias bajando á Dios solo,  
A vos, su ministro, demandan favor.

## RAMIRO.

Las villas del reino, de España la gente,  
Tambien su bandera presentan á tí:  
Marchando al combate con ánimo ingente  
Tambien á tus plantas la postran aquí.

Escucha, oh Prelado, la voz dolorida  
De Oviedo y de Lugo, de Braga y Leon:  
Derrama en sus pechos el aura de vida:  
Derrama en sus frentes feliz bendicion.

## BERNARDO.

Y yo, por los riscos, que nunca acataron  
A cetro extranjero con tímida faz:  
Y yo por las selvas que nunca escucharon  
La pérfida magia de lengua falaz:

Del Cántabro insigne, de la alta montaña  
Llevando los lienzos que azota aquilon,  
Demando á tus preces valor para España,  
Constancia en los pechos, laurel al pendon.

Que vuele con todos la ufana victoria  
Allá donde el Bétis se pierde en el mar;

Y luego , cargados de espléndida gloria ,  
Aquí , do nacimos , nos miren tornar .

OBISPO .

Del Rey de los cielos la pródiga mano  
Encierra la suerte que al hombre guardó :  
Doblar su cabeza le toca al cristiano...  
¡ Ay de él , si los vientos airado soltó !

Las pompas del mundo , valor , fortaleza ,  
Tesoros y gloria , que eternos crearás ,  
La prez de las armas , la antigua nobleza...  
Son polvo , son aire , son humo no más .

Habló , y en un punto la goda pujanza  
Allá , en Guadalete , se vió deshacer ;  
Y al árabe fiero , blandiendo su lanza ,  
Del mar de Galicia le vimos beber .

Lloramos , rogamos , cubrimos el suelo ,  
Ofrenda piadosa , de luto y dolor...  
El llanto y las preces ya suben al cielo :  
Su frente apacible nos muestra el Señor .

¡ Bendito el que humilde sus ojos eleva  
Al puro venero de gracia y de luz ;  
Que fé y esperanza por lábaro lleva ,  
Que sigue y acata la ley de la Cruz !

Marchad , oh guerreros ! La Cruz os dirija  
Al rudo combate del bárbaro infiel ;  
La fé , del Eterno magnánima hija ,  
Os sirva en la lucha de hierro y broquel .

Yo , pobre ministro del Rey de la gloria ,  
Bendigo las armas , bendigo el pendon .  
Yo pido á los cielos os dén la victoria :

Yo pido que salven la triste nacion.

Rey, nobles, ciudades, gloriosa montaña,  
Al Dios de las lides la frente humillad;  
Y luego... el destino llevais de la España:  
¡Salvad su destino, la España salvad!

SOL.

Del cielo clemente palabra piadosa  
Despierta, oh guerreros, el santo valor:  
Su brazo os sostiene, y en lucha afanosa  
Su mano os prepara victoria y honor...

Mas ¡ay! si el destino con rostro sangriento,  
Cual hizo otras veces, os torna la faz:  
Si el árabe ufano, de estragos sediento,  
Debela y humilla la hispánica hãz;

No aquí, desgarrados los ricos pendones,  
Y el llanto en los ojos, penseis en volver.  
La muerte primero!... morir, campeones...  
Mí voz os lo dice:—¡morir ó vencer!

Ni es vida la vida que en llanto y miseria  
Por años sin cuento llevamos aquí:  
Perezcan primero los hijos de Iberia,  
Que sigan viviendo cual viven así!

Yo, pobre doncella, que inútil mi mano  
No puede en las lides la lanza empuñar,  
Yo pido á los cielos, á Dios soberano,  
¡Primero la muerte que tanto penar!

Pidámoslo todos. La prez y la gloria,  
Si el cielo piadoso nos dá su favor!...  
Si el cielo nos deja, la eterna memoria...  
¡Perdamos la vida, salvando el honor!

BERNARDO.

No, Infanta; no, nobles; no, pueblo asturiano...  
 Lanzad el recelo que os postra cruel:  
 Bernardo os lo jura, la espada en su mano;  
 Su estrella en los aires presáigalo fiel.

Aquí, dentro el pecho, distinta, sonante,  
 El ánimo escucha del cielo la voz.  
 « ¡ Bernardo!—me grita— ¡ Bernardo, adelante!  
 » Al árabe postra su orgullo feroz! »

Y de eco tan santo llevada la mente,  
 Las hondas cavernas del monte dejé;  
 Y aquí, donde el pueblo lloraba impaciente,  
 Vosotros lo visteis, ansioso bajé.

Calmad pues, señora, el llanto y la pena  
 Que empañan y anublan la tímida faz.  
 Por siempre está rota la antigua cadena:  
 No hay mengua ni sangre; hay triunfos y paz.

Yo haré, por mi vida, del cielo ayudado,  
 Las ondas del Bétis beber mi bridon;  
 Y el triple estandarte, de lauros cargado,  
 En júbilo y gozo tornar á Leon.

### ESCENA VIII.

GARCIA, que pugna por abrirse paso, hasta que lo consigue,  
 y se arroja á los brazos de BERNARDO.—Los DE LA AN-  
 TERIOR.

TODOS.

¡ Lo juramos ! ; lo juramos !

RAMIRO.

Corramos á la batalla :  
Cada instante que se pierde  
Pierde de su vida España.

GARCÍA.

¡ Dejadme llegar ! ¡ dejadme  
Que yo me arroje á sus plantas !  
¡ Es mi Bernardo... es mi gloria...  
Es la gloria de mis canas !  
¡ Bernardo ! ¡ Bernardo mio !

BERNARDO.

¡ Mi padre !,.. ¡ Padre del alma !  
¡ Vos vivo ! ¡ vos en mis brazos !  
¡ Oh felicidad colmada !...  
Tres años sin vos...

GARCÍA.

Tres años

Que ruda cadena embarga  
Mis piés , y lloran mis ojos  
En cautividad infausta...

BERNARDO.

¡ Qué horror ! ¡ cautivo !

REY.

( Es García...

No puede dudarle el alma...  
Y entónces él !... )

GARCÍA.

¡ Cuánta pena  
Allí la mente desgarrá !  
¡ Cual tósigo en sus horrores

El corazon despedaza!  
 Que dejarte á tí, oh Bernardo,  
 En esas cumbres heladas  
 Donde te eduqué, dejarte  
 En la confusa ignorancia  
 De tu nombre y de tu estirpe,  
 Del destino que te aguarda,  
 Cual si fueses un villano  
 Hijo de las selvas bravas,  
 Y no corriese en tus venas  
 Sangre, como pocas, clara...  
 ¡ Oh! para tan dura pena  
 La resignacion no basta...

BERNARDO.

¡ Qué me decís?

GARCÍA,

Hoy al verte

El pecho late y se ensancha ;  
 Y cuando escucha tu nombre  
 Bendecido por las auras ,  
 Y cuando vé esa bandera  
 Que así tu mano levanta ,  
 Al supremo Dios del cielo  
 Rinde fervorosas gracias.  
 Mas esto que aquí , hijo mio ,  
 Tu prez y tu valor ganan ,  
 Que el Rey y el pueblo ignorantes  
 A tu mérito consagran ;  
 Esto , Bernardo , si es gloria,  
 Esto , Bernardo , si es fama ,

Aun de tu insigne linaje  
A los méritos no iguala.

BERNARDO.

¿Qué decís?

GARCÍA.

No de un villano  
Naciste, humilde prosapia,  
No en las breñas de esos montes  
El pecho abriste á las auras.  
No eres mi hijo, en fin...

BERNARDO.

¡Dios mio!

GARCÍA.

¡Oh! no maldigas mis canas!  
Escucha... Escuchadme todos...  
Y vos, insigne Monarca, (*Poniéndose de rodillas.*)  
A cuyos altos preceptos  
Mi existencia consagrada  
Fué; perdonadme si al plazo  
Que Vuestra Alteza fijara  
Para volverle la prenda  
De su amor y de mis ansias,  
Esa turba de bandidos  
Me alejó de vuestras plantas.  
Veinte años cumplidos eran  
En nuestra salvaje estancia,  
Y ni en virtud ni en nobleza  
Nadie á Bernardo igualaba.  
Entonces fué...

REY.

¡ Bien , García !

Gozosa te escucha el alma ;  
 Y lo que tú no dijísteis ,  
 El Rey á decirlo basta. (*Levantándolo.*)  
 ¡ Sabe el cielo que en mi pecho  
 Hoy un bálsamo derramas !  
 ¡ Sabe que placer mas puro  
 No ha latido en mis entrañas !—  
 Leoneses , vuestro Bernardo  
 Es el hijo de mi hermana...

TODOS.

¡ Bernardo !

REY.

Á quien lloré muerto ,  
 Y que hoy mis brazos aguardan.

SOL.

¡ Cielos !

BERNARDO.

¡ Gran señor ! (*Queriendo arrodillarse.*)REY. (*Impidiéndolo.*)

No... nunca.

No consentiré á mis plantas  
 Mirar al que es de mi sangre ,  
 Y que mi corona salva. (*Lo abraza.*)

BERNARDO.

Señor , en tan alta esfera  
 Se turba la vista vaga ,  
 La mente se desvanece ,  
 Tiembla el pecho y el pié falta.

Que si bien el corazon  
 Latidos de gloria daba ,  
 Y la ardiente fantasía  
 Tendió á los vientos sus alas ;  
 Es al cabo mucha altura  
 La que una corona guarda ,  
 Donde cien pueblos cristianos  
 Sumisos la vista clavan...—  
 ¡ Dejad que corra la sangre  
 Que aquí , en el pecho , se estanca :  
 Dejad que el mundo de ideas  
 Se ordene que me arrebatara :  
 Dejad que mi labio ponga  
 En vuestra mano su estampa !

PUEBLO.

¡ Viva el príncipe Bernardo !  
 ¡ Viva por edades largas !

BERNARDO.

Y hora , señor , que á tal punto  
 Vuestra dignacion me ensalza ;  
 Hora que me colocais  
 Del trono sobre las gradas :  
 Decídmelo en fin... Mis padres  
 ¿ Quiénes son ? ¿ dónde se hallan ?  
 ¿ Viven ? ¿ do puedo adorarlos ?  
 ¿ Murieron ? ¿ dónde descansan ?

REY.

La infanta Doña Jimena  
 Y Don Sancho de Saldaña  
 Tus padres son... Mas, Bernardo ,

No queráis rasgar la opaca  
 Nube, que sobre su suerte  
 Ha echado el bien de la patria...  
 No existen. Su ilustre nombre,  
 De su nobleza la fama,  
 Los deberes de su sangre,  
 Y el amor de su Monarca,  
 Eso os dejaron... Bernardo,  
 No es el Rey quien hora os habla;  
 Es un deudo cariñoso,  
 Que os recibe y os abraza.  
 Básteos saber vuestra alcurnia,  
 Básteos quererla y honrarla,  
 Básteos ser príncipe insigne  
 De la familia de España;  
 Y no penetreis misterios  
 Que, si se tocan, abrazan.

BERNARDO.

¡Murieron!... No es ya posible  
 Besar sus queridas plantas!  
 ¡No podré estrechar sus manos,  
 Ni en mi frente colocarlas!  
 ¡Murieron!... ¡Tal vez al hijo  
 Al fenecer invocaban,  
 Que esos montes recorria  
 Libre y suelto en su ignorancia!

GARCÍA.

¡Bernardo!

BERNARDO.

¡Quitad... dejadme!

Vuestro silencio es la causa  
 De mi mal : vuestra impostura  
 Es el áspid que me mata ;  
 Y ese amor que os he debido ,  
 Maldice y detesta el alma !

GARCÍA.

¡ Bernardo ! ¡ Bernardo ! ¡ Oh, cielos !

BERNARDO.

Perdonad de mis palabras  
 La dureza : en tal instante  
 Delira la mente insana. —  
 Seamos hombre. — Perdonad  
 Tambien, oh Rey, esta flaca  
 Ofrenda, que el triste pecho  
 A tal memoria derrama.  
 Hora vos, Señor, mi padre  
 Sois no más, y esa montaña,  
 Que en sus robustos arrullos  
 Vida y fuerza dió á mi infancia.  
 Si ántes por vos y por ella  
 Este pecho palpitaba ;  
 Si antes mi brazo y mi mente  
 El ánimo os dedicara ;  
 De hoy más con mayor esmero  
 A ella y á vos los consagra ,  
 Y en vuestro eterno servicio  
 Cifra toda su esperanza. —  
 Marchemos, pues : que el alarbe  
 Sienta el rigor de las lanzas  
 Españolas, y que el mundo

Llenen nuestro nombre y fama.  
 En ellos cebe Bernardo  
 La cólera que le exalta,  
 En ellos vengue el acero  
 De su suerte la desgracia,  
 Y ellos postre por despojos  
 De su señor á las plantas!...

### ESCENA IX.

LOS DE LA ANTERIOR, y UN MENSAJERO.

VOCES.

¡Plaza, plaza al mensajero!

MENSAJERO.

A vuestros piés, gran Señor...

REY.

¡Bermudo, el Batallador...

Alzad, mi buen escudero!

¿Qué nuevas?

MENSAJERO.

Nuestra frontera

El alárabe ha pasado.

REY.

¿Adónde le habeis dejado?

MENSAJERO.

En Santorcaz nos espera.

REY.

¿Son muchos?

MENSAJERO.

Muchos á fé,  
Que no los pude contar...  
Parecen olas del mar...

GARCIA.

Yo, señor os lo diré.  
Prófugo de sus prisiones  
Aquí á vuestros piés me hallo...  
Son treinta mil de á caballo,  
Y tres tantos de peones.

REY.

¿Quién los dirige?

GARCIA.

Almanzor.

MENSAJERO.

Y es su espada rayo impío.

OBISPO.

¡Llegó el momento, Dios mio!  
Dadnos, pues, vuestro favor.

REY. (*Sacando la espada.*)

A cumplir nuestro deber...

¡Hijos! de todos lo aguardo.—

Ved vuestro jefe... (*Señalando á Bernardo.*)

TODOS.

¿Bernardo?

REY.

¡A combatir!

BERNARDO.

¡A vencer!!!

## ACTO TERCERO.

---

*Galería baja en el palacio de Leon. A la izquierda una puerta que da á la plaza: á la derecha, entrada á las habitaciones: en el frente un jardín. Es de noche. La escena estará colgada de guirnaldas de flores, é iluminada como de gran fiesta.*

---

### ESCENA PRIMERA.

---

Se oyen por la izquierda aclamaciones populares de júbilo. Muchos gritos de *viva el Rey y viva Bernardo*. EL REY y EL OBISPO entran rodeados de muchedumbre de PUEBLO.

REY.

¡ Bien !... Mas primero acatad  
Al que es Señor de la gloria...  
Despues, tan alta victoria  
Con júbilo celebrad.

De contento y de placer  
 Es digno un pueblo cristiano,  
 Que con la espada en la mano  
 Supo lidiar y vencer.

PUEBLO.

¡ Viva el Rey !

REY.

Con justa ley

Me paga ese acento amigo:

Tambien sabeis que yo digo:

¡ Viva el pueblo !

PUEBLO.

¡ Viva el Rey !

(El pueblo se retira poco á poco por la izquierda.)

## ESCENA II.

EL REY y EL OBISPO.

OBISPO.

Así, la España respira

En el trance do se halla...

REY.

Mas fué horrible la batalla;

No fué valor, que fué ira.

OBISPO.

¿ Muy grande la mortandad ?

REY.

Tales triunfos no dé Dios...

Uno basta, que á otros dos

Perece la cristiandad.

OBISPO.

¿Todos cumplieron?

REY.

Sí, todos.

Como refulgentes soles

Brillaron los españoles,

Compitiendo con los godos.

Alzó Ordoño su blason,

Cual pudiera el más gallardo ;

Y Bernardo... mas Bernardo

No es un hombre, es un leon.

OBISPO.

Suya la prez de la lid

Todo el ejército aclama.

REY.

Sí : no hay fama con su fama ,

Ni con él hay adalid.

OBISPO.

Dios con su piadosa mano

Nos reservó tal ventura...

REY.

Y el alma bendice pura

Su insigne don soberano.

OBISPO.

¿Y vos?

REY.

Yo le colmaré  
 De los más justos favores :  
 Yo del cetro los honores  
 En su blason verteré.  
 Nadie más alto será  
 En los términos de España :  
 Desde el Duero á la montaña  
 La nacion le adorará ;  
 Y cuando á la luz del dia  
 Cierre mi vista impotente ,  
 Yo colocaré en su frente  
 La régia corona mia .

OBISPO.

Mas hora, oh Rey... Perdonad  
 A quien os ama cual yo...  
 ¿ Me permitís ?...

REY.

¿ Porqué no ?  
 Hablad como siempre, hablad.

OBISPO.

No por brillantes favores  
 Tal vez su pecho se afana :  
 A su altura soberana  
 Son humo tales honores.  
 Un premio digno, real,  
 Podeis otorgarle vos...  
 ¿ No me comprendeis ?...

REY.

Por Dios,

¡ Quisiera entenderos mal!...

OBISPO.

No importa: vuestros enojos

A arrostrar me determino...

Yo, señor, á vos me inclino

Con lágrimas en mis ojos.

No es esta la primer vez

Que compasion os pedí

Para el que léjos de aquí...

REY.

¡ Mirad que hablais á su juez!

OBISPO.

No le defiendo. No dice

El labio que fué inculpable...

Pídoos no ser implacable

Con quien es tan infelice.

Dios, el soberano Sér,

Tambien se apiada y perdona:

Vos llevais una corona,

Y como él debeis hacer.

Veinte y cinco años son ya

Que gime en prision oscura;

Baste con pena tan dura:

La falta purgada está...

Y luego... bien de Bernardo

Tal premio el valor merece.

Por quien al moro estremece:

Por quien resuelto y gallardo

Vuestro cetro afirma así,  
 Que á la España despertó,  
 Y que en Santorcaz venció...

Haced lo que os pido aquí.  
 Vísteis el filial amor  
 Que agita y arde en su mente...

Premiadle siendo clemente :  
 Dadle á su padre , señor !

REY.

Os he dejado acabar  
 Conociendo vuestra fé :  
 Respetándola , veré  
 De templarme y contestar .

Y ni recordaros quiero  
 De Sancho el crimen impío ,  
 Ni cómo fué al sόlío mio  
 Traidor y mal caballero .

La sentencia que dicté  
 Hija fué de mi conciencia :  
 Si fué dura la sentencia ,

De ella á Dios responderé.  
 Él verá si fué razon

Penar con severidad  
 Una infanda liviandad  
 En la casa de Leon...

Yo os juro que lo que allí  
 Hice en el tremendo dia ,  
 Desgarrada el alma mia ,  
 Hoy lo repitiera aquí.—  
 Mas hora , me decís vos ,

Perdonad como juzgásteis...

Obispo, vos olvidásteis

Cuál está el Conde, por Dios.

¿No sabéis que de sus ojos

Se arrancó la luz del cielo?

¿A quién ha de dar consuelo?

¿No dará mas bien enojos?

Bernardo muerto le cree,

Ley comun del mundo todo:

Volvérselo de ese modo

No fuera premiarlo, á fé.

¿Quereis desterrar la calma,

Y hacer tal volcan su pecho,

Que mi reino venga estrecho

Al incendio de aquel alma?

Dejad á Sancho dormir

Allá en su prision oscura:

Dejadle su falta impura

Con su llanto redimir.

Tres personas, y no más,

Que aun vive el Conde sabemos:

A ninguno lo dirémos...

Pero á Bernardo...

OBISPO.

¡Jamás!

REY.

Lo sé: plena confianza

Siempre en vos he colocado:

Vos siempre me habeis pagado,

Aun mas que fué mi esperanza.

Mas escuchad lo que os digo ,  
 Y , por Dios , no lo olvideis...  
 Jamás de Sancho me hableis ,  
 Si es que quereis ser mi amigo.

( *Váse por la derecha.* )

### ESCENA III.

EL OBISPO.

¡ Duro , implacable rigor !  
 ¡ Virtud adusta y severa  
 De quien jamás conociera  
 Filial ni paterno amor !  
 Ese argumento es error  
 Que engaña vuestro sentido :  
 ¡ Si hubiéseis vos conocido  
 Tan dulces estrechos lazos ,  
 Viérais ¡ ah ! que en tales brazos  
 Todo mal se dá al olvido !...  
 Le penásteis con crueldad  
 En momentos de pasion ;  
 Y hora vuestra misma accion  
 Os estorba la piedad...  
 ¡ Nunca Dios , en su bondad ,  
 Os juzga con tal crudeza ;  
 Y cuando vuestra cabeza

Dobleis humilde ante él ,  
 Recuerde que fuísteis fiel ,  
 Y olvide tanta dureza! (*Váse por la izquierda.*)

#### ESCENA IV.

DOÑA SOL y BERNARDO. Vienen del jardin, cada uno por su lado, y se encuentran al llegar á la escena por el foro.

BERNARDO.

¡ Pláceme hallaros !

SOL.

Tan bella

Estaba la noche pura ,  
 Compitiendo en hermosura  
 Tanto fuego y tanta estrella ,  
 Que sola al jardin bajé  
 Á gozar sus auras leves ,  
 Y como momentos breves  
 En él las horas pasé.

BERNARDO.

Así , con empeño vano  
 Os buscaba mi porfia,  
 É impaciente recorría  
 El alcázar soberano...

SOL.

¡Cómo! ¿Me buscáis?

BERNARDO.

Sí.

¿Podeis extrañarlo vos?  
 Pues ¿á quién quereis, oh Dios,  
 Que busque Bernardo aquí?  
 En este recinto estrecho,  
 Do se ahoga mi palabra,  
 ¿A quién quereis que yo abra  
 Los misterios de mi pecho?  
 ¿Quién puede en él penetrar  
 Sinó vos, y quién su pena  
 En calma dulce y serena  
 Sinó vos puede tornar?

SOL.

Yo me complazco tambien  
 En veros... deuda y amiga...

BERNARDO.

¡Oh! que vuestro labio siga...  
 Mas no con ese desden!

SOL.

No hay desden en mi expresion,  
 Sinó afecto muy sincero.

BERNARDO.

Afecto, me decís... pero...  
 (¡Afecto... Y en mí pasion!—)  
 Escuchadme... Largos dias  
 Mi secreto devoré:  
 Largo tiempo le enterré

Bajo mis horas sombrías.  
¿Quién era yo ¡desdichado!  
Para alzar tanto mi vuelo,  
Que osase tocar del cielo  
Al alto sólio vedado?  
Del monte un engendro impuro...  
Que fieras solo domó,  
Príncipe que coronó  
Sin mérito el hado oscuro...  
¡ Oh ! para elevar mi frente  
A tan espléndida gloria  
Me faltaba la victoria,  
Con su diadema fulgente.  
Ya la tengo... su esplendor  
Me hace ya digno de mí...  
¡ Escuchadme, pues, aquí,  
Ángel puro del Señor!—  
Escuchadme... A vuestros ojos,  
Que deslumbrado contemplo,  
Teneis el mas triste ejemplo  
Del amor y sus despojos.  
Yo, que con audacia fiera  
Su poder desafiaba,  
Que sus esclavos burlaba  
Con vanidad altanera :  
Que viendo desde la orilla  
De naufragios lleno el mar,  
Me jactaba de llevar  
Hasta el puerto mi barquilla ;  
Yo... bajo la comun ley

Miradme por fin postrado ,  
Y al niño traidor , vendado ,  
Proclamando dueño y rey.  
Un momento me venció :  
El alma soberbia y ruda ,  
De sus defensas desnuda ,  
A vuestras plantas cayó ;  
Y el que dejó la montaña ,  
De patrio amor impelido ,  
¡ Ah ! por otro amor rendido  
Corrió luego á la campaña.  
Lo confiesa mi rubor :  
No era de España la suerte  
Quien en los campos de muerte  
Inspiraba mi valor.  
Fué vuestro nombre la estrella  
Que me condujo á la gloria :  
Si conseguí la victoria ,  
Déboselo solo á ella.  
Á vos , lábaro divino  
De la mente arrebatada ;  
A vos que teneis fijada  
La rueda de mi destino ;  
A vos , que cobarde huía  
Cuando os miraba presente ,  
Y que apartado y ausente  
En el corazon sentía !  
Por rendirlo á vuestros piés  
Tras de ese laurel corrí :  
¡ Oh ! recibidlo de mí !

Recibido... vuestro es.  
 Y si no desdeña el alma  
 La ofrenda de quien la implora ,  
 Débaos Bernardo , señora ,  
 Más bella , más digna palma.

SOL.

Bernardo , de vuestro amor  
 La ofrenda pura y sincera  
 Es corona que excediera  
 Al mas alto resplandor.  
 Mas tened piedad de mí!...  
 Joven , sencilla , inocente ,  
 Me mirais... ¡Oh ! ; no mi frente  
 Querais encender aquí!  
 Como amiga , como hermana ,  
 El alma ya os contempló:  
 Héroe tambien os llamó  
 Con admiracion ufana.  
 Cual defensor de la Cruz  
 A la lid habeis corrido ;  
 Y mi mente os ha seguido ,  
 Deslumbrada en vuestra luz.  
 Mas no querais empañar  
 Lo puro de vuestra gloria :  
 De España fué la victoria ;  
 ¡ Dejadla sin rebajar !...  
 Y ved que si Doña Sol  
 Vuestra palabra ha escuchado ,  
 Es porque habeis elevado  
 Al cielo el nombre español.

BERNARDO.

Yo os juro que le pondré  
 Tan alto, y digno, y brillante,  
 Que á una esfera se levante  
 Do ninguno llegue, á fé.  
 Yo os juro que aquesta espada,  
 Terror de la gente mora,  
 Que ya lució como aurora  
 De la libertad sagrada,  
 Raudo cometa, espantoso  
 Rayo que aturde y que quema,  
 Nuestra cristiana diadema  
 Llevará al Bétis undoso.  
 ¿Qué no podrá mi valor,  
 De la montaña torrente,  
 Si en su ímpetu fiero, ingente,  
 Lo ilumina vuestro amor?  
 ¡ Oh! mostradme de esa gloria  
 Un lucero de esperanza,  
 Y pedidme cuanto alcanza  
 El poder de la victoria.  
 Responded á mi pasion,  
 Calmad mis ánsias crueles,  
 Y yo inundaré en laureles  
 El palacio de Leon.

SOL.

Bernardo, cuando nací  
 Sola en el mundo me hallé,  
 Sin mis Padres me crié,  
 Y sola me encuentro aquí.

Pero sobrina del Rey,  
 Que cuanto puede me amó,  
 Por Padre le tuve yo,  
 Y su querer fué mi ley.  
 Harto os he escuchado ya,  
 Y no sé si bien he hecho:  
 Ha sido culpa del pecho...  
 No me pesa, que hecho está.  
 Mas no consiente el deber  
 Que por más tiempo os atienda:  
 Desgarremos esta venda,  
 No vayamos á caer.  
 Nuevo en el palacio vos  
 No conocéis sus rigores:  
 Aquí pláticas de amores  
 Son peligrosas, por Dios.  
 Es la regia voluntad  
 La que todo en él ordena;  
 Y yo, de respeto llena,  
 Me humillo á su autoridad.  
 Y pues que el Rey os amó  
 Tanto, y pues que sois tan grande,  
 Mirad vos lo que el Rey mande,  
 Que eso, Bernardo, haré yo.

(Vase por la derecha. Momentos ántes ha aparecido Ordoño  
 por el frente. Bernardo no le ve sinó despues de los pri-  
 meros versos de la siguiente escena.)

ESCENA V.

—  
 ORDOÑO.—BERNARDO.

BERNARDO.

Lo mandará... lo mandará!.. Lo juro  
 Por la belleza que en sus ojos arde ,  
 Por el amor que mis sentidos turba,  
 Por el nombre sagrado de mi Padre!...—  
 ¡ Vos, Ordoño, otra vez!... ¿ Tambien ahora  
 Apareceis aquí para escucharme ?

ORDOÑO.

Tambien os he escuchado. Vuestra suerte  
 De una y otra ilusion testigo me hace,  
 Para que rompa las espesas nubes,  
 Y la dura verdad siempre os declare.  
 Yo soy vuestro rival. Por largos años  
 Esas angustias que en el seno os laten  
 He conocido yo : por largos años  
 Veneno tan mortal llevo en mi sangre!  
 No sé si Doña Sol á mis ardores  
 Ha de corresponder : sé que su imagen  
 Grabada está en el pecho , y que es inútil  
 Pretenderla borrar sin desgarrarle.

BERNARDO.

Tengo yo espada , que lo hará.

ORDOÑO.

¡ Bernardo !

Moderad de esa cólera el alarde.

No jactancioso de poder y gloria

Tan alto vuestro acento se levante :

Sois bravo , sí ; pero tambien mi diestra

El hierro destructor manejar sabe.

BERNARDO.

Luego será.

ORDOÑO.

Tened... La vez primera

No es esta que os provocho , en otro instante

Os ha hablado mi voz , y ya tuvísteis

Harta paciencia en él para escucharme...

BERNARDO.

Tanta fué vuestra audacia en aquel punto ,

Tan alto me juzgué , me ví tan grande ,

Y tan pequeño á vos , tal de la patria

Sonaban el quejido y los desastres ,

Que me pude imponer duro silencio ,

Y al desprecio entregar vuestros desmanes.

Sobrino luego del Monarca , alzado

Al esplendor excelso de mi sangre ,

El príncipe Bernardo no vengara

De Bernardo el del pueblo los ultrajes.

Nunca de ello os hablé... Mas pues ahora

Vos mismo habeis querido recordarle

Vuestra nécia jactancia ; pues que ahora

Su nobleza al leon le reprochásteis ;  
 Sabed que la melena ya sacude ,  
 Que ya su corazon se enciende y arde ,  
 Y , el rujido de muerte en su garganta ,  
 Sobre vos , infeliz , corre á lanzarse .

ORDOÑO .

Un momento tened... Ya las espadas  
 Con rudo choque incendiarán los aires ;  
 Que el que allí señaló vuestra locura ,  
 No esconderá su rostro en el combate .  
 Mas escuchad sin prisa . En vuestro seno  
 Este acero tambien clavar me place ,  
 Que en mataros el alma me deleito ,  
 Antes que el cuerpo con mi espada os mate .  
 Vencido ó vencedor , nunca la mano  
 De la Infanta aguardéis : nunca elevarse  
 Espere al régio trono , quien naciera ,  
 Como nacísteis vos , de impura sangre .

BERNARDO .

¡ Mientes , Ordoño , mientes !...

ORDOÑO .

De locura

Tu necio intento motejara enántes ,  
 Cuando de la montaña descendido ,  
 En sus nieblas velabas tu linaje...  
 Hora que España le conoce toda ,  
 De locura mayor puedo acusarte .

BERNARDO .

No fué placer , fué pena , á mi nobleza  
 Descubrir de mi cuna los azares ;

Que el valor que en el pecho se encendia  
 Bastaba ¡ vive Dios! para elevarme.  
 ¿ Piensas que soy cual tú? ¿ Piensas que invoco  
 De cien abuelos la velada imágen,  
 Para que el lustre que sus frentes orna  
 En mi desnuda frente se derrame?  
 ¡ Oh! no... Su corazon basta á Bernardo:  
 Bástanle de su espada centellante,  
 Terror del moro, de la España gloria,  
 Las hazañas, los lauros inmortales.  
 Si grandes otros sois por vuestra herencia,  
 Por sí, solo por sí, Bernardo es grande:  
 Hijo de la montaña ó del palacio,  
 Mas que todos vosotros siempre vale.

ORDOÑO.

¡ Oh! no me has comprendido... No mi labio  
 De tu incógnito origen hace alarde,  
 Ni te llama *villano*, cual un dia.  
 De villano pudieras elevarte:  
 Fueras honrado, en fin... Mas hoy, *bastardo*,  
 Vil es tu condicion, vil es tu sangre.

BERNARDO.

¡ Horror! ¡ horror y muerte!

ORDOÑO.

Ya la espada,  
 Sedienta de matar, se agita y arde,  
 Y á la venganza que mi voz principia  
 Sus destellos serán tristes fanales.  
 Sí, *bastardo*: el desprecio de la España  
 Sobre tu frente maldecida cae,

Y si vencido esperate la tumba ,  
 Vencedor te condeno á sus ultrajes.

BERNARDO.

¡ Maldicion ! ¡ maldicion !... Venid , Ordoño :  
 ¡ Pedid al cielo que vuestra alma salve !

*( Se van precipitadamente por el jardin. )*

## ESCENA VI.

EL REY, que sale escuchando por la derecha.

Pensé escuchar... Fué engaño... Nada , nada...  
 La noche que se escapa silenciosa...  
 Aun del pueblo la turba , retirada ,  
 Busca el sosiego ya , duerme y reposa.  
 Solo yo en el espíritu agitado  
 Verter no puedo la tranquila calma.  
 De mis pueblos esclavo coronado ,  
 ¿ Quién , santa paz , te inspirará en el alma ?  
 Hemos vencido , sí : del alto cielo  
 Nos sostuvo la mano prepotente :  
 Cubierto de cadáveres el suelo ,  
 Huyó á sus muros la africana gente.  
 ¿ No volverán ? El ancho Mediodía  
 ¿ No romperá otra vez la angosta valla ,  
 Y sus hijos de inmensa nombradía  
 No lanzará otra vez á la batalla ?...

Mucho puede la espada de Bernardo :  
 Mucho alcanza la fé que nos domina :  
 Mucho de un pueblo vencedor aguardo ,  
 Si benigno el Señor su frente inclina...  
 ¡ Bernardo !... Yo no sé si mi entereza  
 Es pasión ó justicia : recelosa  
 Considera la mente su dureza...  
 ¿ Le debo perdonar?... ¡ Duda horrorosa !  
 Tal vez... tienen razón... mezclar su llanto,  
 Abrazar á quien muerto se creía ,  
 De la tumba romper el triste manto,  
 Tornar sus presas á la luz del día...  
 Tal vez , tienen razón : á tanta gloria  
 Ningun otro placer quizá se iguala ;  
 Y del mal padecido la memoria  
 Huye cual sombra, cual vapor se exhala...  
 Fui duro con Saldaña, inexorable...  
 ¡ No conmigo el Señor así lo sea !  
 No su eterna justicia inescrutable ,  
 Como ellos me miraron, yo la vea !  
 En el silencio de la noche oscura,  
 Solo, ante mi conciencia colocado ,  
 ¡ Cuántas veces la infanda desventura  
 Con llanto de mis ojos he llorado !  
 Y hora, por fin, ¿ qué hacer?—Doliente el pecho  
 Combaten mi piedad y mi decoro...  
 Cien pueblos diera por borrar lo hecho...  
 Mas deshacerlo ; oh Dios !... tu auxilio imploro !  
 ¡ Duda que me consume y me anonada !  
 Que en vano agito y resolver aguardo !...

Querer y no querer... y al cabo... nada!  
 ¡Desdichado de mí! ¡Cielos!... Bernardo...

## ESCENA VII.

BERNARDO, muy agitado, sale con la espada en la mano. A  
 ver al Rey, la envaina.—El REY.

BERNARDO.

Os encuentro aquí, señor,  
 Y de encontraros me gozo...  
 Perdonad...

REY.

Mas ¿qué te agita?  
 ¿Qué afán demuda tu rostro?  
 ¿Porqué el acero en la mano?...  
 Aquí no se encuentra el moro...

BERNARDO.

Lo sé... El moro en las batallas  
 Combate con franco enojo;  
 En los palacios se hiere  
 Por detrás, como alevosos.

REY.

¡Bernardo!

BERNARDO.

De mis palabras

Dispensad el eco bronco :  
Siempre á vuestras plantas regias  
Súbdito y deudo me postro.

REY.

Pero, en fin...

BERNARDO.

Cuando los brazos

Me tendisteis cariñoso ,  
Cuando mi humildad alzasteis  
Hasta las gradas del trono,  
Y el ejército cristiano ,  
Grande , fuerte , noble , heróico ,  
Me confiábais , ¿ pudo nunca ,  
Vuestra lealtad , Rey Alfonso ,  
A la injuria de un cobarde  
Entregarme con desdoro ?

REY.

¿ Qué decís ?

BERNARDO.

¡ Perdon de nuevo !...

Sabeis vos, y saben todos  
Que contento en mi llaneza ,  
Siendo mi cuna los troncos  
De la montaña, arrullado  
Por sus vendabales sordos ,  
La púrpura de los reyes  
Humo, nada , era á mis ojos.  
Vos me alzasteis : vuestro labio

Me dijo que cabe el solio  
 Naciera, de vuestra sangre  
 Vástago insigne y glorioso.  
 Yo os pregunté por mis Padres ;  
 Y vos con solemne tono  
 Me ordenásteis el respeto  
 Hacia un misterio que ignoro.  
 Os obedecí. De entónces  
 Al rudo combate pronto ,  
 Salvando vuestra corona  
 De los embates del moro,  
 Exaltando de la patria  
 El renombre esplendoroso ,  
 Las vendas de ese misterio  
 Ni he levantado, ni he roto.  
 Mas esta noche... ¡ Oh ! la lengua  
 Se entorpece, y en mi rostro,  
 Que tal infamia azotara,  
 De rubor se enciende un horno...  
 ¡ No más necia confianza !...  
 No más culpable abandono !  
 Rásguese el misterio, y entre  
 La vista en sus senos hondos.  
 ¿ Quién soy yo ? ¿ Qué de mis padres  
 Cuenta el vulgo malicioso ?  
 ¿ Qué secreto es el que miro ,  
 En que me pierdo y me ahogo ?  
 ¿ Porqué, si bajo el amparo  
 De vuestro potente trono  
 Nací, mecieron mi cuna

Las frescas auras de un soto ?  
¿ Porqué cual padre á García  
Me disteis, señor, vos propio ,  
Y cual villano nacido  
Me mostraron á mis ojos ?  
¿ Porqué un lustro y otro lustro ,  
En aquellos antros hoscos ,  
Compañero de los ciervos ,  
Rival de los fieros osos ,  
Escondido me dejasteis  
A la sombra de los olmos ?...  
Decidlo , señor, decidlo :  
No crudamente piadoso  
Me negueis más una antorcha  
A ese laberinto ignoto.  
Saber quién soy necesito :  
Saber si un villano tosco  
Puede escupirme en la frente  
Con tan infame sonrojo.  
Fortaleza hay en mi pecho  
Para el destino más torvo :  
Grandeza el ánima tiene  
Para verlo sin asombro ;  
Mas ¡ vive Dios, que esta nube  
Do me pierdo y me sofoco ,  
Si no la rompeis vos mismo...  
A pesar de vos, la rompo !...

## ESCENA VIII.

EL REY, BERNARDO.—GUARDIAS Y HOMBRES DEL PUEBLO, que entran precipitadamente del jardin.

UNO.

Justicia, Señor, justicia!...

Han asesinado á Ordoño...

REY.

¡Bernardo!

BERNARDO.

Cual caballero

Mi espada le hundió en el polvo;

Y mil vidas que tuviese

Fueran de mi ardor despojos.

PUEBLO.

¡Fué Bernardo!

REY.

¿Y vuestra audacia

Ignoraba en sus enconos

Que para haceros justicia

Me puso Dios en el sólio?

¿Ignorábais que en seis lustros

Que el cetro de España gozo,

Sin distincion la dispenso,

A humildes y á poderosos ?  
 ¿ Ignorábais que si osado  
 Pudo afrentaros su enojo ,  
 A corregirle y penarle  
 Estaba aquí Don Alfonso?...  
 Grande es , Bernardo , la gloria  
 Que os circunda : grande , heróico ,  
 Vuestro nombre : vuestros hechos  
 Vuelan por el mundo todo ;  
 Mas si esto os ensoberbece  
 Para despreciar mi trono ;  
 Si esto ha de ser en ultraje  
 De la justicia que invoco ,  
 En agravio de mi pueblo ,  
 De mis canas en desdoro ;  
 Primero que tal consienta  
 Veréis que el cetro depongo.

BERNARDO.

Y ¡ vive Dios ! yo os repito ,  
 Que si otro que vos... que si otro ,  
 Cuando encendida la mente ,  
 Brotando fuego mi rostro ,  
 Vengo á denunciaros , yo ,  
 La vil infamia de Ordoño...  
 Si de otro , digo , escuchara  
 Lo que con acento torvo  
 Me decís , no con palabras  
 Exhalárase mi encono ,  
 Ni en respeto reverente  
 Pusiera á mi rabia coto. —

Le maté... De su osadía  
 Aun me enciendo y me abochorno,  
 Y si lo que él aquí dijo,  
 Fuera de vos, rey Alfonso,  
 Otro dijese, en mis brazos  
 Juro al cielo que le ahogo.

REY.

Basta!... Entre el Rey y el vasallo  
 Escándalo tal yo corto;  
 Que la corona de Asturias  
 No ha de arrastrarse en el lodo.  
 Salid luego de mi córte;  
 Salid de mi reino pronto:  
 Id á vivid con las fieras,  
 Pues que fiera sois vos propio.

BERNARDO.

En buen hora; con mi espada  
 Nada temo, nada imploro:  
 Si una patria me desdeña,  
 Otra patria así recobro.  
 Nada, oh Rey, os he debido;  
 Vos me lo debísteis todo...  
 Nada os reclamo... Otras gentes  
 Me darán asilo honroso,  
 Donde una palabra infame  
 No venga á azotarme el rostro,  
 Y do un Rey ingrato y duro  
 En mí no quiebre sus ódios...  
 Y ¡ plegue á Dios que algun dia  
 En medio al estruendo ronco

De desastres y matanzas,  
 No volvais los tristes ojos  
 A Bernardo; que Bernardo  
 No los volverá á vosotros!

( *Váse por la izquierda.* )

(Durante esta escena y la siguiente se ha aumentado y sigue aumentándose la concurrencia del pueblo. Al final del acto debe ya ser numerosa.)

## ESCENA IX.

—

LOS DE LA ANTERIOR, menos Bernardo. A poco un MENSAJERO.

REY.

¡ Dura ley de mi destino!  
 ¡ Deber triste á que me postro!  
 ¿ Es quizá expiacion tremenda  
 De la desgracia que lloro?  
 Uno muere; el otro parte...  
 Cubre nublado espantoso  
 Nuestro horizonte, y en tanto  
 ¡ Pol re Rey, te quedas solo!...

MENSAJERO.

¡ Plaza! ¡ plaza!... A vuestros piés...

REY.

¡ Oh Dios! ¿ qué nuevas?

## El moro

Vuelve á presentarse ufano :  
 Su ejército numeroso  
 Hacia el castillo de Luna  
 Se dirige... A sus enojos  
 Los pueblos de la frontera  
 Huyen con fatal asombro...  
 Horrible llama ilumina  
 El inmenso territorio ,  
 Y gritos de espanto y muerte  
 Atruenan los aires sordos. . .  
 ¡ Salvadnos, oh Rey , salvadnos !

REY .

¡ Así se conjura todo  
 En mi contra , y este cáliz  
 Debo apurarlo con colmo !...  
 Tengamos fé.—Compañeros :  
 Si el triunfo insigne y heróico  
 Que en Santorcaz conseguisteis  
 No basta á nuestro reposo :  
 Si el Señor en su justicia  
 Aun truena severo y hosco ,  
 Si aun es menester mas sangre ,  
 Si aun es menester mas hondo  
 Sacrificio , si la patria  
 Aun pide mas de nosotros ;  
 Empuñemos nuevamente  
 El acero victorioso ,  
 Conquistemos estos lauros

Cual ya conquistamos otros,  
 O muramos como buenos,  
 Como españoles y godos.  
 Á las armas... ¡ Viva España !  
 TODOS.  
 Y viva el Rey Don Alfonso !

ESCENA PRIMERA

UNA MUJER, EL CASTELLANO.

Mujer. ¡ Ah! ¡ Ah! del castillo...

¡ Ah! ¡ Ah! del castillo...

Castellano.

Nada, nada...

¡ Ah! ¡ Ah! del castillo...

¡ Ah! ¡ Ah! del castillo...



## ACTO CUARTO.

---

*En el castillo de Luna. Gran salon tosco, embovedado, con varias puertas. Una pequeña y fuerte, con gruesos cerrojos. Galería en el fondo, por donde es la entrada principal.*

---

### ESCENA PRIMERA.

---

DOÑA SOL, EL CASTELLANO.

SOL.

Así, nada del combate

Sabemos...

CASTELLANO.

Nada, señora :

Que al ejército pagano

Embistieron nuestras tropas :

Que corre la sangre á ríos :  
Despues... lo que Dios disponga!

SOL.

¡ Fiera, horrible incertidumbre !...  
¡ Oh ! ¡ qué bárbara congoja  
Saber que en el campo lidian ,  
Y estar encerrada y sola !  
¡ Oh, quién me diera encontrarme  
Allí, enmedio á la espantosa  
Batalla, y la dura suerte  
Conocerla por mí propia !  
¡ Pudiese animar al ménos  
Las escuadras españolas :  
Pudiese de sus heridos  
Restañar la sangre heróica ;  
Y aun de la espantable muerte  
Endulzar la saña torva !—  
¡ Miserable mujer ! ¡ tu nombre  
Es debilidad, tus obras  
Sufrimiento, tu destino  
Largo llanto á todas horas !  
Nada valemos... En vano  
La llama en el pecho brota :  
En vano el nombre de patria  
Levanta la mente absorta ;  
El destino nos condena  
A quietud tan vergonzosa,  
Que ni aun por nosotras siendo ,  
Podemos nada nosotras .

CASTELLANO.

Pues si tan sentidas quejas  
 Al cielo elevais, señora,  
 ¿Cuáles no dará el soldado  
 Que aquí su valor sofoca?  
 ¡Vive Dios, que casi el alma  
 Lo mira como deshonra,  
 Y que, si al Rey obedezco,  
 Bien el corazón lo llora!  
 ¡Vive Dios, que en doce lustros  
 Que ya mis hombros agovian,  
 Es ésta la vez primera  
 Que, oyendo sonar la trompa,  
 En la vaina detenida  
 Yace la cuchilla ociosa!  
 ¡Vive Dios que Don Alfonso  
 No debió manchar mis glorias,  
 Encerrándome en murallas  
 Que ellas mismas se custodian!  
 Cuando se lidia en los campos,  
 Cuando tal vez la victoria  
 Va á pesar en su balanza  
 La suerte de España toda,  
 Para guardar un castillo  
 No son hombres de mi estofa.

SOL.

Mucho tiempo, sin embargo,  
 Pienso le guardais con honra,  
 Y más de una vez le hicisteis  
 Dique á la pujanza mora.

## CASTELLANO.

Le hice, sí... Como los mares  
Se quiebran en firme roca,  
Y en vapores y en espumas  
Se desvanecen sus ondas ;  
Así, al pié de estas murallas  
Rompiéronse una trás otra  
De los moros andaluces  
Tres irrupciones furiosas.  
Muchos años han pasado!...  
Brillaba entonces lá aurora  
De Alfonso, y aquestas canas  
Eran cabellera blonda...  
Mas parécame que escucho  
La grita feroz y ronca;  
Que miro el voraz incendio  
De la batalla horrorosa ;  
Que aun corre hirviendo la sangre,  
Y entre muertes y congojas  
Siempre triunfante se eleva  
La noble insignia española. —  
¡ Oh ! pasaron ya, pasaron,  
Aquellas fugaces horas,  
En que, salvando á los nuestros,  
Llevaba al cielo mi gloria...  
¿ Qué he sido despues?... ¡ La suerte  
Embargó mi espada heróica,  
Y mísero carcelero  
En estas negras mazmorras,

Me ciñó la edad cansada  
Su no envidiable corona !...

SOL.

¿Qué es lo que dices ? ¿Acaso ?...

CASTELLANO.

No digo nada, señora...

Me quejo de mi destino ,

Que así mis ánimos postra :

De la juventud me quejo ,

Que vale tan poco ahora :

Me quejo, en fin, del Monarca ,

Que en vida inútil y ociosa ,

Este guerrero descuida

Cuando muchos no le sobran...

( ¡ Vive Dios, que en poco estuvo

Decir más de lo que importa ! )

(Suena una corneta.)

SOL.

Escuchad... este sonido..

CASTELLANO.

¿Qué significa esa trompa ?

## ESCENA II.

LOS MISMOS, UN SOLDADO.

SOLDADO.

Del bosque inmediato un hombre

(Saliendo, á la puerta toca.

Viene armado, pero solo :  
De caballero llasona,  
Y pide entrar.

CASTELLANO.

Haced luego

Que los cerrojos descorran :  
Ábrase la puerta, y suelten  
De la puente las maromas. —  
¿Quién sabe si es del combate  
Alguna nueva dichosa ?

SOLDADO.

Viene de otro lado.

CASTELLANO.

En fin,

Éntre, pues que lo ambiciona...  
Verémos lo que desea,  
Y haré lo que corresponsa.

(Váse el soldado.)

Si vos permitís... (A Doña Sol.)

SOL.

Ya os dejo... —

(Grabados en la memoria  
Sus acentos van... Se llama  
Carcelero, y de mazmorras  
Habló... ¿Quién sabe ¡ oh ! quién sabe  
Si bajo estas anchas losas  
De Bernardo el Padre triste  
Yace en sempiterna sombra ! ) (Váse.)

CASTELLANO.

Un guerrero, y no lidiando...  
 ¡Vive Dios, que tales cosas  
 Hoy se ven, que de mirarlas  
 El ánimo se sonroja!  
 Buena presencia... sepamos...

### ESCENA III.

—

El CASTELLANO: BERNARDO, EL SOLDADO. Este le introduce, y se retira.

BERNARDO.

Dios guarde vuestra persona.

CASTELLANO.

Y él á vos.

BERNARDO.

¿El castellano  
 Sois de esta torre famosa?

CASTELLANO.

Seis lustros ha que la tengo  
 Por Don Alfonso, y con honra.

BERNARDO.

Lo sé: vuestros claros hechos  
 Por esos valles pregonan,

Y cual de soldado insigne  
Se dilatan vuestras glorias.

CASTELLANO.

Merced por la cortesía!

BERNARDO.

¡Vive Dios, que no es lisonja!

Como vos, soy un soldado:

Cual esa, mi espada corta;

Y si no lo mereciérais,

No os celebrara mi boca.

CASTELLANO.

Mas en fin...

BERNARDO.

De la montaña,

Do sus estribos azota

La mar, tierra de valientes,

Que nunca la raza mora

Mancilló, á las fieras lides

El amor patrio me arroja.

Buscando de Don Alfonso

Las banderas victoriosas,

Perdido por esos valles,

Que jamás ántes de ahora

He pisado, en esta torre

Ví el faro de mi derrota.

Rendido está mi caballo...

Si consentís que reponga

Sus fuerzas, y si vos mismo

Le dais á mi marcha nõrma,

Presto, dejando estos muros,

Correré en pos de las tropas  
 Del Rey, á buscar con ellas  
 O la muerte ó la victoria.

CASTELLANO.

Como bueno habeis hablado ;  
 Y por Dios que en mis congojas  
 Es un placer , cuando escucho  
 Palabras tan generosas...  
 Ved de partir sin tardanza.  
 Sabed , jóven , que á estas horas  
 Lidiando están los cristianos  
 Con los hijos de Mahoma :  
 Sabed que si presto , presto ,  
 No volais á la horrorosa  
 Batalla , no tendréis parte  
 Ni en el llanto ni en la honra.

BERNARDO.

¿Qué me decís?

CASTELLANO.

De estos muros  
 Alfonso salió á la aurora.  
 El combate se ha empeñado :  
 La sangre corre espumosa...  
 ¡ Dichoso el que en lid tan santa  
 El nombre de Dios invoca ;  
 É infeliz quien encerrado  
 Aquí su valor ahoga !...—  
 Voy á ver si vuestra alfana  
 Del cansancio se recobra ,

Y al punto vendré á mostráros

El camino de la gloria:

(*Aprieta con efusion la mano á Bernardo, y váse.*)

#### ESCENA IV.

BERNARDO.

Sé por fin donde están... De la batalla  
 Casi el rumor á mis sentidos llega ;  
 ¡Y entre tanto mi espada victoriosa  
 Es rayo inerte que en mis manos queda!...  
 Mas ¿qué he de hacer?... De Ordoño los denuestos,  
 Del altivo Monarca la soberbia ,  
 Hiriendo sin razon mi noble orgullo ,  
 Condenaban mi frente á la vergüenza ,  
 O á resistir su injuria me empeñaban.  
 De Bernardo la santa independencia ,  
 El puro honor , como las nieves limpio  
 Que Pirene en sus ámbitos ostenta ,  
 Es menester que grandes y que Reyes  
 A conocer y á respetar aprendan.  
 El fué quien me arrojó... Quizás ahora,  
 En los rudos peligros que le cercan,  
 Se acordará de mí : quizá su labio

Al que ultrajaba llamará con pena :  
 Quizá entre horrores, entre sangre y muertes ,  
 Con puro gozo aparecer me viera...  
 Cálmate , oh corazon... ¡ calma y reposo !—  
 ¡ Tristes memorias que la mente aquejan ,  
 Presagios en un tiempo de ventura ,  
 Y hoy fiero torcedor que la envenenan !...  
 ¡ Virgen de mis ensueños celestiales !  
 ¿ Quién me dijera ¡ ay Dios ! quién me dijera  
 Que la esperanza de mi eterna dicha ,  
 Sombra fugaz, hundiérase tan presta,  
 Y, capullo que hiela el cierzo frio,  
 Para luego morir, brotase apénas ?  
 Pero ¿ porqué abatirse?... Aun en el pecho  
 Mi noble corazon late con fuerza ,  
 Y el limpio acero, vencedor del moro,  
 En la robusta mano centellea.  
 Esperemos, oh Sol... De tu palacio  
 Mi gloria insigne llamará á las puertas ;  
 Y tan digno he de ser de merecerte,  
 Tanto me he de elevar hasta la esfera  
 Do vives tú, que el Rey, que pueblo, todos,  
 Con gozo universal mi dicha vean...  
 Pero, ¿ qué es lo que miro?... (Viendo á Doña Sol.)

## ESCENA V.

DOÑA SOL.—BERNARDO.

SOL.

¡ Oh Dios!... ¡ Bernardo!

¿ Vos en este castillo ?

BERNARDO.

Mi sorpresa

No es, Infanta, menor... ¿ Cómo dejasteis  
De la corte de Astúrias las almenas ?

SOL.

Seguimos al Monarca. Más seguras,  
En los dudosos trances de la guerra,  
Que en una villa abandonada y sola,  
Presumimos estar donde estuviera.  
Pero vos...

BERNARDO.

Os encuentro : en este día

Mi cruda suerte sus horrores templa,  
Y un lucero de paz calma en los aires  
El furioso huracan de mi tormenta.  
¡ Oh ! ¡ cuán léjos la mente presagiaba

Tanta felicidad ! ¡ Oh ! ¡ cómo ciega  
 Por campo de ilusiones se perdía ,  
 Cubierto el rostro de tupida venda !  
 ¡ Os encuentro, por fin, del alma pura  
 Idolo celestial que me enajena ;  
 Y á vuestros piés Bernardo prosternado  
 De placer inefable se embelesa !

SOL.

No es ocasion, Bernardo, de lisonjas.  
 Esas palabras de ternura llenas  
 Repudia el alma, cuando sangre y lloros  
 Corren dó quier, y donde quiera reinan.  
 No es ocasion de amor ; ésto de gloria.  
 ¿ Sabeis que en esos llanos que nos cercan  
 Defiende Don Alfonso, de la patria ,  
 En lucha desigual, la suerte incierta ?  
 ¿ Sabeis que de sus grandes campeones  
 La infelice nacion exhausta y yerma  
 Se mira triste, y al favor del cielo,  
 Partido el corazon, tan solo apela ?  
 Bernardo!... si escuchando sus gemidos  
 Vuestras entrañas de piedad no tiemblan ;  
 Si escuchando este acento que os implora ,  
 No es rayo vuestra espada á la proterva  
 Multitud del infiel, y del cristiano  
 No destrozais las hórridas cadenas...  
 Que jamás á mi vista desolada  
 Vuestros terribles ojos aparezcan ,  
 Y que jamás palabras de dulzura  
 Osado el labio á dirigirme vuelva.

BERNARDO.

¡ Doña Sol ! Doña Sol !... ¿ Sabeis vos misma  
 De mi destierro la veraz tragedia ?  
 ¿ Los ultrajes de Ordoño y del Monarca ,  
 Y su injusticia bárbara y crüenta ?  
 ¿ Sabeis que cual vilano y asesino  
 Del reino todo sin piedad me echan ,  
 Cual pudieran echar un can rabioso ,  
 O de los montes desmandada fiera ?  
 ¿ Sabeis que esta palabra , sí , la misma ,  
 Se permitió decir para mi ofensa ,  
 Quien , no siendo su deudo y sú vasallo ,  
 A decirla otra vez jamás volviera ?...  
 Pues bien , oh Sol !... Injurias tan odiosas  
 Mi mente enaltecida las desprecia ,  
 Que es Bernardo muy grande en su destino  
 Para que herirle con ladridos puedan.  
 Yo fuera á combatir : yo los salvara.  
 Mas ¿ no temeis que en su procaz soberbia ,  
 Lo que en mi pecho es noble y generoso  
 A vil humillacion atribuyeran ?  
 ¿ No temeis que si el triunfo los halaga ,  
 Si el hado incierto su favor les muestra ,  
 Vanos han de pensar que yo he podido  
 Invocar de su altura la clemencia ?  
 Dejados , Sol , dejados , que la suerte  
 Dé á su jactancia la debida pena :  
 Dejad que lloren con amargo llanto  
 De mi destierro la injusticia acerba .  
 Siempre queda un escudo , si ellos caen :

Siempre Bernardo y la montaña quedan ;  
 Y en sus riscos la suerte de la España  
 Invencible será, vivirá eterna.

SOL.

¡ Ilusion de tu orgullo y tu bravura !  
 Triste ilusion, que á llanto nos condena,  
 Y que pierde la patria desdichada !  
 Nadie mas eminente tu grandeza  
 Considera que yo : nadie mas alto  
 El puesto vé dó tu valor te eleva.  
 Mas por mucho que encumbres tu destino,  
 Un hombre eres no más : el sello llevas  
 De nuestro sér, é inútil quedarías  
 Cuando en lid desigual único fueras.  
 Hora combate España: tú de España  
 Puedes el héroe ser en la contienda ;  
 Y á su frente, ensalzándote á la gloria,  
 Salvarla de los males que la cercan.  
 Mas si España sucumbe ; si esos bravos  
 Que así contrastan la fortuna adversa,  
 Heridos en la lucha desaparecen ;  
 Si en viudez y orfandad la patria dejan,  
 ¿ Dónde hallarás, Bernardo, otros guerreros,  
 Que así te sigan, á la santa empresa ?—  
 ¡ Oh ! de una mujer débil el conjuro  
 Escucha con piedad ; y si su pena,  
 Si el llanto ardiente que sus ojos brotan  
 Al corazon empedernido llegan,  
 No les niegues, Bernardo, como gracia,  
 Cuanto de ese valor gimiendo esperan!...

Corre, corre á la lid... yo te lo ruego...  
 ¡Lo que la España no, mi amor te deba!

BERNARDO.

¡Tu amor, dices, tu amor!... Esa palabra  
 Vence mis dudas, y mi ardor despierta,  
 Y cual rayo del cielo desprendido,  
 Lumbre, incendios y estragos do quier lleva.  
 ¡Tu amor!... tú lo dijiste... lo que nunca  
 En sueños de placer el alma oyera,  
 De tus labios, oh Sol, muda y absorta,  
 Lo escucha en fin, y de ventura tiembla.  
 ¡Otra vez por piedad!...

SOL. (*Tendiéndole la mano.*)

Parte, oh Bernardo!...

En su curso fugaz las horas vuelan...  
 Lo que allí á tu valor debiere Asturias,  
 Feliz mi pecho si á pagarlo acierta!  
 Corre, vence: la huérfana infelice  
 De coronas espléndidos no es dueña;  
 Mas si un alma te basta en tu victoria,  
 La suya te dará por recompensa...

UNA VOZ.

¡Ay de mí! (*Suena detrás de la puerta cerrada.*)

BERNARDO.

¿No escuchaste?

SOL.

Parecía

Lúgubre acento de doliente pena.

LA VOZ.

¡Ay mísero de mí!

BERNARDO .

No, no es engaño...

Lo he distinguido bien... tras de esa puerta...

SOL.

Si es, gran Dios, lo que temo!

BERNARDO .

Calla... calla!...

LA VOZ.

¡Ay mísero de mí!

BERNARDO .

De tanta queja

Hallemos el motivo... (*Forcejeando sobre la puerta.*)

SOL.

Mas, Bernardo...

La lid, eterno Dios!... la lid apremia...

¡Me lo habeis ofrecido!

BERNARDO . (*Sacando la daga para abrir.*)

Un solo instante!...

Contemplemos no más lo que se encierra

Tras de tantos cerrojos; y á la gloria,

No lo dudeis, oh Sol, mi espada vuela... (*Abre.*)

Se abrió... ¡Cielos! ¿qué miro?... Es un anciano...

¡Espantosa prision! ¡morada horrenda!

SOL.

(Oh! no hay duda... ¡infeliz! ¡destino impío!

¡Ante su vista el corazon se hiela!)

## ESCENA VI.

BERNARDO, que ha entrado en la prision, saca al CONDE DE SALDAÑA, sostenido en sus brazos; DOÑA SOL.

BERNARDO.

Venid, venid, Señor... Que vuestro rostro  
 Enjuge de los cielos el ambiente... (Lo sienta.)  
 Aquí podeis sentaros... ¡ Que en las venas  
 Vuestra encendida sangre se refresque!...

CONDE.

Gracias! ¡ eternas gracias, hijo mio!  
 ¡Y á tí, Dios de los buenos, que consientes  
 Dejarme respirar las auras puras,  
 Antes que el corazon fallezca inerte:  
 ¡ Gracias! gracias sin fin! (Se desmaya.)

BERNARDO.

¡ Cielos! ¿ qué miro?  
 ¡ Habeis, Infanta, visto de su frente  
 Arrancada la luz?... ¡ Cruda barbarie!  
 ¡ Horrorsa impiedad que me estremece!

SOL.

¡ Oh, Bernardo! Bernardo!... ¡ desdichado!

BERNARDO.

Si ha sido criminal, díeránle muerte!...

Mas arrancar los ojos á un anciano  
Es infame baldon para sus jueces...  
¿ Vos llorais?

SOL.

¡ Tengo el alma desgarrada !  
De ese anciano infeliz lloro la suerte ,  
Y de la patria los acerbos males ,  
Que á cada instante sin piedad acrecen...  
Bernardo , esa entereza prodigiosa ,  
Asombro y gloria de la hispana gente ,  
Ese valor que os alza hasta los cielos ,  
Hoy cual nunca jamás debeis tenerle.

BERNARDO.

No os comprendo , señora... (*El Conde vuelve en si.*)

SOL.

El desdichado  
Parece en fin que á sus sentidos vuelve :  
Si es cierto lo que el alma me predice ,  
Sostenedlos , gran Dios , y sostenedme !

CONDE.

¿ Qué escuchan mis oidos ? ¿ Qué palabras ,  
Dulces cual la virtud , á herirlos vienen ?  
Señora , perdonad si un pobre ciego...

SOL.

¡ No , por Dios ! no , por Dios ! (*Impidiéndole que se levante.*)

CONDE.

¡ Santo y clemente  
Bendígale mi labio , que este dia  
Consuelo tal en mi destino vierte !

BERNARDO.

Mas decidnos , en fin...

SOL.

¡ Cielos ! Bernardo !

CONDE.

¿ Bernarno pronunciais ? ¿ Bernardo?... ¿ Es este  
Vuestro nombre?... Mi pecho dolorido  
Mas crudo afan al escucharlo siente...

BERNARDO.

Sí , Bernardo me dicen. Por do quiera  
Es conocido un nombre que protege  
Benigno el cielo ; que al cristiano afirma ,  
Y en su poder al árabe estremece.

CONDE.

Bernardo era tambien — ¡ ha cinco lustros ! —  
El nombre de un lucero refulgente ,  
Que cual prenda de gloria y de ventura  
Vino á enjugar mis lágrimas crueles.  
¡ Quién me dijera en tan feliz momento  
¡ Ay ! que nunca jamás tornara á verle !  
¡ Bernardo ! ¡ hijo del alma !

BERNARDO.

Cinco lustros

Son tambien de mi vida el plazo breve ;  
Y del paterno amor , don de los cielos ,  
Nunca la bendicion sentí en mi frente...

CONDE.

¿ Quién sois ? quién sois ? decid...

BERNARDO.

¿ Lo sé , por dicha ?

Oscura nube mi destino envuelve :  
 Misterios de dolor y de vergüenza ,  
 Que el alma agobian , y que el rostro encienden.  
 En la tumba descansan ya mis Padres:  
 Que sus tumbas al ménos se respeten!  
 El conde de Saldaña...

SOL.

¡ Desgraciado !

CONDE.

¡ Hijo del corazon !... ¡ Cielos ! valedme... (*Le abraza.*)

BERNARDO.

¿ Qué escucho ? ¡ Vos mi Padre !

CONDE.

Sí, Bernardo...

Tu Padre, el Conde, que abrazado tienes...

SOL.

Por muerto le juzgabas... ¡ infelice !

Es el sepulcro que su presa vuelve...

BERNARDO.

¡ Yo sueño , eterno Dios !... Sueño... deliro...

Va á reventar la enardecida frente...

¡ Vos mi Padre ! ¡ mi Padre !... ¿ soy acaso

Juguete vil de caprichosa suerte ?

¿ Vivís ? ¿ vivís ? ¿ vivís ?... Dejad que os toque

Con mis manos , Señor , mil y mil veces.

CONDE.

¡ Gracias ! ¡ gracias , mi Dios ! ¡ gracias cumplidas !

A tu seno eternal llamarme puedes...

He escuchado su voz : contra mi pecho

He sentido latir su pecho fuerte.

Cinco lustros de tumba en tal instante  
 Su redencion y su consuelo tienen...  
 Una pregunta solo... ¿Qué, hijo mio,  
 Ha sido de tu Madre?

BERNARDO.

No se atreve

El labio á responder. De torpe engaño  
 Víctima triste el corazon doliente,  
 A los dos os juzgaba en el sepulcro.  
 ¿Quién sabe si tambien?... Todo lo puede  
 El alma sospechar, cuando un Monarca —  
 ¡ Villana condicion! — engaña y miente.

SOL.

No, Bernardo : no, Conde : vuestra Esposa,  
 Roto el lazo terreno, á la celeste  
 Morada se elevó, do sus virtudes  
 La gloria del Señor eterna premie.

CONDE.

¡ Feliz ella tambien!... Alma dichosa  
 Que del martirio la corona obtienes :  
 Que en piélago de amores infinitos  
 A este valle de horror la vista vuelves...  
 Escucha de tu esposo la plegaria:  
 Consíguele valor para que lleve  
 Tan contrarios afectos, como pudo  
 Por largos años conlleva la muerte.  
 Y al hijo del amor que te presento,  
 Tambien tu amparo poderoso tiende,  
 Para que, digno de su noble cuna,  
 El nombre de los dos honre y sustente...

No te apartes , Bernardo... de mi seno ,  
 Hijo del corazon , nunca te alejes!...  
 Quizá por poco tiempo nos es dado  
 Tal ventura gozar...

BERNARDO.

Mas concededme ,  
 Amado Padre , que la infanda historia  
 De vuestros labios oiga reverente.  
 ¿Cómo os encuentro aquí? ¿Cómo , malvados ,  
 En esa tumba sin piedad os tienen?

CONDE.

¡ Mi historia !... ¿ Qué es mi historia ? Es una aurora  
 Que en borrascosa noche se convierte :  
 Un momento de dicha , y largos años  
 De martirio sin fin , que el pecho hienden...  
 Era noble... era bravo , en las batallas  
 Comenzaba á coger frescos laureles :  
 La fortuna do quier me sonreia :  
 El amor me brindaba sus placeres.  
 A Jimena adoré : su tierno pecho  
 Se rindió á mi pasion : pura , inocente ,  
 Me amó cual yo la amaba ; y tú , Bernardo ,  
 De nuestro mútuo amor la prenda eres.  
 Hasta entónces misterio impenetrable  
 Nuestro cariño oscureció en sus pliegues ,  
 Descubierta por tí , fué necesario  
 Al terrible Monarca someterse.  
 A sus piés nos echamos : nuestro lloro  
 Pareció que ablandaba sus desdenes :  
 Promesa de perdon su labio dijo ;

Promesa que aceptamos reverentes,  
 Y que vino á verter en nuestras almas  
 De inefable placer puro deleite.—  
 Un solo instante fué. De la frontera  
 Me nombra capitán, y me previene  
 Que venga á este castillo, y que una carta,  
 Al que mandaba en él, cerrada entregue.  
 Era mi amigo... En cien y cien combates  
 Unidos arrostráramos la muerte...  
 Era un bravo soldado, á quien la España  
 Horas de gloria y de ventura debe...  
 Él me enseñó la carta: él en mis brazos  
 Largo tiempo lloró; mas obediente  
 Cumplió el precepto que escribiera Alfonso,  
 Y vista y libertad perdí por siempre!...

BERNARDO.

¡Horror y maldición! ¡atroz perfidia,  
 Que llore el alma, y que mi brazo venga!

CONDE.

Nada hay mas en mi historia: la desgracia  
 El vigor abatió del pecho fuerte;  
 Y en vez de luenga y rubia cabellera,  
 Blancas sedas y escasas dió á mis sienes.  
 Cinco lustros pasaron... De la tumba  
 Soy vaga aparición que se desprende...  
 Tú, solo tú, Bernardo, eres el lazo  
 Que me llama á vivir... Si tú no fueses,  
 Alma de mi Jimena! ¡oh! cuál tardara  
 El instante feliz que á tí me lleve!

BERNARDO.

¡ Horror y maldicion ! Y entre sus brazos  
 Quiso halagarme con nefandas redes ;  
 Y de su frente , que amistad mentia ,  
 Vuestra sangre , señor , cayó en mi frente !

¡ Oh cólera ! ¡ oh baldon !... ¡ Y era Bernardo  
 Quien venciendo á los árabes ginetes ,  
 Allá de Santorcaz en las llanuras ,  
 Su corona agobiaba de laureles !

¡ Era mi brazo el que se armaba ahora ,  
 En este mismo instante , á sostenerle ;  
 Y el olvido de bárbaras injurias ,  
 Fementido pagaba de esa suerte !

« Ya no existen tus Padres—me decia :

» Tu nacimiento investigar no debes. . . »

¡ Y mi Padre espiraba en una tumba ,  
 De su infanda crueldad pobre juguete !...

Vos tambien , Doña Sol ; vos , en su amparo  
 Invocábais mi acero refulgente...

Vos , tan buena , tan pura... por salvarle

¿ En la tremenda lid quisiérais verme ?

¡ No !... De los cielos el castigo horrible

Sobre su frágil trono se desprende :

De la furia que arrolla sus pendones

Bernardo no será quien le liberte...

Mi maldicion , vencido , le acompaña ;

Mi venganza verá si acaso vence.

SOL.

Yo lloro de la patria los desastres...

Combatido en tan míseros vaivenes

Se parte el corazón, que donde quiera  
 De esperanza y de amor objetos tiene.  
 Inútil es, Bernardo, que yo os diga  
 Si lágrimas de horror el alma vierte  
 Del Conde ante la faz, si con mi sangre  
 Animara la suya que fallece.  
 Mas contemplo también de nuestra España  
 La que le espera dolorosa suerte :  
 Que solo tu valor defendería ;  
 Que perdida sin tí sucumbe y muere,

CONDE.

¡ Oh ! ¿ qué es lo que decís ?

SOL.

Junto á esos muros

El destino de Asturias se resuelve...  
 Hora mismo, hora mismo, del combate  
 Va á decidirse el éxito. A mis preces  
 Cediendo en fin Bernardo...

BERNARDO.

¡ Oh ! nunca ! nunca ! —

¿ Qué me importan su triunfo ó sus reveses ?  
 ¿ Tengo yo acaso patria ? Á vuestra España,  
 Decid, decid... el corazón ¿ qué debe ?  
 Al Rey, de vuestros y crueldad horrenda :  
 A los grandes, envidias y desdenes :  
 Al pueblo, nada ; nada... que callando,  
 Injuriarme los mire, y que los deje.  
 ¿ Qué me importan su triunfo ó sus desastres ?  
 Aquí solo mi patria se contiene,

En esta tumba... ¡Moros y asturianos  
 Todos iguales á mis ojos vense!

CONDE.

Bernardo , de ese ardor que te enagena  
 Complacido mi pecho se estremece ;  
 Y dulces tus palabras á mi oido ,  
 Prendas son de cariño reverente.  
 Mas escucha de un padre los acentos...  
 Que su prudencia tu bravura enfrene :  
 Que su razon á tu pasion presida :  
 Que su perdon en tu dolor refleje.  
 Nunca así de la patria en nuestro labio  
 Se escuche maldecir : nunca su frente  
 Condenemos á dura servidumbre  
 Por rencores que ciegos nos aquejen.  
 La patria ántes que todo : de la patria  
 Ningun buen español vengarse puede :  
 Contra ello no hay razon ; de todos madre ,  
 A todos en su seno nos comprende.  
 Defenderla , salvarla es nuestra gloria...  
 Yo mismo , yo , que en horrorosa muerte  
 Cinco lustros arrastro de existencia ;  
 Yo que tanto sufrí , del hierro ardiente  
 A poderla intentar mi brazo armara ;  
 Y los gloriosos triunfos que otras veces  
 Cual ofrenda he rendido en sus altares ,  
 Bernardo , ¡ vive Dios , que hoy los rindiese !

SOL.

¡ Oh virtud sin igual !

BERNARDO.

¡ Padre!... ¿ Vos mismo?...

CONDE.

Sí, Bernardo, yo propio... Defenderte  
 Tócame á mí de la pasión impura  
 Que amancille tu nombre refulgente.  
 Tócame á mí enseñarte de la gloria  
 La noble senda que á su templo asciende,  
 Y mostrar á los siglos venideros  
 Cuán injusta y cruel fué nuestra suerte.  
 De oscuro porvenir la espesa niebla  
 A mis ojos se rasga y desaparece;  
 Tu destino contemplo, y en sus glorias  
 Ventura sin igual el alma siente.  
 A combatir, Bernardo!... de Saldaña  
 A coronar de espléndidos laureles  
 El claro nombre, y que á los cielos suba,  
 Dó ningún otro nombre jamás llegue.

BERNARDO.

¿ Qué me mandais, Señor?

CONDE.

El pobre anciano

A mandarlo, Bernardo, no se atreve...  
 Pero lo osa pedir, y de rodillas. (*Quiere arrodillarse.*)

BERNARDO.

¡ Basta, basta... no más!... Fiera rugiente  
 Desatais de la bárbara cadena:  
 Volcan soltais que en las entrañas hierve  
 De monte mugidor, lanzando al cielo  
 De su espumosa lava los torrentes.

Voy á lidiar... Cercanos al castillo  
 Aguardanme mis bravos montañeses :  
 Conmigo correrán á la batalla ,  
 Y postrarán del árabe las huestes...  
 Pero vos entretanto...

CONDE.

Yo , entre tanto ,  
 Al cielo invocaré que te proteje ;  
 Y la mente , siguiéndote á la gloria ,  
 Por do quier volará donde tú fueres.

SOL.

Yo á su lado me quedo. ¡ De Saldaña  
 Juro á los cielos compartir la suerte...  
 No salir del castillo , si él no sale :  
 No volver á la córte , si él no vuelve !...

BERNARDO.

Padre, ¡ tu bendicion ! *(Se arrodilla.)*

CONDE.

¡ Marcha, hijo mio !  
 El ángel del Señor tus pasos lleve ;  
 Cual recibes la nuestra, así, Bernardo ,  
 Su santa bendicion caiga en tu frente !

BERNARDO.

Adios, Señor... Adios...

CONDE.

¡ Hijo del alma !

BERNARDO.

¡ Esperanza y valor ! *(Váse.)*

SOL.

¡ Dios ! protegledle !

ESCENA VII.

EL CONDE y DOÑA SOL.

CONDE.

Y vos, señora, que piadoso el pecho  
 Así tendéis al infeliz anciano ;  
 Que en esta cárcel derramais benigna  
 El bálsamo feliz de vuestro llanto ,  
 Permitidme ofrecer á tantos dones  
 De pura gratitud copioso lauro,  
 Unico resto de la antigua suerte  
 Que en mi acerbo infortunio me dejaron.  
 Bendígaos el Señor cual yo os bendigo...  
 Y hacedme el bien de encaminar mis pasos  
 Do recline la lánguida cabeza ,  
 Que tanta conmocion ha fatigado...  
 Necesito reposo: necesito  
 Con la mente seguir á mi Bernardo ;  
 Orar al justo cielo, y de Jimena  
 Invocar el auxilio para entrambos.

SOL.

Venid, Señor... Sobre mis flacos hombros  
 Vuestras manos poned... así... apoyaos !...

Tan noble y santo y plácido servicio,  
Como en esta ocasion, nunca prestaron.

(Conduce al Conde á su prision. Vuelve á salir, y cierra.)

Cerremos esta puerta. — ¡ Dios piadoso !

Gracias sin cuento á tu poder consagro !

Prenda de tu piedad es tanta dicha...

¡ Complétese, gran Dios, y nos salvamos !

### ESCENA VIII.

LA DUEÑA, que entra precipitadamente.—DOÑA SOL.

DUEÑA.

¡ Señora ! ¡ Oh qué desgracia ! ¡ Oh qué infortunio !

Vencido Don Alfonso, derrotado

Nuestro ejército, corre á guarecerse

De este castillo en el estrecho espacio.

SOL.

¡ Santo Dios ! ¿ qué decís ?

DUEÑA.

De las almenas

Todo el desastre de mirar acabo...

Las bandas españolas que sucumben...

El ejército moro, que llevando

La destruccion, la muerte por do quiera,

Casi envuelto con ellas cubre el campo.

Primero, retirábanse en buen orden :  
 Luego rotos, dispersos... todo espanto  
 Y luto y horror es. El Rey Alfonso  
 De su noble caballo derribado ,  
 A punto de morir...

SOL.

¡ Virgen del cielo !  
 ¿ Pereció? ¿ pereció ?

DUEÑA.

Solo un milagro  
 Le ha podido guardar... Un caballero,  
 Cubierto el rostro del bruñido casco,  
 Lanzándose á los mil que le cercaban,  
 Con cien prodigios consiguió salvarlo...  
 ¡ Ah! miradle... miradle...

SOL.

¡ Dios eterno !

## ESCENA IX.

LAS MISMAS.—EL REY, EL OBISPO, EL ALCAIDE, un  
 tropel de JEFES y SOLDADOS, cubiertos de polvo.

REY.

Nada, no ha sido nada... Bueno y salvo  
 Me encuentro yo... La patria es la que hundida  
 Por siempre queda en el combate aciago!...

Ella es la que cayó para no alzarse...  
Su sangre la que riega el triste campo!...

SOL.

¡ Señor!

REY.

¿ Porqué á la muerte me arrancasteis?  
¿ Do mejor la ganara, cual soldado  
Y cual Rey, que cayendo como bueno,  
Dó mis antiguos triunfos se eclipsaron?  
Cuando sucumbe España, allí debía  
Su Monarca morir...

OBISPO.

Señor, guardaos  
Para vengarla... En tan atroz conflicto  
Bastantes son los males que lloramos.  
Mientras vos existais, existe España!...

REY.

Pero ¿quién me salvó?... Yo un esforzado  
Guerrero ví, que de los cielos era  
En tormenta de horror fulmíneo rayo.  
Rota la espada, en el revuelto polvo  
Cayendo bajo el pié de los caballos,  
Sin duda iba á morir, si de el peligro  
No me sacara su potente brazo.  
¿Fué Ramiro quizá?

OBISPO.

No, que Ramiro  
Aun lidia entre los restos desbandados...  
Él salió del castillo, y parecia  
Un ángel del Señor para salvaros.

CASTELLANO.

¿Del castillo, decís ?

SOL.

¡Cielos !

CASTELLANO.

Entonces...

REY.

¿Quién pudo entonces ser ?

SOL.

Señor, Bernardo!...

Bernardo , que al combate se arrojaba...

Muy tarde ¡ santo Dios ! para ayudarnos ,

Mas de salvar á tiempo vuestra vida.

Yo le ví , yo le hablé...

REY.

Justos y santos ,

Eterno Dios , se muestran tus designios !

Yo en humildad sincera los acato.—

¡ Amigos , compañeros ! este dia

Es de luto y dolor... En signo infausto ,

De la espléndida cumbre dó nos puso

Dios nos arroja con potente mano.

A sufrir la borrasca cual valientes...

A recoger los míseros soldados ,

Que aun vagan esparcidos por el valle :

En este antiguo fuerte á resguardarlos...

En sus muros respiro saludable

Podemos encontrar ; y mientras tanto

Que nuestro corazon la vida anime ,

En el Dios esperemos de Pelayo.

## ACTO QUINTO.

---

*La misma decoracion del acto cuarto. Al principiar el acto comienza á amanecer.*

---

### ESCENA PRIMERA.

---

RAMIRO, sentado en un banco; EL CASTELLANO, que entra por el fondo.—Está aun algo oscuro.

RAMIRO. (*Levantándose.*)

¿Quién vá?

CASTELLANO.

De la fortaleza

El alcaide... ¿Y vos?

RAMIRO.

Ramiro...

Guardia del Rey.

CASTELLANO.

De encontraros  
Me place en aqueste sitio.

RAMIRO.

¿Me buscábais?

CASTELLANO.

Os buscaba.

RAMIRO.

Por ventura ¿ha sucedido  
Algo nuevo?

CASTELLANO.

Nada: el muro

Vengo de correr yo mismo,  
Y todo yace en reposo  
En las lindes del castillo.

RAMIRO.

¿Y allá fuera?...

CASTELLANO.

De la aurora

A la luz, los enemigos  
He observado: el campamento  
Descansa mudo y tranquilo...  
Tal silencio no me agrada.

RAMIRO.

Pues ¿qué predecís?

CASTELLANO.

Predigo

Desastres. Mas turbulentos  
Los hubiera yo querido.  
El órden en los contrarios

Es mal presagio, por Cristo!  
 Que el orden es disciplina;  
 La disciplina es peligro.

RAMIRO.

¿Y los nuestros?...

CASTELLANO.

Mucho temo...

Flacos, débiles, caídos,  
 Están jefes y soldados.  
 Si en este duro conflicto  
 Desesperan, de la España  
 Se hundió por siempre el destino.

RAMIRO.

¿Vos lo observásteis?

CASTELLANO.

Yo propio.

Toda la noche he corrido  
 La plaza, do quiera hablando  
 Con la tropa y los caudillos.  
 Sabed, capitan, que pocos  
 Se hallan cual vos decididos  
 A lidiar hasta la muerte:  
 Que el mayor número tÍbidos  
 Y dudosos son; y que otros  
 Están del todo rendidos.  
 Que el Rey lo sepa conviene:  
 Por eso vengo á decirlo...

RAMIRO.

En verdad, fué la batalla  
 Tremenda... Todos cumplimos

Nuestro deber como buenos ,  
 Y arrostramos el conflicto  
 Hasta morir... Mas la vida  
 Que ántes supiera infundirnos  
 Bernardo, la confianza  
 Que de su ardor aprendimos ,  
 Aquel fogoso entusiasmo ,  
 Aquel ufano delirio ,  
 Que de su mente á la nuestra ,  
 Cual incendio puro y vivo ,  
 Comunicaba , eso , Alcaide ,  
 Faltó ayer á nuestro brío .  
 Cumplimos nuestros deberes ,  
 Pero milagros no hicimos  
 Como en Santorcaz , milagros  
 Para salvarnos precisos .—  
 En fin , el cielo disponga  
 Lo que plegue á sus designios ;  
 Que los buenos españoles  
 Muriendo habrémos cumplido .

CASTELLANO.

Lo sé de vos. Nunca el pecho  
 Se engañó en sus vaticinios ,  
 Y que érais noble y honrado  
 Desde que os miré, me dijo... —  
 ¿ Pero... el Rey?...

RAMIRO.

Ha largo rato  
 Que entró en su estancia el Obispo.

CASTELLANO.

¿Affligido está?...

RAMIRO.

Su frente

Mal encubre el dolor vivo  
Que le aqueja : de su llanto  
Hondas señales he visto.

CASTELLANO.

¿Tiene razon !

RAMIRO.

Desde el cielo

Hoy le arroja en el abismo  
El hado injusto : con sangre  
Se empaña el glorioso brillo  
De su diadema ; y el pueblo ,  
Que de la victoria al grito  
Le saludó , sus aplausos  
Trueca , infeliz , en gemidos...

CASTELLANO.

Alguien viene...

RAMIRO.

Es Veremundo,

Un valeroso caudillo.

CASTELLANO.

¿Estáis cierto?... Yo dijera...

## ESCENA II.

VEREMUNDO.—LOS DICHS.

VEREMUNDO.

Dios os conserve , Ramiro.

RAMIRO.

Y él á vos.

VEREMUNDO.

¡ Salud , Alcaide !...

Huélgame el veros reunidos.

Antes de hablar al Monarca

Hablar con vos necesito.

RAMIRO.

¿ Al Monarca ?

VEREMUNDO.

Á Don Alfonso .

En el tremendo conflicto

Que nos cerca , mil valientes ,

De la España nobles hijos ,

Hasta los piés de su trono

Sus acentos afligidos

Quieren elevar... Mi labio

A interpretarlos resigno.

RAMIRO.

¿Y qué pedís?

VEREMUNDO.

Es ya inútil

La resistencia. Vencidos

Como ayer en esos llanos

Por tal huracan nos vimos ,

No ilusos nos empeñemos

En prolongar el martirio

De la patria , hasta llevarla

Al fondo del precipicio.

Guardarla es lo que queremos :

Reservarla á otros benignos

Tiempos , en que Dios piadoso

Nos acuda mas propicio.

Ya el honor hemos salvado.

Triunfantes primero fuimos ,

Y pudo admirar el orbe

De nuestras armas el brillo.

Somos pocos. Junto al moro,

Flaco, débil, reducido

Es nuestro pueblo. Empeñarse

En lidiar, es extinguirlo ;

Es de nuestra pobre España

Ahogar por siempre el destino.

La paz del Rey reclamamos.

RAMIRO.

Y así , con acento indigno,

En este trance de muerte,

¡ Muerte le daréis vos mismo !

Flacos, débiles, vosotros  
 Sois no mas, los que rendidos  
 Por el desastre de un día,  
 Despedazais el invicto  
 Blason, y á la triste Asturias  
 Arrojais en un abismo.  
 Veremundo, dó se lidia,  
 Dó de las armas el limpio  
 Fulgor arde, dó la sangre  
 Corre por el suelo tinto,  
 La fortuna y la desgracia  
 Se siguen con raudó giro.—  
 ¡Que es pequeño nuestro Estado!—  
 No era mayor imagino  
 Cuando con aliento heróico  
 Las espadas nos ceñimos.  
 ¿No recordais, Veremundo,  
 Pues os miré en aquel sitio,  
 Lo que al responder al moro  
 Al Rey Alfonso dijimos?  
 ¿No recordais que la guerra  
 Fué allí de todos el grito,  
 Y la victoria ó la muerte  
 Juramos enardecidos?  
 Pues triunfemos ó muramos...  
 Muramos, pues no vencimos.  
 Más injurias, más venganzas  
 Dejemos á nuestros hijos.  
 Y al que otra cosa intentare  
 En el duro compromiso

Dó estamos, juro á los cielos  
Que de traidor lo apellido.

VEREMUNDO.

A quien tal diga, mi espada...  
¡Vive Dios!

RAMIRO.

Lo dicho, dicho. (*Empuñan los dos.*)

CASTELLANO.

¿Qué haceis? Tened los aceros...

VEREMUNDO.

Quitad...

RAMIRO.

Quitad vos...

CASLELLANO.

¡Ramiro!

VEREMUNDO.

Ha de morir quien me insulta...

RAMIRO.

¡Vereis si al traidor castigo!...

### ESCENA III.

EL REY, EL OBISPO: salen por la derecha.—Los DE LA  
ANTERIOR.

REY.

¡Cómo! ¿Quereis batallar  
Vos y vos?... ¡Riñendo aquí!

Si gastais la vida así,  
 ¿Quién al moro ha de lidiar?  
 Y vive Dios, caballeros,  
 Que es desdoro de la ley  
 Ante la estancia del Rey  
 Sacar los limpios aceros...  
 Nada teneis que decir,  
 Que nada quiero seber...  
 Que no vuelva á suceder,  
 Si los dos quereis vivir.—  
 Alcaide, tengo que hablaros.  
 Vos despejad. (*A Ramiro y Veremundo.*)

VEREMUNDO.

Un favor  
 Os demando aquí, Señor...  
 Escuchad...

REY.

Ya haré llamaros.

VEREMUNDO.

Urgente súplica es  
 La que elevo á Vuestra Alteza:  
 Conceded á mi nobleza...

REY.

Os he dicho que despues.

(*Se van Ramiro y Veremundo.*)

¿Mi precepto habeis cumplido?... (*Al Alcaide.*)

CASTELLANO.

Como mandásteis, Señor:—  
 En un completo estupor  
 El Conde nada ha sentido.

Pero el mejor aposento  
Del castillo ocupa ya...

REY.

Ved cuando despierto está,  
Y decídmelo al momento. (*Se vá'el Castellano.*)

#### ESCENA IV.

EL REY. EL OBISPO.

REY.

Me habeis vencido. Mi saña  
Va á terminar este dia :  
Cese en fin en su agonía  
Sancho , el conde de Saldaña .  
Ora debamos morir ,  
Y ofrecernos al Señor ,  
O milagros de valor  
Nos dén vencer y vivir ;  
El alma no puede ya  
Soportar tan duro peso :  
Me abrumaba , lo confieso...  
Libre el pecho quedará .  
Yo mismo , yo , le veré :  
Yo deploraré sus males...  
De mis sentencias fatales

El perdón le pediré ;  
 Que no quiero , por mi vida ,  
 Que en el Reino que perdí  
 Pueda quejarse de mí  
 Ninguna persona herida...  
 ¿ Estais contento ?

OBISPO.

Señor...

Dejadme besar las huellas  
 Que pisais... de las estrellas  
 Empañais el resplandor.

REY.

De lisonjas no es momento :  
 En trance tan duro y fuerte ,  
 Al igual de nuestra suerte  
 Alcemos el pensamiento.  
 A Carlos tambien ahora  
 Pidiendo auxilio escribí...  
 Veis que en todo os complací.

OBISPO.

¡ No esperáseis á tal hora !

REY.

¡ Oh ! es horroroso baldón  
 Apelar al extranjero :  
 Mientras lidiaba el acero  
 Esquivé la humillacion.  
 Mas si España ha de morir,  
 Si la suerte escribió impía  
 Que al Norte ó al Mediodía  
 Deban sus hijos servir ;

Asegúrese á lo ménos  
 De su Iglesia la fé pura ,  
 Y en acerba desventura  
 No muramos sarracenos.  
 Lejos es cierto que está  
 El potente Emperador;  
 Pero sinó salvador,  
 Vengador nuestro será.

OBISPO.

Mas entre tanto...

REY.

Entre tanto,  
 Lidiar como se pudiere ;  
 Perecer si fuerza fuere ,  
 Nadar en sangre y en llanto.  
 Cuando la espada saqué  
 A mis pueblos quise oir :  
 Prefirieron combatir,  
 Y yo la vaina arrojé.  
 Desde entónces , de constancia  
 Vestí mi pecho acerado,  
 Y como norte he tomado  
 El ejemplo de Numancia.  
 Morir libres ó triunfar  
 Fué nuestro grito en Leon :  
 O el triunfo y la salvacion ,  
 O la muerte ; no hay dudar.  
 Dios lo que le plegue dé ,  
 Árbitro del mundo todo :  
 Hágalo de cualquier modo,

Mi vida le consagré.  
 Recíbala , si esto es ley,  
 Con el trono que me dió ;  
 Mientras que le ocupe yo,  
 He de vivir como Rey.  
 Otro se pudo elegir...  
 Yo á guardarlo no aspiraba...  
 Al pueblo se lo brindaba ;  
 Nadie en él quiso subir...  
 Pues perecer ó triunfar  
 Dije , y ellos aplaudieron ,  
 Si el triunfo no consiguieron ,  
 Morirémos, no hay dudar.

(*Suena un clarín.*)

## ESCENA V.

—

LOS MISMOS.—UN SOLDADO.

SOLDADO.

De plática viva seña  
 Hace el moro, y un caudillo,  
 Dirigiéndose al castillo,  
 Tremola una blanca enseña.

REY.

Ábrase , y pueda venir. (*Vase el soldado.*)

OBISPO.

¿Nada temeis arriesgar ?

REY.

Todo se puede escuchar ,  
 Cuando se sabe morir.  
 Venga á arengarnos el moro ,  
 Y amenace á su placer ;  
 El Rey sabrá responder  
 Como cumple á su decoro.

OBISPO.

Si tal fuese su razon  
 Que España aceptar pudiera...

REY.

Esperanza lisonjera ,  
 Que no admite el corazon!...  
 Vendrá á pedir el tributo  
 Que nos reclamó otro dia :  
 Pedirá lo que pedia ,  
 Con más infamia y más luto...

OBISPO.

¡ Oh !

REY.

No os dejéis iludir :  
 No tenemos que esperar...  
 Mas podémosle escuchar ,  
 Porque sabemos morir !...

ESCENA VI.

---

EL REY, EL OBISPO, ALMANZOR, DOS MOROS que le acompañan. Detrás entran RAMIRO, EL CASTELLANO VEREMUNDO, y VARIOS JEFES y SOLDADOS CRISTIANOS.

ALMANZOR.

Segunda vez, oh Rey de la montaña,  
 Del noble musulman la voz escuchas:  
 Segunda vez el cielo por mi mano  
 Rama de salvacion tiende á la tuya.  
 No hay más Dios sinó Dios. ¡ Ay del iluso,  
 Que á sus preceptos resistir procura!  
 ¡ Ay del que cierra sus cobardes ojos,  
 Por negar el poder que le deslumbra!  
 Osásteis combatirle: vuestra audacia  
 Provocó los torrentes de su furia;  
 Vuestra loca soberbia, su castigo.  
 Desató el huracan, y las impuras  
 Huestes cayeron al tremendo soplo  
 De quien los orbes con su faz conturba.  
 Fuisteis vencidos en la lid sangrienta:  
 Sobre el cuello de España la desnuda  
 Cuchilla pende, y aun su nombre odioso  
 Hundirse amaga en sempiterna tumba.

## REY.

Detente, musulman. Si tus palabras  
 Baldones han de ser, si solo injurias,  
 Termínalas al punto: aunque vencido,  
 Rechazo los denuestos que pronuncias.  
 Lidiamos como buenos. La victoria  
 Que propicia nos fué, torpe y sañuda  
 Se tornó luego á vos; y en esos campos,  
 Que vuestra sangre y la española inundan,  
 Traidora á nuestras cruces, sus favores  
 Concedió ayer á la africana luna.  
 Lo sé: lo saben todos. Vária, inestable,  
 Siempre ha sido la suerte: dó se lucha,  
 En raudos giros, á la voz del cielo,  
 Se siguen el dolor y la ventura.  
 Hora faimos vencidos. ¿Quién os dice  
 Que el árabe mañana no sucumba,  
 Y, cual aquí miramos nuestra suerte,  
 No pueda luego contemplar la suya?  
 Dejad pues de injuriarnos. Proponednos  
 Lo que queráis pedir á las Asturias:  
 Breve, como á guerreros corresponde;  
 Claro, como entre bravos se acostumbra.

## ALMANZOR.

Sí, bravos sois. Quien os venció en el campo  
 Daros tan digno nombre no rehusa:  
 Su estimacion ganásteis: tal diadema  
 Es la mas bella que la sien os cubra.  
 Pero no os halagueis con ilusiones,  
 Ni el retorno soñeis de una fortuna

Que os niega Dios. Las vendas que os envuelven ,  
 El torpe error que vuestras almas turba ,  
 Esos, esos no mas, son, oh cristianos ,  
 La fuente de los males que os abruma ,  
 Que os seguirán do quiera. El alto cielo  
 Abate el crimen , la impiedad repudia ;  
 La santa religion sube á los tronos ,  
 Y al infiel y al idólatra conculca.  
 Compasiva por vos se agita el alma :  
 La desgracia respeta en la bravura ;  
 Y , honrando al enemigo que sucumbe ,  
 De mas alta diadema se circunda.  
 Yo os ofrezco la paz.

REY.

¿ Que condiciones ,  
 Ministro del Califa , son las tuyas ?

ALMANZOR.

La gloria del Señor , no de sus fieles .  
 Mezquina vanidad , soberbia injusta ,  
 Mi ambicion es. Reconoced sumisos  
 El excelso poder donde se encumbra ;  
 Y ofreced á su planta el homenaje  
 Que el universo entero le tributa.  
 Yo os quiero condonar la antigua ofrenda :  
 Guardad las cien doncellas ; dadnos una...

( *Rumores de aprobacion.* )

Si el vasallaje humilde se conserva ,  
 Á una lijera muestra se reduzca.  
 Lo has escuchado , oh Rey : de un enemigo  
 Oye y acepta la palabra adusta :

Última vez su compasion te salva ;  
 No la soberbia piérdate iracunda.  
 Considera tu estado : considera  
 Cómo tu imperio todo se derrumba.  
 No en ilusiones imprudente fies...  
 Á cada aurora crecerá tu angustia...  
 Á cada nueva aurora en tu garganta  
 El dogal de la muerte más se anuda.  
 Una jóven tan solo ; y desatado  
 Quedas , oh Rey , de la cadena dura.

VEREMUNDO.

¡ Una piden no mas !

UN JEFE.

Dárseles debe.

OTRO.

Así España se salva de su furia .

REY .

¿Qué escucho?... ¿Vos quereis?... ¡ Mis capitanes!

VEREMUNDO.

De sus guerreros Vuestra Alteza escucha  
 El voto aquí : la suerte despiadada  
 Nos obliga á aceptar pena tan cruda.  
 Salvado está el honor. Así amenguamos  
 Con nuestros hechos la nefanda injuria ,  
 Que nuestros Padres débiles sufrieran.  
 No quiso el cielo más!... Si la fortuna  
 Coronase do quier á los valientes ,  
 Del todo se borrarla la amargura  
 De nuestro afan. Lidiamos como buenos :

La voluntad de Dios es quien nos juzga.  
¡ Aceptadlo , Señor !...

VARIOS.

Sí , sí : aceptadlo...

REY.

¡ A tal degradación , á tan profunda  
Vileza , estaba escrito que bajase ,  
Antes que á la anhelada sepultura !  
¿ Todos me lo pedís ? ¿ De tal vergüenza  
Me pedís todos que la frente os cubra ?  
¿ Todos quereis la paz ?

RAMIRO Y VARIOS.

¡ No !

VEREMUNDO Y OTROS.

Sí.

RAMIRO.

No : todos

No la queremos.

VEREMUNDO.

Sí.

RAMIRO.

Deshonra impura

Es , que nos mancha con baldon eterno.

VEREMUNDO.

Al Reino salva.

RAMIRO.

Póstralo en la tumba.

ALMANZOR.

Esa misma contienda , Rey iluso ,  
Rompa la venda que tu vista anubla...

Tus propios capitanes te abandonan :  
 El poder del destino te subyuga.  
 Aquí , sobre los muros de tu fuerte  
 Estás en mi poder : aquí retumba  
 La sonante palabra del Profeta ,  
 Y te impone la paz que tú rehusas...  
 Sí , guerreros , la paz : si el Rey no quiere ,  
 Que al bien de todos su querer reduzca...  
 A su sobrina Doña Sol elijo.  
 Dádmela , y libres sed. (*Estupor general.*)

OBISPO.

¡ Oh desventura !

VARIOS.

¡ Doña Sol ! ¡ Doña Sol !

RAMIRO.

¡ Almas cobardes !...

¿ Entregarla quereis ?

ALMANZOR.

¡ Por todas , una !

(El Rey ha quedado sumido en la mayor afliccion. Al pedir el moro á Doña Sol , se advierte un movimiento general de repulsa. Doña Sol aparece serena.)

## ESCENA VII.

—  
 LOS MISMOS y DOÑA SOL.

SOL.

Aquí está Doña Sol, que entre vosotros  
 Se viene á presentar... Cese la duda.  
 La corona que el cielo me prepara,  
 No temais que mis sienes la rehuyan.  
 Felice más que todos, por el pueblo  
 Me es dado perecer. Ya me circundan  
 Laureles inmortales, y el destino  
 Teje coronas que mi sien ilustran.  
 ¡Oh gloria de mi suerte! Yo muriendo,  
 Emboto de la guerra la sañuda  
 Cuchilla: yo muriendo, de mi España  
 Los crespones desgarró que la enlutan.  
 ¿Quién es dichoso aquí cual yo me miro?  
 Envidia, oh españoles, la ventura,  
 Que, flaca, inútil, desolada vírgen,  
 A solio tan espléndido me encumbra!—  
 Y vos, señor, mi Padre, mi Monarca,  
 Al cielo, al cielo levantad la augusta  
 Frente: de vuestra sangre es la victoria:  
 Nuestra es la prez en tan honrosa lucha

De vos, solo de vos el Reino espera:  
 Llevad su nave en tempestad tan ruda:  
 Que yo digna de vos seré en los hierros,  
 Cual del trono lo he sido en las alturas...  
 Otra cosa aguardé... ¡Vana esperanza!—  
 ¡Cesen, cesen las nubes que conturban  
 Mi pobre corazon!... ¡Estaba escrito  
 Que en desdichada soledad sucumba!—  
 Adios, señor, adios.—Pronta á seguiros  
 Me teneis, musulman: á la coyunda  
 Yo misma doy el cuello, ¡venturosa  
 Si así España sus dichas asegura!

### ESCENA VIII.

—

Los mismos. ISMAEL, que entra precipitado.

ISMAEL.

¡Presto, presto, Almanzor!... El mismo averno  
 Hórrida nube de cristianos lanza...  
 Corre la sangre por do quier... el campo  
 Voraces arden destructoras llamas.  
 Es huracan del cielo desprendido!..  
 El ardor, la bravura, la constancia,  
 Todo, todo vacila... En un momento

Pueden hundirse nuestras fuertes armas.

¡ Presto, presto á la lid !

SOL.

¡ Cielos ! Bernardo !

¡ Es Bernardo, Señor !

ALMANZOR.

¡ Perfidia infanda !

¡ Horrorsa traicion !... Muertes ! ¡ mil muertes

Á aquel que de vosotros se apiadaba !

¡ Temblad , esclavos ! En mi armada diestra

Aun brilla la terrible cimitarra.

¡ A lidiar ! á vencer ! á castigaros !...

Musulmanes , valor ! ¡ Sangre y venganza !

(Se va seguido de sus Moros.)

## ESCENA IX.

EL REY, DOÑA SOL. Los cristianos de la escena anterior. Confusion. Algunos de ellos salen como para lidiar. Otros corren al fondo, y abren las ventanas á su tiempo. Se descubre el incendio del campo.

SOL.

Cristianos, al combate, á la victoria!...

De un momento de error lavad la mancha...

Para todos hay triunfos; para todos

El astro de los libres se levanta... —

¡ Señor! (*Echándose en los brazos del Rey.*)

REY.

Ven á mis brazos. Con orgullo

Quiero besar tu frente, coronarla...

¡ Ángel puro de Dios! mártir sublime!

Gloria de mi blason y de mi Patria!

UNO. (*En las ventanas.*)

Arde el campo do quier... los moros huyen...

¡ La victoria es ya nuestra!...

SOL.

¡ Gracias! ¡ gracias,

Santo y eterno Dios!

OBISPO.

¡ Bendito sea,

Que así protege á la afligida España!

UNO.

¡ Es Bernardo, son ellos... Del alarbe

El ejército todo se desbanda...

REY.

¡ Sostenedme, gran Dios!

VOCES.

¡ Bernardo viva!

SOL.

¡ Oh, Bernardo, Bernardo!

ESCENA X.

LOS DE LA ANTERIOR.—BERNARDO, JEFES, SOLDADOS,  
MONTAÑESES.

BERNARDO.

    Mi palabra

Os he cumplido, oh Sol: vencido el moro,  
Su frente ya la cristiandad levanta.  
Era imposible ayer... Solo mi brazo  
A restaurar la lucha no bastaba...  
Mas llegaron mis bravos montañeses,  
Y, miradlos aquí... todo lo salvan.  
Vos, señor, perdonad si un desterrado...

REY.

¿Perdon? perdon, Bernardo! Quien desgarra  
El cordel que los cuellos oprimia,  
Quien tanta afrenta con ventura lava,  
No de perdon á los vencidos hable.  
Eterna gratitud sella en sus almas.  
Á mis brazos venid.

BERNARDO.

    En otro tiempo

No más mi corazon ambicionara;  
Que deudo y que vasallo, excelso trono

Fuéranme á mí los brazos del Monarca.  
 Ese tiempo ha pasado! Otras ideas  
 Aquí en el corazon con fuego labran;  
 Y de honra tal, que confusion me infunde,  
 Permitidme, señor, se excuse el alma.  
 Premio mayor de Vuestra Alteza imploro.  
 Un Padre el cielo en su bondad me guarda,  
 Ciego, postrado... cual está os lo pido!...  
 Como se encuentra allí, dadle á mis ansias.

REY.

No allí, Bernardo, le hallaréis. El Conde  
 En la cámara régia de este alcázar  
 Descansa ya... Miradle... Que en sus brazos  
 Se extinga ese rencor que nos separa.

(Varios soldados, entre ellos el Alcaide, sacan al Conde por una puerta distinta de la del acto anterior. Viene vestido con mucho esmero.)

## ESCENA XI.

SALDAÑA.—LOS DE LA ANTERIOR.

BERNARDO.

¡ Padre ! ¡ querido Padre ! (*Abrazándole.*)

MUCHOS.

¡ El Conde ! el Conde !

CONDE.

¿Qué escucho? ¡Eterno Dios! ¡hijo del alma!  
¿Venciste en fin?

BERNARDO.

Vencimos: del alarbe

Disipamos la hueste sanguinaria;  
Y levantada de su horrible huesa,  
¡Merced y gloria á vos se alza la Pátria!

CONDE.

¡Merced y honor á tí! ¡Gloria á los fuertes  
Que la sienten latir en sus entrañas;  
Y, pagando desdenes con favores,  
Á los cielos la elevan por venganza!  
Colmado el pecho con placer tan puro,  
Trocadas en contento mis desgracias,  
Ya moriré feliz...

REY.

Conde Don Sancho,  
De un Rey y de un hermano las palabras  
Lleguen, sin irritarle, á vuestro oído..

CONDE.

¡Vos, señor! ¡vos, señor! (*Quiere arrodillarse.*)

REY.

(*Impidiéndoselo.*) Discordia infausta,  
Errores lamentables, hondo abismo,  
Ha largos años que á los dos apartan.  
Severo con vos fuí. Tanta dureza  
Confiesa y llora arrepentida el alma;  
Y aquí, á presencia de la corte toda,  
Con mi sangre quisiera remediarla.

¿Qué quereis más?... La mano yo os ofrezco :  
¿Vacilaréis, oh Sancho, en aceptarla?

CONDE.

Me humillais, me venceis... Bondad tan suma  
Permitidme que pague á vuestras plantas...  
Que en ellas fije el labio: que del pecho,  
De mi eterna lealtad los votos salgan.—  
¡Ah! Me falta la vida... mis sentidos  
La sorpresa, el placer, la muerte embargan...  
La voz espira... extingüese el aliento...  
Á mi Jimena escucho que me llama!...  
Pero es gozo, señor, esta agonía:  
Estoy en vuestros brazos... reclinada  
En el hijo que amé yace mi frente...  
Yo os le dejo... os le dejo... la mas alta  
Prenda de mi cariño... mi Bernardo!...  
¡Espérame Jimena... ¡Adios, oh Patria!... (*Muere.*)

BERNARDO.

¡Fallece, eterno Dios!

SOL.

¡Socorro!

REY.

¡Sancho!

OBISPO.

Es inútil, inútil... Quebrantada  
Su mísera existencia, tanto gozo  
Sufrir no pudo, y el aliento exhala.

BERNARDO.

¡Ha fallecido!



REY.

¡Prez á su memoria!

¡Respeto y honra á su ceniza helada!

(Todos se descubren.—Breve pausa.)

Hermano del Rey fué... Que entre los Reyes

Régio sepulcro á sus despojos abran.—

Bernardo, de la pena que os agobia

Yo no condeno las agudas ansias:

Hombre soy como vos, como vos lloro...

Mas si un Padre la muerte os arrebatá,

Un Padre hallais do quier: Asturias toda

Por hijo adopta al que sus hijos salva.

BERNARDO.

¡Asturias!... ¡nombre augusto!... ¡voz divina!

¡Norte de gloria, que la mente exalta!

¡Fuego celeste, que mi pecho incendia!

¡Puro amor, que consume mis entrañas!

¡Oh patria!... En el altar que te consagro

Las pasiones acepta que me inflaman,

Y estas que lloro, lágrimas de sangre,

Ofrenda del dolor, á tu pié caigan.—

¡Á combatir, cristianos! Nuevas lides

Nuestro valor, nuestra entereza aguardan:

Nuevos triunfos la Cruz, nuevos laureles

De Córdoba os ofrezcan las murallas.

Ni paz ni tregua: la bandera alzamos:

¡Á llevarla de Cádiz á las playas!...

¡Póstrese ante ella el mundo, y á los cielos

La gloria dilatemos de la España!

DISCURSO DE RECEPCION

**III.**

DISCURSOS ACADÉMICOS.



SOBRE EL I. RIGIDISMO

DISCURSO DE RECEPCION

DEL AUTOR

EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

1845.



## SOBRE EL PERIODISMO

### EN SUS RELACIONES CON LA LITERATURA.

---

Profundamente reconocido á la honra que acaba de dispensarme la Academia, admitiéndome en su seno , es hoy , no solo un deber , sinó una viva complacencia para mí , el apresurarme á disfrutar de su favor , y el dirigirla al mismo tiempo las sinceras expresiones de gratitud que no ha podido menos de arrancar de mi ánimo una distincion tan inesperada. Si ella fué siempre apetecible y gloriosa aun para los ilustres varones que calificamos con justo título de príncipes de nuestra moderna literatura : si lo ha sido para aquellos que se nos mostraron en nuestra juventud como modelo y estímulo en las artes del bien decir , y que , en nuestra edad adulta , decaida la arrogancia de los primeros años , se nos presentan solo para desesperarnos y afligirnos con su perfeccion inimitable ; ¿ qué no deberá ser para quien , contemplándose imparcialmente , se halla tan lejano de

esos brillantes destinos, tan poco merecedor de que su nombre se inscriba en medio de esos nombres, tan convencido de que, por más altos que fueran sus deseos, no tiene reservada ninguna página especial en la historia literaria de nuestro siglo y de nuestra nación?

Hablo, señores, con toda la sinceridad de quien está acostumbrado á decir verdades para sí mismo dolorosas, y que, severo por lo comun al examinar los méritos ajenos, no puede ser indulgente, ni cerrar los ojos á la evidencia, cuando se trata de los suyos propios. Hablo, como debe hablarse á tan eminente corporacion, que si se digna alguna vez de tender la mano y sublimar hasta sí á la aplicada medianía, no deja de ser por ello la insigne Academia encargada de conservar el idioma de Cervantes, y en cuyo seno se escucharon, resuenan aun y se repetirán por largos siglos, la pura, rica, pintoresca estrofa de Melendez, y el fluido, y nervioso y grandilocuente periodo de Jovellanos.

Hubo, á la verdad, un tiempo, en que tambien yo soñé con alcanzar esta gloria que ahora consigo; y en que el amor á la belleza de las artes, y el entusiasmo de inexperta y acalorada fantasía, me parecieron irrecusables signos de una vocacion fecunda, seguros precursores de una predestinacion harto lisonjera. Tambien me atreví á pulsar la lira que tan armoniosamente habia sonado en este recinto; tambien me atreví á invocar la musa de la tragedia castellana, para presentar en nuestro teatro los que bullian en mi imaginacion apasionados crímenes y grandes infortunios. Pero semejantes obras no podian considerarse, ni aun por mí propio, sinó como leves ensayos, albos de una luz apenas encendida, y que reclamaba tiempo y alimento para convertirse en antorcha que iluminase mi existencia. Se-

mejantes obras, cualquiera que hubiese sido con ellas la benignidad de los que consideraba como maestros, no podían autorizarme sino para empeñar más y más todos los esfuerzos y toda la resolución que en mí cupiesen, á fin de que fueran seguidas por otras, que se aproximasen á las ideales concepciones que la inteligencia entrevé, y que solo realizan y vivifican los ingenios privilegiados. Y estos eran, señores, en efecto, mi propósito y mi esperanza: justificar á fuerza de aplicación y de estudios la favorable acogida que se dispensara á mis primeras producciones, y marchar con decisión por el camino en que me habia lanzado, siguiendo las gloriosas huellas que imprimieron en él los grandes poetas, los grandes hablistas, los grandes autores dramáticos de nuestra escena nacional.

¡Propósito y esperanza vanos! Esa existencia artística que habia sido mi ilusión y mis amores, habia de pasar como un relámpago, para perderse en la vida azarosa de la política, en esta vida de agitación y de combates, de ambiciones y desengaños, de orgullo y de miseria, que nuestros padres no conocieron, que nos consume á nosotros con su calenturiento ardor, y cuya copa apuramos algunos hasta sus amargas y sangrientas heces.

No es á mí, señores, á quien compete decir mal de la política. Aunque ella me haya separado de la primera vía que en mi juventud seguí, y haya desvanecido mis primeros sueños literarios, al cabo, si algo soy en este mundo, por la política es, y á la vida política se lo debo. Por ella he combatido en los periódicos: por ella he luchado en la tribuna: aun ha sido ella misma la que animaba mis palabras en el foro al defender á ilustres procesados, y la que ha conducido mi pluma para trazar el cuadro histórico de estos propios sucesos, en que todos hemos sido actores, espectadores, víctimas. No seré yo, vuelvo á repetir,

quien haga ahora muestra de ingratitud, denostando á lo que es origen de mi escasa importancia: no seré yo el que pronuncie acentos de censura, al calificar esa vida, en que tanto como al que más, y más que al mayor número, me ha destinado á vivir mi inflexible suerte.

Solo diré, señores, que la política me arrancó de la clásica esfera literaria; que la política me arrojó en su atmósfera apasionada y ardiente; que la mano de la política segó sin piedad las rosas de mis primeras ilusiones, y que esas rosas se agostaron y se deshojaron, secándose y deshojándose con ellas mis juveniles esperanzas, y mis vivos é inocentes propósitos de gloria. No me fué concedido á mí el hermoso privilegio, que algunos pocos han obtenido, de hermanar y concertar á la vez los bellos ensueños de la poesía y las acerbas realidades de la verdad: el habla de la imaginacion se extinguió en mis labios, cuando hubieron de pronunciar las aceradas palabras de los intereses de partido, de los derechos del pueblo, de las obligaciones de los gobernantes.

— Pero tanta es la fuerza, la constancia de un primer cariño, tanto el poder de los hábitos literarios, tan irresistible y benéfico el influjo de las bellas artes en los que alguna vez llegaron á gustar de su pureza, que aun en el agitado y revuelto estado de la política, me sentí, señores, arrastrar á lo que tiene más relaciones, más puntos de contacto y de armonía con las letras humanas. Aun allí brotaron los gérmenes que innatos debían de existir en el fondo de mi espíritu, bastardeados quizá, pero no destruidos por su nueva direccion; y aun allí, desertor como lo era de la literatura clásica, académica de nuestros padres, dediqué mis vigiliás y mis esfuerzos á esa otra especie de literatura, militante y febril, que nos han traído las revolu-

ciones , y que es hoy dia un accidente necesario en el estado de nuestra sociedad.

Me refiero , señores , al *periodismo* , creacion de la presente época, signo y expresion de la actividad que nos devora ; ménos aún garantía , como le llaman , de las libertades y las instituciones , que instrumento de combate para la batalla interna y continúa en que vivimos y nos agitamos. Me refiero al *periodismo* , que los insignes fundadores de esta Academia ni conocieron , ni alcanzaron á prever ; que la generacion última pudo todavía calificar desdeñosamente ; pero al que nosotros debemos hoy considerar de un modo sério y grave , porque es serio el lugar á donde se ha levantado , y grave é importante el destino que le corresponde en nuestra edad , y que cada dia ha de responderle más de lleno.

Fácilmente comprenderá la Academia que no me propongo ocupar su atencion con reflexiones políticas ó sociales ; que no es mi ánimo desnaturalizar ni pervertir la índole de este distinguido instituto. No voy á discurrir acerca de las causas que han engendrado , y que hacen indispensable y omnipotente en el dia á la *Prensa periódica* : no voy á explicar cómo se ha apoderado del porvenir , de manera que no concibamos á la sociedad futura sin su existencia y su predominio. Bástame , señores , con indicar tales hechos : porque las observaciones que sobre ese nuevo elemento de la moderna civilizacion voy á someter á la Academia , son , como deben serlo , puramente literarias.

De seguro , no es esta la primera vez que se ha hablado del *periodismo* en el seno de tan respetable Corporacion ; no era posible que lo fuese. La aparicion y la presencia en medio de la sociedad de lo que de tal suerte afectaba al idioma , y se rozaba

con todos los géneros de la literatura, no podían pasar ni torpemente ignoradas, ni descuidadas con desden por los eminentes escritores que son la prez y el orgullo de las letras españolas. El *periodismo*, revolucion literaria á la vez que social y política, debió herir sus sentidos, llamar su atención, preocupar su ánimo, desde el momento en que, nacido apénas, le vieron ya extenderse de golpe como la luz, y apoderarse como ella de todo lo que existe, dilatando su imperio hasta los límites de la posibilidad. Nueva forma de la inteligencia humana, el *periodismo*, se hizo luego tan grande y tan universal como esa propia inteligencia: pudo amársele, ó aborrecérsele; pudo juzgársele con favor ó con hostilidad; nadie pudo negarlo, nadie pudo desconocerlo.

Natural es, señores, que no fuesen sentimientos benévolos los primeros que el *periodismo* inspirase á la Academia. Cuerpo conservador, no podía mirar sin recelo y sin desvío á lo que era la revolucion misma en el mundo literario: custodio de las antiguas tradiciones, de las clásicas humanidades, no podía abrir amorosamente sus brazos á una nueva especie de literatura, tosca, desaliñada, procaz, que en lo externo se presentaba inventando nuevas formas, que en lo interno traía la subversion necesaria de los dogmas hasta allí acatados y reconocidos. El espíritu académico ha repugnado siempre, y ha repugnado con justicia, toda innovacion, por el solo hecho de ser tal, salvo el admitirla despues, cuando insignes ejemplos y el uso comun la hubiesen en fin legitimado: ¿cómo, pues, no habia de repugnar esa creacion presuntuosa, multiforme, voluble, innovadora por esencia, y que consiste en la proclamacion diaria del derecho personal contra el antiguo derecho de las autoridades? El espíritu académico ha repugnado siempre, y ha

repugnado con justicia, todo lo que podia alterar, manchar, empañar siquiera la pureza de nuestro bello idioma, tal como le formó el génio de nuestros grandes hablistas del siglo décimo-sexto, tal como le conserva el esmerado estudio de nuestros buenos escritores actuales: ¿cómo, pues, no habia de repugnar esa desenvuelta osadía, cuya práctica por lo ménos, ya que su doctrina no fuese, habia de ser el desprecio de aquella pureza, la relajacion de la correcta frase castellana, y su substitucion irremediable, ora con desacordadas invenciones, ora con giros y períodos extraños, tomados, como no podia menos de ser, de las lenguas donde aprendíamos nuestros pensamientos políticos?—Suponer que la Academia hubiese podido considerar impasible esa, permítaseme decirlo, bárbara invasion en los dominios de nuestro idioma y nuestra literatura; sería, lejos de favorecerla, lanzarle la mas grave injuria que ciertamente podria recaer en un Cuerpo de su índole y de sus obligaciones. ¿Quién se habia de preocupar por aquellos dignos objetos fiados á su custodia, si ella los miraba con desden y con abandono?

Pero ha marchado el tiempo, señores: los acontecimientos sociales han continuado inflexibles su carrera, como todas las innovaciones que no proceden del acaso, sinó que se enlazan necesariamente con el destino providencial de los pueblos. El *periodismo*, léjos de pasar como una borrasca, se afirma y asegura como condicion permanente de la sociedad. Acontece con esta invasion de bárbaros lo propio que aconteció con la del siglo quinto: las hordas se convierten en naciones, aposesionándose del suelo que habian devastado. Talentos insignes, privilegiados escritores, se colocan al frente de esa conquista, y cubren sus miserias y su desolacion con la aureola que Dios ha concedido constantemente al ingenio.—¿Deberán, cuando se

llega á semejante estado , continuar las Academias en su primitiva repulsa del *periodismo* , insistir con dureza en su condenacion , mantener la censura acerba , absoluta , universal de su existencia y de sus obras ? ¿ Podrán , y les bastará decir como ántes : « el *periodismo* adultera la literatura : el *periodismo* pervierte los idiomas ; desechemos , proscribamos el *periodismo* ? »

Procediendo de este modo , desconocerian sus deberes y se engañarian torpemente acerca de su poder : emprenderian convertirse en inflexibles , en lugar de permanecer conservadoras ; y no conseguirian al cabo los mismos propósitos que eran objeto de su anhelo .

Para mí , señores , una de las dotes capitales que debe tener todo cuerpo resistente , es el conocimiento instintivo de hasta qué punto , y no más , debe llevar su resistencia . Cuando ese punto se traspasa , los bienes de la conservacion se convierten en males de inmovilidad ; la tenacidad reemplaza á la prudencia , y hay , de cierto , abuso , donde solo deberia haber derecho .

Tal ha sido siempre el principio director de la verdadera crítica , que es el espíritu académico , en el mas puro sentido de esta palabra . La crítica racional y justa ( ya lo dejamos dicho ántes ) , ha mirado siempre con desvío , ha rechazado resueltamente toda novedad , por el hecho solo de ser novedad , y en hacerlo así se conducia de seguro con alto fundamento , porque las coronas literarias , como las del mundo político , han menester que sean *legítimas* , para ser reconocidas y respetadas . Mas la *legitimidad* se gana con el tiempo y con las obras ; y cuando grandes escritores han consagrado , en fin , la de cualquier género nuevo , entónces la crítica le acepta y le registra en

sus archivos, y la Academia sonríe y abre sus puertas á los que le cultivan con gusto y esplendor.

Una conducta semejante, la aplicacion de estos principios, tan racionales, tan dignos de un cuerpo como la Academia, es lo que el *periodismo* puede reclamar con justicia en favor suyo. Elevado á la altura en que le vemos dentro y fuera de nuestra España, constituyendo ya un verdadero género literario, con su índole, con su carácter, con sus condiciones propias; bien está autorizado para pedir lo que se ha ido concediendo sucesivamente á la multitud de creaciones especiales que no conoció la clásica antigüedad, y que han añadido los siglos poco á poco á su magnífica herencia.

Pero ¿es verdaderamente el *periodismo* (se me podrá acaso preguntar), una rama fecunda de la literatura? ¿Merece tal nombre ese elemento corruptor, que tiende á pervertir todos sus géneros, y que mancha y adultera, sobre todo, la pureza y condiciones de nuestro idioma? ¿No es evidentemente una pretension audaz la de asentarse en el foro literario aquello mismo que lleva la perturbacion, la degeneracion, la anarquía á la república de las letras?

Señores, yo he principiado hablando con una justa dureza del *periodismo*, y no pienso seguramente retractar ninguna de mis palabras. Le he llamado tosco, desaliñado, procaz: he dicho de él que era la revolucion en medio de esa república: le he acusado de desconocer el diccionario, de conculcar la sintaxis española. Sin embargo, lo que tiene un objeto propio; lo que se reviste de una forma especial; lo que en ese objeto y en esa forma puede remontarse y se ha remontado de hecho, merced al talento de grandes escritores, interesando, cautivando, arrastrando á toda clase de personas; lo que se presta á una

belleza indudable y á una sublimidad mas indudable aún ; esto, señores, no es digno de desprecio ; esto, señores, tiene un valor real, un valor artístico, que podrá, cierto, estimarse de ménos buena ley que el de otras obras literarias, mas que no será menos efectivo que el de ninguna. El ingenio y el arte se han aplicado vivamente al *periodismo*; el ingenio y el arte pueden hacer literario todo lo que sea objeto de la expresion, y se dirija á la fantasía y á las pasiones.

¡ Y qué ingenio, señores, y qué arte en todos los paises de la moderna Europa ! ¡ qué ingenio y qué arte en esta zona occidental de nuestro continente ! El ingenio de Brougham y de Russell, el ingenio de Chateaubriand y de Lamennais, el ingenio de Thiers, de Lamartine y de Guizot, el ingenio entre nosotros, de nuestros primeros escritores, de nuestros primeros oradores, de nuestros primeros poetas, el de muchos individuos de esta Academia misma, á quienes estoy dirigiendo mis palabras ! Arrastrados por el impulso de los acontecimientos, apenas habrá un hombre distinguido en la Nacion por su alta capacidad, por su eminente puesto literario, por la dignidad de su carácter, que no haya probado sus armas en esta contienda, y que no haya contribuido en mas ó en ménos, pero muy eficazmente, á la creacion de ese género especial á que nos referimos. Durante este período, político en verdad para toda Europa, revolucionario además para nuestra España, necesario, indispensable nos ha sido arrojar en la lucha que nos devora, todo el talento, toda la fantasía, toda la sensibilidad que se encerraban en nuestro espíritu y en nuestro ánimo : ¿ cómo era posible que donde se agitaban tan insignes artistas, dejase de haber algun resultado que reivindicase la literatura, que señalase la teoría como suyo propio ?

Es menester reconocerlo. Si el *periodismo* comenzó como un hecho instintivo y no otra cosa, encaminado á la esfera política y no á la literaria; en el dia es ya un hecho reflexivo, una obra del arte, una alta produccion del ingenio: militante y febril, como ya le llamé; bastardo, si se quiere darle este nombre; pero literario siempre, y de una especie de literatura viva, espontánea, agitadora, infiltrada en la sociedad hasta la médula de sus huesos, afectándola y conmoviéndola más que otra ninguna.

Literatura, señores, que puede sujetarse como todas, á reglas; que puede recibir de la observacion y de la filosofía sus preceptos; que puede entrar, hasta donde es factible que entren las obras del ingenio humano, en los grandes moldes que concibe el espíritu y señala el compás de la razon. Género literario, que ha principiado como todos los géneros por una completa espontaneidad; pero que en el dia debe ser, como lo son tambien todos, una obra de la naturaleza y del arte, recibiendo de la primera sus inspiraciones y perdiendo su grosería, encaminándose mejor á su objeto, perfeccionándose, en una palabra, por medio del último.

No es ciertamente un obstáculo para esta idea el que los tratadistas no se hayan apoderado aun de su aplicacion, señalando esas reglas y promulgando esos preceptos. Sábese, señores, que la teoría viene siempre despues de la práctica, como que no consiste sinó en la generalizacion de lo observado, para extenderlo en seguida á objetos semejantes á los que concibió y trazó primitivamente el ingenio. De seguro no habria escrito Aristóteles su doctrina de la epopeya y del teatro, si no hubiesen existido con anterioridad los poemas homéricos, si la Grecia no hubiese coronado ya á Esquilo y á Sófocles. Y ¿negarémos, sin

embargo, á la Iliada y al Edipo-rey el lugar que les corresponde en lo más alto, en lo más sublime de la clásica literatura? Pero ¿que más? ¿Se ha escrito por acaso aun la teoría de la novela en ninguna de sus diferentes especies? ¿Dónde está el tratado retórico á que se ajustaron Cervantes y Walter Scott? Pues á pesar de ello, no solo es la novela una obra literaria, sino que es por excelencia la obra literaria de nuestro siglo, la que inspira su carácter, é impone su sello á todas las demás.

Lo mismo sucede, señores, en su esfera respectiva al *periodismo* de que vamos hablando. Fáltale por compilar el código de sus leyes; y confesaré tambien que se ve invadido con frecuencia por escritores ignorantes, los cuales, desconociendo su actual situacion, y los progresos que legítimamente le corresponden, trabajan por reducirlo al estado inculto de su infancia, al en que era una aspiracion más bien que un pensamiento, un instinto antes que una idea. Pero eso no quiere decir, ni que aquellas leyes no existan, ni que esa carencia de arte deba ser en el dia su constante norma. El entendimiento concibe los cánones que deben regirlo: la observacion puede ya señalarlos: la ciencia los recogerá. Existe el arte, aunque no le encontremos formulado ni promulgado en ningun libro: los que hemos escrito en estos últimos tiempos le conocemos bien, no vacilamos, no tenemos duda sobre lo que ordena y lo que prohíbe. Nos es notorio y definido el objeto que nos proponemos alcanzar: nos son igualmente familiares los instrumentos de que nos valemos, y su modo de accion, y el resultado que producen: — hé ahí el arte completo en cuanto le es esencial y necesario.

Mas no se entienda, señores, que porque vindico yo al *periodismo* de la manera que lo acabo de intentar; que porque reclamo para él nombre y consideracion de obra literaria; que por-

que quiero rodearlo de esa aureola artística que algunos le han disputado ó negado injustamente, son tambien mi ánimo y mi intencion el sublimarlo al igual de los otros grandes géneros de la antigua y clásica literatura. Se equivocaria mucho quien me atribuyese semejante propósito. Conozco demasiado bien la distancia que los separa ; y sé contenerme en los límites que impone la razon , y no comprometer con aventuradas pretensiones una causa, que solo es justa , porque es modesta y prudente.

No, señores, no. No tiene derecho el *periodismo* para ostentarse tan pura, tan altamente literario, como las insignes creaciones que recibimos de la clásica antigüedad, y que hemos conservado cuidadosamente , uniendo á la primitiva forma la inspiracion de nuestra moderna fantasía. El *periodismo* no destronará á la oda , no destronará á la tragedia, no destronará al poema épico , no destronará siquiera á la historia ; ni aun compartirá con ellas y con él la dominacion del mundo literario. A fuerza del talento de que se ha servido , conseguirá que se le abran estas puertas, y se sentará en este festin ; pero su puesto no será de los más elevados, su corona nunca será de las más brillantes. Ese mismo espíritu agitador que le anima, y por el cual le corresponde el imperio del mundo, le veda para siempre el imperio y la dominacion de este recinto. Ha de haber constantemente algo de grosero y de precipitado en él ; y esa grosería, y esa precipitacion empañarán con su hálito la pureza de la forma, que es la condicion esencial de todo lo eminentemente bello.

Pero hay más todavía, señores ; y no consiste solo en ese defecto de la forma lo que ha de menguar constantemente la importancia de este género de literatura : es tambien un defecto interior del que nunca ha de poder eximirse el *periodismo*, como consecuencia necesaria de su propia naturaleza. Si le hemos

calificado de espontáneo, de ardiente, de agitador; si hemos señalado el interés que inspira, como superior á todo otro linaje de intereses; téngase entendido que su brillo, que su llamarada duran un momento y no más, y que despues de haber deslumbrado como el relámpago, y aturrido como el trueno, vuelven á dejarnos en un silencio profundo y en una obscuridad completa. La belleza, la sublimidad de tales producciones, naciendo principalmente del asunto, consistiendo en la aplicacion oportuna de ideas que suscitan fugaces circunstancias, huyen y mueren con estas, sin que apénas quede sinó una levísima memoria del efecto que causaron. ¿Quién lee, señores, un artículo de periódico, pasado el dia, pasados los momentos para los cuales se escribió? ¿A quién ocurrirá formar colecciones de estos artículos, solo bajo el punto de vista literario, como se forman colecciones de poesías, y aun compilaciones de discursos académicos? Impídelo, no puede dudarse, la índole misma, el género de la composicion, que, escrita principalmente para causar efecto en determinados instantes, há menester de otra especie de belleza que la que demandaria para causarlo al cabo de años, al cabo de siglos. Semejante á la pintura y á la decoracion teatral, por lo mismo que produce completa ilusion en la escena, por eso no puede mirarse fuera de allí, porque solo presentaria borrones y rasgos mal trazados.

¿Cómo, pues, señores, se ha de comparar lo que de esa suerte es grosero y transitorio, con lo que es delicado, permanente, bello en todos tiempos y bajo cualesquiera circunstancias? ¿Cómo ha de pretender el fugaz *periodismo* igualarse con las concepciones eternas de la imaginacion y del gusto, en que halló sus delicias la más remota antigüedad, donde encontramos las nuestras, que harán aun las de la posteridad más distante? Po-

drá quedar en la historia literaria, como débil eco, el nombre de un periodista que haya conmovido profundamente los ánimos de sus contemporáneos; pero sus obras serán perdidas, y de seguro no las consultarán los mismos que siglos despues se ocupen de su fama. ¿Quién desentierra en el dia los que fueron, hace veinte años, sublimes artículos de Chateaubriand? ¿Quién vuelve á tomar en su mano, quién lee hoy el diario escrito por Thiers en el mes anterior? Y en tanto, señores, una oda de Horacio, una égloga de Virgilio, al parecer tan sencillas, tan poco interesantes, cautivan y embelesan dos mil años há á todos los amantes de lo bello, y seguirán cautivando y embelesando mientras lata nuestro corazon, y se eleve la fantasía á las regiones de lo ideal y de lo sublime.

¡Gloria, pues, señores, á la primitiva, á la clásica literatura! Los mismos que entramos en este lugar por títulos muy extraños á ella, nosotros mismos reconocemos y proclamamos altamente su supremacía sobre todos los géneros que la actividad humana ha ido imaginando despues. En ella debe contemplarse y admirarse la primitiva flor: ninguna puede llegarle ni en lozanía ni en aroma.

En cuanto á mí, cualquiera que sea el lugar á que me haya llevado la literatura política, única que verdaderamente he podido cultivar, y siendo tan alta como es la benignidad de esta Academia, dispensándome la insigne honra con que hoy me favorece, y realizando sin méritos míos la esperanza de mi juventud; siempre conservaré, señores, un íntimo y melancólico pesar por no haber dedicado plenamente el vigor y la energía de mi espíritu á esas ideales concepciones que me arrullaban desde mis primeros años, tan bellas, tan puras, tan refulgentes como las soñé! He seguido otro camino, me he lanzado en otra esfera, he to-

mado parte en una vida más ruidosa, más agitada, más llena de fuertes emociones, más fascinadora para la multitud; pero cuando en momentos de reflexion se repliega el ánimo sobre sí mismo, y examina lo que es y lo que pudo ser, ¡ oh! entónces se aprecian en lo poco que valen las coronas políticas, y se suspira involuntariamente, contemplando lejana la que es siempre pura, inmarcesible gloria. ¡ Inútiles pesares! ¡ Vanos y tardíos arrepentimientos! Precisamente á la puerta del imperio político es donde está grabada la terrible y desesperante inscripcion:

*Lasciate ogni speranza, o voi ch'intrate!*

II.

DISCURSO DE CONTESTACION

AL SR. D. FERMIN DE LA PUENTE Y APEZECHEA.

EN SU RECEPCION

EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

1850.



## SOBRE LA POESÍA ANDALUZA.

SEÑORES :

En el acto solemne que celebra hoy delante del público la Real Academia Española, el primer sentimiento que nos anima á todos sus individuos no puede ménos de ser un sentimiento de dolor. Vuélvense naturalmente nuestros ojos al lugar que encontramos vacío, y que ocupaba ántes un tan distinguido compañero (1); y angústiase nuestro corazón cuando contempla que no ha de escuchar otra vez la inteligente y simpática palabra, de la que hemos recibido los más enseñanza y preceptos, todos sin excepcion, consejos saludables y pruebas inequívocas de sincera y benevolente fraternidad.

Pero á esa triste, desconsoladora idea, sigue muy luego otra de satisfaccion y de esperanza. Tambien se cumple aquí la ley

---

(1) El Sr. D. Alberto Lista y Aragon.

general de la creacion, que enlaza el nacimiento con la muerte, como dos puntos correlativos en el grande hecho de la existencia. Donde falta el varon insigne, cargado de años y de gloria, manantial de experiencia y de profundas observaciones, luminoso destello, por decirlo así, de una generacion que pasa; allí viene á sentarse el jóven lleno de confianza y de vida, modelo de aplicacion y de severos estudios, que simboliza una parte, y no la ménos apreciable, de la generacion que entra lozana á desempeñar la tarea literaria de nuestro tiempo. Al fruto que maduro cae, succede la flor, que promete á su vez otros nuevos frutos. Al escritor eminente, que nos envió Sevilla, en los principios del siglo décimo-nono, para que repitiese de cerca á nuestros oidos la bella, limpia, inolvidable frase de Rioja, llega á reemplazar treinta años despues otro escritor que tambien Sevilla nos envia, á fin de que no se rompa esa cadena de buen gusto, en aquella ciudad mejor que en otras partes conservada, ni falte entre nosotros un vivo y constante eco de las tiermas melodías de Luis de Leon y del santo Juan de la Cruz.

La Academia habia estimado buena esa descendencia, legítimo ese reemplazo; y el discurso que acabais de escuchar, tan nutrido de hechos, tan empapado de buena crítica en su fondo, tan puro, tan castizo, tan español en su forma, viene á ser en este dia la irrecusable comprobacion de aquel juicio. Quien os ha presentado un cuadro tal sobre el permanente, no desmentido carácter de los poetas andaluces, y sobre la influencia que siempre ejercieron en la literatura patria, bien deja hechas sus pruebas para sentarse entre vosotros, y para ser tenido por digno representante de un país, que sinó le vió nacer, le ha amantado, le ha criado, le puede contar de seguro entre sus hijos más amorosos y más fieles.

Encargado yo, señores, de responder á ese discurso, comprometido á hablar sobre esta misma materia, tan propia de nuestros trabajos académicos; no puedo ménos de resentirme de la violenta estrechez que por precision aqueja al que se conoce desigual para una obra de tanta importancia, sobre todo cuando acaban de emplearse las mismas ideas que bullian en su espíritu, y que, ordenadas con algun esmero, habria podido en otro caso, extender y presentar á una reunion tan respetable. No debiendo renunciar á ellas, ni pudiendo adoptar otras doctrinas, ni mentir diferentes convicciones, por el estéril placer de contradecir aquello que cree; quédale únicamente el recurso de recorrer de nuevo un campo ya explorado, y de espigar con mano avara las desperdiciadas riquezas que, en medio de una cosecha tan abundante, hubiese dejado caer el primitivo colector.— Por fortuna, esa abundancia era tal, que sobraria aun materia para muchos y diversos discursos, como quisiese y pudiese estudiarse con detenimiento el asunto que nos ocupa: — la historia literaria, la historia poética, sobre todo, de aquella célebre region que se dilata desde el Guadiana hasta las columnas de Hércules, comparativamente á lo que han sido la Literatura y la Poesía de nuestra España, con sus tendencias propias, con su marcha característica, con su peculiar y distintivo sello.

Vosotros conoceis esa region. Habeis descendido las ricas faldas meridionales de Sierra Morena, pisado las orillas del Guadalquivir, respirado los perfumes del azahar, sentido en vuestro pecho la vivificadora accion de aquel sol esplendoroso. Recordais la vega de Granada, los vergeles de Córdoba, la ribera de Sevilla, y tambien las nieves eternas del Mulhaacen y los incomensurables abismos de Ronda. ¿Qué necesidad, pues, tengo yo de deciros que la Poesía es natural, es espontánea, es indispensable bajo

semejante cielo, ni que las formas de esa Poesía han de distinguirse por la lujosa exuberancia, que es el carácter universal de la creación en un país privilegiado?

Sé muy bien, señores, que el sentimiento poético cabe en todas las latitudes y en todos los climas; porque donde quiera puede haber, ora belleza que nos arrastre, ora grandeza que nos subyugue. Mas si la belleza y la grandeza están repartidas por el mundo en desiguales proporciones; si ostentan, sobre todo, varia y diferente índole; si se revisten con diversa forma en una que en otra region; vuélvase los ojos á aquella de la cual vamos hablando, y júzguese de buena fé si pueden encontrarse otras muchas, en donde se reuna tan abundantemente todo lo que encanta á los sentidos, todo lo que vivifica á la fantasía, todo lo que sublima á la inteligencia.

Pero no nos limitemos á la contemplacion de la naturaleza material. Pasemos de ahí á la observacion, al exámen de los hombres que pueblan aquel territorio; y fijémonos en la antigua y permanente raza, tan despierta de ingenio como indolente para otras faenas, que desde los tiempos primitivos viene ocupando sus valles y sus llanuras, y absorbiendo y confundiendo en sí á todas las otras, ya septentrionales, ya meridionales, que han puesto el pié dentro de sus límites. Interróguese por donde quiera á aquellas gentes del comun, tan desprovistas de instruccion, tan reducidas á lo que las han hecho el suelo que huellan, el ambiente que respiran, la luz que las envuelve; y seguro es que nos admirará del propio modo tanta riqueza de imaginacion y de gracia como hallarémos en todas partes, unos tesoros de tan buena ley, rociados, casi pudiéramos decir despreciados, sin el sentimiento ni la conciencia de su alto y distinguido valor. Y depende esto, señores, de que existe, como ha existido siem-

pre, plena correspondencia y perfecta armonía entre aquel país y sus habitantes; de que la belleza y la galanura que señalan al primero, se reflejan como en un cristal purísimo en el espíritu de los segundos, y brotan de sus labios en inagotables raudales de una Poesía pintoresca y ardiente.

Esto nos dice la más exquisita observacion; esto nos confirma por su parte la historia de todos los tiempos. Si la inspiracion poética ha sido en otros países, ya un accidente de la naturaleza, ya un adorno de la sociedad, en nuestra Andalucía española, comparable bajo este concepto con la Grecia antigua, no solo constituye el necesario carácter de la una, sino que fué asimismo el primer albor y el hecho fundamental de la otra. Cuenta de allí la fábula que Orfeo levantaba muros con los sonidos de su canto: refiere de aquí la historia que eran cantos tambien; que estaban escritas en verso las leyes de la Turdetania, y que esas leyes existian con seis mil años de antigüedad, en aquel país apellidado los Campos Elíseos por las más remotas generaciones. — Rebajad, señores, lo que quisiereis de esta aseveracion: acertad cuanto os parezca ese centenar de siglos; siempre tendréis un segundo ejemplo de la tradicion griega que acabo de citaros: siempre veréis á la Poesía naciendo con el pueblo como su habla propia, ordenando la ciudad, consagrando los lares y la patria, siendo á la vez la cuna, el testimonio, y la razon de una cultura que asombra al espíritu, cuando se detiene á contemplar lo que de hecho debió sér, y lo que hubiera sido no contrastada en sus naturales y legítimos adelantos.

Pero las invasiones extrañas, el choque y el triunfo de otras culturas ajenas, cegaron de todo punto la corriente de tan magistoso río. Los fenicios y los ródios, primero grabaron en nuestro país la férrea marca de su actividad, fundando colonias

en sus costas : los cartagineses le saquearon despues como unos bandidos : los romanos le impusieron su yugo , y le ataron por último al carro de su gloria y su poder. Enmedio de torrentes de sangre , y bajo una atmósfera de servidumbre , desapareció la civilizacion turdetana ; como se extinguió su idioma , como feneció la historia misma de aquellos venturosos y memorables tiempos. Cuando Estrabon conservaba en la frase que hemos citado el postrer recuerdo de aquella época expirante , ya los descendientes de Argantonio vestian la toga del Lacio , ya eran gobernados por el procónsul , ya dejaban llamar á sus ciudades Colonia Patricia en lugar de Córdoba , Colonia Augusta Firma en lugar de Astigis , Colonia Romulea en lugar de Hispalis. Viriato habia llevado á su tumba la nacionalidad turdetana , como la de todos los pueblos de la península ibérica.

Sin embargo , señores , no habia concluido en Andalucía , en la Bética , por mejor decir , aquel génio poderoso , que , como he observado antes , brotaba de sus fértiles llanuras , bajo el influjo de su sol y en el regazo de sus auras. Roma podia dar su lengua é imponer sus leyes á los turdetanos ; mas no tenia fuerza para destruir su instinto , para arrancarles el carácter que habian debido á Dios y á la naturaleza , para borrar el sentimiento poético tan primitiva é indeleblemente grabado en lo más hondo de su ser. En aquella lucha de dos siglos pudo morir , y murió de hecho , una civilizacion entera ; el pueblo á quien se arrancaba quedó de pié enmedio de la ruina , con las ricas dotes que le habian distinguido de antemano , y que deberian distinguirle en todos los tiempos , porque formaban su natural , ingénito carácter.

Así apenas puede decirse terminada en la Turdetania la laboriosa obra de la adopcion del lenguaje latino , de la plena y com-

pleta aclimatacion de aquella nueva cultura , cuando vemos á sus hijos elevarse sobre el más alto nivel en la que era entónces capital del mundo , y disfrutar de una gloria que ningun poeta compartirá con ellos en el inmenso estadio del poder romano. Duerme la Grecia entonces , como asombrada de que pudiese existir una literatura aparte de las tradiciones y del idioma homéricos ; duerme Italia á la sombra del laurel de Virgilio , no arrebatado por nadie del borde de su tumba : el Oriente y la Galia dormian tambien , envilecido el primero con su eterna y cada vez más baja servidumbre , vacilando la segunda entre los recuerdos druídicos no bien acabados , la dominación latina apenas asentada , y la amenaza germánica ; que ya se levantaba pavorosa sobre las ondas del Rhin y las cimas de los Alpes. El fuego sagrado , agonizante en las orillas del Tíber , brotaba solo en las del Bétis ; pero con desusados resplandores que debian iluminar al mundo.

No necesito detenerme en largas consideraciones acerca de la familia de los Sénecas. Acabais de oir sobre la pléyada de poetas que llevan ese ilustre nombre , y sobre el más grande de todos ellos , Lucano , cuanto puede decir un severo , concienzudo é imparcial exámen. Acabais de escuchar una merecida apreciacion de sus dotes , de sus excelencias , que eran verdaderamente suyas y de su país ; de los que pueden llamarse sus defectos , que , si efectivamente lo son , éranlo tan solo de la misma época en que brillaban. Conforme de todo punto con ese juicio , serán muy breves las palabras que me permitiré añadir á semejante cuadro.

Es una injusticia , señores , de la moderna crítica , no siempre acertada ni filosófica , la de llamar degeneracion y decaimiento , en la literatura y en las artes , á lo que no es sino la marcha natural , forzosa , del espíritu humano , necesitado por una parte

de cosas nuevas, incapaz por otra de contentarse en tiempos de más ilustracion con algo parecido á lo que le satisfacía en los de ignorancia y sencillez. Así como se modifica cuotidianamente el idioma, así como cambian las ideas, así como progresa, ó por lo ménos se agita cuanto constituye la sociedad, así tambien es una ley de la literatura la de moverse por caminos análogos, y la de no permanecer estadiza, ni aun en el punto en que la colocaran los ingenios más eminentes. Solo las obras de Dios son siempre bellas, apareciendo unas propias: las de los hombres, en la imperfeccion de su origen llevan el gérmen y la necesidad de esa variacion constante que, á pesar de todos los esfuerzos, ha de señalarlas. ¿Sabeis lo que seria preciso para que se fijase de todo punto un sistema poético, para que hiciese alto y permaneciese en una determinada situacion cualquier idioma? Pues nada ménos habrífais menester, sino que pereciese la sociedad que usaba este segundo, y que habia dado vida á aquel primero: nada ménos, sino que una habla nueva, sino que una poesía diferente vinieran á reemplazar en el activo mundo de las realidades á lo que regalábais al mundo de los recuerdos y de la historia. Si el griego y el latin, si las literaturas de Aténas y de Roma son en la actualidad idiomas y sistemas invariables, no penseis que en otra cosa consista, sinó en que pasaron aquellos pueblos, y en que fenecieron las civilizaciones de que los unos y los otros eran expresion. Mas en tanto que aquellas sociedades vivieron, en tanto que cualesquiera otras duren y subsistan, su inteligencia, su espíritu, marcharon y marcharán con el mismo paso, y tan insensato será el quererlos detener con una cadena de leyes y de prohibiciones, como lo seria el pugnar por echarla á la vida especial de un individuo, ó el empeñarse en detener e tiempo, ese gran novador de todo lo criado, de todo lo existente.

No es decir esto , señores , que no puedan caer las literaturas y los idiomas , ora en enfermedades , ora en decrepitud : la misma semejanza que les hallamos con nuestro propio y humano ser , indica bien claro cuál estimamos en esta parte la verdadera , inconcusa doctrina. Mas guardémonos de juzgar con lijereza sobre tal punto : no atribuyamos á corrupcion cualquier desvío de las primitivas formas : temamos sinceramente calificar como deterioro lo que es solo el desenvolvimiento natural de una vida que adelanta en sus naturales condiciones. El hombre adulto no tiene la morbidez de contornos que distingue al adolescente ; pero sus músculos , más recios y señalados , poseen sin duda la belleza enérgica y viril , que corresponde á su edad y á su destino. De la misma suerte , la frase cortada y áspera de Tácito no es la redonda y fluida de Ciceron : pero ¿ quién dirá , á pesar de todo , que el historiador de Tiberio sea ménos grande , ni su obra ménos insigne ó ménos bella que la del acusador de Catilina ?

Pues bien : eso es lo que no se debe nunca perder de vista , cuando se habla de los Sénecas y de Lucano : eso lo que conviene tener presente , no solo para apreciar su mérito de escritores , sino aun para estimar tambien el valor intrínseco de sus poesías. ¿ Decís que son oscuros ? ¿ Qué sabemos nosotros sobre la verdadera claridad de un lenguaje , que hace más de mil años dejó de existir como vivo y popular , y que nos hemos empeñado en estudiar y en imitar únicamente por los autores de un determinado período ? ¿ Decís que son declamadores ? Y ¿ cómo querríais que no lo fuesen , escribiendo bajo la más estúpida tiranía que han presenciado los siglos , cuando Calígula nombraba cónsul á su caballo , cuando Neron , por el deleite de verla arder , incendiaba á la capital del orbe ? ¿ Los acusais de filósofos ?

Por ventura, ¿qué es la Poesía sin la instrucción, sin la ciencia, cuando ya ha pasado el fugitivo instante de su inocente virginidad? ¿Culpais la tendencia descriptiva de sus inmortales obras? Y ¿no es acaso la descripción el necesario carácter de esa segunda edad, en todas las literaturas existentes? ¿no significa la madurez del pensamiento, que, después de admirar y de referir, necesita penetrar y conocer en todo lo que le rodea?

Déjese de censurar por tanto á los insignes poetas cordobeses del imperio, con el espíritu mezquino que en lo general ha inspirado sus críticas. Declamadores y oscuros al modo de Tácito, descriptivos como, por ejemplo, lo son todos los grandes ingenios de nuestro siglo décimo-nono; ya hemos dicho que nadie les disputó, que nadie compartió con ellos el laurel de la gloria, y no á la verdad en el modesto recinto de una provincia, sino en la corte de los emperadores, en la ciudad que era señora del universo romano. Los Sénecas nos han dejado, en fin, las únicas tragedias de la literatura latina; tan bellas cuanto puede serlo una poesía académica, y no espontánea, escrita para la meditacion y el deleite de los lectores instruidos, y no para la representacion escénica, delante de un pueblo que buscaba en el circo sus verdaderos asuntos trágicos: Lucano, niño todavía, entonaba su epopeya de un nuevo género, si ménos pura artísticamente, más interesante, más propia de su siglo, más popular y más filosófica á la vez que la del Cisne de Mántua. No me señaleis, vuelvo á deciros, en ella, ni incorrecciones de plan, ni defectos de ejecucion; señaladme solo quien, muriendo de veintisiete años, haya legado á la inteligencia un recuerdo más rico, una joya más preciosa; y entónces tendréis razon para investigar esos defectos y esas incorrecciones, que mientras tanto ni admito ni discuto.

Sin embargo, señores, es indispensable hacer una confesion para terminar esta materia. — Si al aclamar el orbe entero los más grandes de sus poetas á nuestros compatriotas, era ciertamente el triunfo que obtenian, una gloria española, turdetana; los resultados de ese triunfo, el impulso dado á las letras, la marcha en que se las hacia entrar, nada de esto constituia para nosotros una herencia propia, nada quedaba limitado á los aledaños de nuestra Península: todo era universal, romano, como eran universales y comprendian el mundo, aquel imperio de que eran súbditos nuestros ascendientes, aquel idioma que se hablaba en las márgenes del Nilo y del Danubio como en las del Bétis y en las del Tíber. Vencíamos en una contienda general, y sin duda era nuestra la corona; pero no podíamos decir otro tanto ni de las armas con que se ganara, ni de los resplandores que de ella habian de irradiar sobre tantos y tan diferentes pueblos.

Paso, señores, respecto á la civilizacion goda, que no puede darnos materia en este interesante asunto. La monarquía que lleva ese nombre, encierra un período completo; mas período de transicion, que no corresponde ni á la edad antigua ni á la edad moderna; en el que todo es á un mismo tiempo informe y degenerado, decrepita infancia donde no fué jamás posible una literatura vigorosa. Añadid á ello que los godos, desde la misma Tracia, habian abandonado su idioma, para hablar un dialecto latino, corrompido y grosero; que era tambien latin lo que se hablaba en la Bética, y casi puede decirse en la España toda; y sacaréis en conclusion que solo pudieron ser escritos de baja latinidad, y no verdaderamente gótico-españoles, gótico-turdetanos, los que dieron á luz Leandro, Fulgencio é Isidoro, esas tres lumbreras de una familia, que ilustra en el sép-

timo siglo la region de cuya historia poética nos ocupamos en este instante.

Mas la jornada de Jerez habia puesto fin á la dominacion de los sucesores de Alarico. Deshecho su poder, los escasos restos de aquellas tribus tártaro-germánicas vinieron á confundirse y á perderse en los diversos pueblos de la raza española. El torrente meridional que corrió á grandes oleadas sobre nuestro suelo ; los esfuerzos de restauracion que agitaron sus provincias del Norte ; aquella confusion, aquel desgarramiento, á pocos otros comparables ; todo arrojó á nuestra desgraciada Patria en un verdadero cáos intelectual, donde era forzoso que se extinguiese cuanto podia quedar en ella de su literatura y sus artes anteriores. El idioma mismo tenía que fenecer, como feneció, enmedio de tan general ruina.

Este cáos, sin embargo, habia de ser fecundo. De su obscuridad, de sus horrores, debia nacer á raudales la nueva luz. A la civilizacion que terminaba, estaba escrito que sucediesen civilizaciones lozanas y brillantes. Al degenerado latin de los godos tenian que reemplazar otros sonoros y enérgicos idiomas : á su facticia literatura, otras literaturas de mejor ley, que tuviesen delante de sí un largo y glorioso destino.

Tres grandes estados, tres poderosas nacionalidades hubieron de dividirse la Península, á consecuencia de los acontecimientos que acabamos de indicar. La nacionalidad árabe-española, que tomó su asiento y echó hondas raices en la Andalucía, moderno nombre de la antigua Bética : la nacionalidad ibero-lemosina, que apoyada en el Pirinéo marchó poco á poco por Navarra, Aragon y Cataluña, hasta venir á los muros de Granada en la persona de Fernando el Católico ; y la nacionalidad gótico-cantábrica, llamada castellana despues, que desde Cova-

donga, en donde la salvó Pelayo, se adelantó á Toledo, conquistó más tarde á Sevilla, y absorbió en sí al cabo de ocho siglos, toda la suerte y toda la civilizacion de las Españas.

No puede ser mi ánimo, señores, el recorrer sucesivamente, ni aun con la mayor brevedad, el campo de esas tres literaturas. Reclama hoy solo tal distincion la de nuestros países meridionales; y nada tengo por consiguiente que deciros ni del Poema del Cid, ni de los cantos de Ausias March y de los trovadores de este lado del Pirineo. Córdoba, Sevilla y Granada, con sus poetas árabe-andaluces, con ese nuevo aspecto, con esa variante de su genio literario, es lo que se presenta ahora á nuestros ojos, y lo que demandaria ciertamente una voz más segura de lo que puede serlo la que escuchais con tanta dignacion.

Tampoco á mí me es dado comprender el bello y pintoresco idioma, que nos trajeron de Damasco los conquistadores del Mediodía, y que fué por muchos siglos el habla de nuestros abuelos; y sé, además, aunque lo comprendiese, que los grandes tesoros de aquella civilizacion han desaparecido por su mayor parte, abrasados en las hogueras que encendia y avivaba el fanatismo. Mas, aun prescindiendo de las escasas noticias directamente venidas á nosotros por algunos apreciables escritores, que han merecido bien de aquella literatura, hay otros datos por los cuales podemos comprenderla, como que facilitan su clave al hombre observador, ya que no le pronuncien sus mismas palabras.—Contemplad por un lado lo que eran las artes en aquel país; y deduciréis el genio y la índole de su poesía, la primera de todas: fijad vuestra atencion en los nuevos tonos que adquirió la castellana, luego que ocupamos aquellos reinos; y podréis calcular qué desconocidos elementos vinieron á der-

ramar sus riquezas en el gran depósito de la civilización triunfante.

¿No recordais, por ventura, la Alhambra de Granada, la Mezquita de Córdoba, el Alcázar de Sevilla? ¿No habeis reparado en aquellos arcos, en aquellas filigranas, en aquellas tintas, en aquellos encajes, que inventó y ejecutó el ingenio árabe-andaluz? ¿No ha llamado vuestra atención aquella gallarda imaginaria, que encontramos allí primitivamente, y que vemos despues copiada y transportada sobre las catedrales góticas, y las obras del renacimiento? Y no os dicen, bien claro toda esa gala, todo ese lujo, todo ese brillo tan oriental, tan suntuoso, tan desemejante á la índole de las rivales civilizaciones; no os dicen, repito, lo que era en sí verdaderamente la andaluza; no os descubren el carácter de su poesía; no os revelan el secreto de su sér, el misterio de sus encantos? Si el Partenon explica á Sófocles, si el Coloséo traduce en piedra á Virgilio, ¿cómo no ha de verse en los grandes monumentos que cité más arriba, la índole del canto que se elevaba de las márgenes del Genil y del Guadalquivir, enmedio de aquellas mares de delicias de Zahara y de Generalife?

Considerad por otra parte el estado de la poesía castellana ántes y despues de la conquista de aquel territorio. Haced memoria de su dureza, de su rigidez, de su encogimiento, aun habiendo llegado el lenguaje al alto esplendor que ostenta en los libros de Don Alfonso el Sabio. Pues bien: hemos ocupado á Córdoba, y ya podemos tener un Juan de Mena: hemos plantado la cruz sobre las Alpujarras, y ya pueden exhalar nuestros cantares los sentimientos más delicados, y revestirse con las galas más fantásticas, en el romonce morisco, que es el primero de los romances todos.

Yo siento, señores, que la extraordinaria abundancia de nuestro asunto apenas haya permitido al nuevo y digno compañero que acabais de escuchar, el bosquejaros con ligeras pinceladas la gran figura de Juan de Mena. Quizá reclamaba mayor espacio, mayor atención, el insigne poeta que inaugura entre nosotros el siglo décimo-quinto, y que descuella como un coloso sobre los muchos estimables ingenios de la corte de Don Juan de Castilla. Hay algo de Dante, hay un poco de Lucano, en el Laberinto, del cual todo el mundo recuerda varios episodios, y que, para bien de las letras españolas, debería ser más conocido y más estudiado de lo que generalmente lo es. Porque dejando aparte la estructura de su copla, monótona por su índole, y no siempre bien acentuada para nuestros oídos del siglo décimonono; es lo cierto que ni en la dicción, ni en el estilo, ni sobre todo en la entonación grandilocuente que campea desde el principio al fin de aquella obra, en nada de esto tiene Juan de Mena igual ó semejante entre sus coetáneos, ni aun entre sus sucesores; y es necesario atravesar casi dos siglos, y llegar á Fernando de Herrera, para encontrar algo que continúe aquel sendero, y se eleve á semejante majestad.

Y en cuanto al romance, señores; si para hablar de él oportunamente, si para exponeros las ideas que se agitan en mi ánimo sobre ese género español, nacido del pueblo, y llevado á una perfección asombrosa por nuestros grandes escritores, tendría necesidad de un tiempo de que no puedo disponer, y de una paciencia de que no debo abusar; por lo ménos habeis de permitirme que os presente en observaciones ligerísimas lo que no es lícito dejar olvidado, cuando se trata de la poesía árabe-andaluza, y cuando se inquiere su influencia en la poesía universal española.

No voy á pretender de ningun modo que el romance sea primitiva y exclusivamente meridional: fáltanme para ello los oportunos datos, y confieso que pudieran presentármese en contra tales argumentos, á los que no sabría qué responder. Pero si la forma externa del romance no es de todo punto morisca, su espíritu, su tono, las idéas á que se le consagró, la civilizacion que en él hubo de pintarse, no cabe la menor duda en que fueron los de aquel bello país, que las armas de Castilla acababan de conquistar, que sus guerreros contemplaban con satisfecho orgullo, que admiraban sus vates con amoroso asombro. Como ha sucedido mil veces en el mundo, la inteligencia vencida se hacia dueña de la fuerza vencedora; y el pueblo expirante legaba lo más bello de su civilizacion al pueblo que le habia arrebatado su patria y su porvenir.

«Comenzaron aquellos,—dice hablando de los romanos—moriscos un distinguido escritor (1), á cuya autoridad no iguala ninguna otra en esta materia, y que la Academia Española tiene la fortuna de contar en su seno: —comenzaron aquellos en el siglo xv: en el xvi y parte del xvii llegaron á su apogeo, ya revestidos de la pompa oriental, que aceptamos de los árabes (de los andaluces) directamente. Luego que nuestros caballeros y poetas vieron el país libre de sus contrarios, se apoderaron con frenesí de los recuerdos que nos dejaran; de suerte que al leer los cantos de aquel tiempo, nadie creeria que los moros no ocupasen la España y no la poseyesen aún. Las guerras, los combates, las fiestas, los juegos, los amores, los celos y las pasiones, la expresion de los sentimientos y de las idéas, las galas,

---

(1) El Sr. D. Agustin Duran, Romancero general: Observaciones sobre los romances moriscos.

los trajes, y hasta los nombres; todo, todo en los romances moriscos es una escena completa, un retrato vivo y brillante, un espejo fiel de aquellos recuerdos, que los moros nos dejaron, partiendo á los desiertos de Berbería, y que, amalgamados con los elementos de nuestra antigua civilizacion, formaron el sistema poético popular, que predominó en España desde las tres últimas décadas del siglo xvi hasta el último tercio del siguiente. Aunque los asuntos de estos romances fuesen fingidos, su espíritu era la misma verdad.... Allí se conoce desde luego que se imita, no ya un modelo extraño é indirecto, sino una segunda naturaleza, creada por la combinacion de elementos que existian aparte: allí se vé la manera con que se modificaron é influyeron uno en otro dos pueblos diversos, dos razas que muchos siglos se combatieron, mas que habitaban el mismo suelo sobre que guerrearon, y que, á su pesar, y aun sin conciencia de ello, confundian y aunaban sus diferentes civilizaciones.»

Es excusado, señores, añadir nada á semejante cuadro. La índole de la poesía árabe-andaluza, su influencia sobre la castellana, están aquí dibujadas de mano maestra; y con una perfeccion á que seria desacato añadir el más ligero toque.

Despues de este importante suceso, de la definitiva incorporacion de nuestras provincias meridionales en la gran monarquía española, innecesario es decir que no han desmentido aquellas sus eternos antecedentes, y que han llevado adelante su poético renombre, con una gloria que nada puede eclipsar ni poner en duda. Sin detenerme en los interesantes análisis que habeis escuchado, y aun sin volveros á recordar esa larga, brillante cadena de escritores que han visto la luz del otro lado del Guadiana, séame suficiente citar á Fernando de Herrera y á D. Luis de Góngora, para haceros conocer todo lo que debe el

Parnaso español á la musa del Mediodía; y toda la influencia que ha ejercido el genio andaluz en esta vastísima literatura, que no se encierra solo en nuestros límites peninsulares, sino que se dilata desde el Pirinéo hasta los últimos confines del mundo transatlántico.

Y no cito precisamente estos dos nombres, como podeis conocer, ni porque la fama de ellos, ni porque la perfeccion de las obras que los llevan al frente, las haga incomparables con cualesquiera otras obras del mismo género. Ha habido y hay nombres más repetidos, más mimados de la fortuna, que tambien es dios en el mundo literario: ha habido ingenios dotados indudablemente de mejor gusto, y cuyas producciones señalará como más correctas una severa crítica: lo que no ha habido desde Juan de Mena acá es otras personas, que se ocuparan más asídua y constantemente en la elocucion poética de nuestro lenguaje, ni á quienes ella deba más, ya en verdaderos adelantos, que al célebre vate de Sevilla, ya en un cáos de adelantos y de retrocesos, de perfeccion y de desolacion, que al no ménos célebre vate de Córdoba.

Hé aquí, señores, lo que distingue, en mi modo de ver, á la poesía andaluza, desde su union con la general castellana: el haber sentido, el haber conocido mejor que ninguna otra, la necesidad de una diction que la caracterizase, el haber trabajado para formarla, el haber dado el ejemplo, por no decir impuesto la ley, á todos los escritores de las demás provincias. Esa obra tan digna, tan importante en donde quiera, pero mucho más en los países donde domina la forma, donde la poesía es por lo comun exterior, donde no puede ser compensado el prosaismo de aquella por la grandeza de los pensamientos, de los caracteres y de los sucesos á que se consagre; esa obra, en

que la concepcion es ya un triunfo, en que la consecucion es uno de los más altos que puede obtener el genio; esa obra ha sido intentada y llevada principalmente á cabo entre nosotros por Juan de Mena, por Fernando de Herrera, y por D. Luis de Góngora, todos tres andaluces, todos tres nacidos á las orillas del Bétis, en aquella Turdetania que conservaba sus leyes en verso tres mil años há, y donde hace mil y ochocientos brillaron los poetas del siglo de Neron, los Sénecas y Lucano.

El tiempo me falta, señores, y no puedo detenerme á manifestar todo lo que debe la elocucion poética castellana á los tres grandes ingenios que acabo de citaros. Básteme deplorar que hayamos perdido tan buena parte de lo que la adelantó Juan de Mena en su famoso Laberinto, eterna desesperacion, bajo ese punto de vista, de los poetas modernos, y cuyo abandono es el cargo más grave contra los introductores de la manera italiana: básteme consignar el imponderable mérito con que restauró todo lo posible de su obra el divino Herrera, restituyendo á nuestra musa el vigor, la armonía, la pompa, la riqueza, la entonacion, que nadie le sospechaba, y que hacía exclamar entusiasmado al gran Lope de Vega con aquellos acentos de asombro que se han transmitido hasta nuestra edad: básteme referir, por último el triste caso de un ingenio nó menor que los otros dos, pero que arrebatado por un soplo de orgullo, y no queriendo ser el segundo en ninguna via, se lanzó frecuentemente por una despeñada, en la que nos dejó como ejemplo tantos portentos admirables, y tantas ruinas desastrosas: grande en su belleza, cuando es bello, sobre toda ponderacion; grande en sus miserias, cuando es miserable, más allá de todo lo que concibe el entendimiento humano.

Aquí, señores, pongo fin á esa confirmacion que habia pedido

á la historia, de lo que nos inspira en su primer aspecto el examen de la naturaleza y de los pueblos andaluces. Eso basta para mi propósito, sin necesidad de ocuparnos en nombres y en obras más recientes. Lo que se repitió por el largo período de tres mil años, no dudeis que habrá seguido repitiéndose despues, y que se repetirá en tanto que duren aquella tierra, aquellas flores, aquel ambiente, aquel sol, aquellos habitantes.

Dios, que reparte los bienes del mundo ; Dios, que dilató como un mar inmenso los arenales de la Libia ; Dios que envolvió en sus nieblas, como en un sudario, á la antigua Albion ; Dios fué quien arrojó sobre las provincias meridionales de España esa varia y ostentosa vestidura, que las engalana como para un espléndido festin, y quien puso en el corazon de sus moradores la chispa de ardoroso ingenio, que hará brotar constantemente de sus labios fúlgidos raudales de armonía. Si por acaso anhelais hallar un espíritu profundo, que os patentice las cavernosas miserias del corazon humano, que os conduzca á la torre de Ugolino, ó al banquete de Macbeth, no le busqueis en ese bello país de que venimos hablando, y cuya poética inspiracion nos ocupa en estos momentos. Sería un acaso milagroso que lo encontrarais : donde debeis buscarlo es en las islas del polo, en las cuevas del Apeninó. Aquí es otra poesía la que podeis buscar, otra la que siempre ha existido, otra la que perpétuamente hallaréis : poesía exterior, de forma, de brillo, de expansion ; poesía que no encierra esos volcanes ; poesía que se complace en la dulzura, en la luz, en el deleite ; un poco quizá más de lo justo, en la amplitud, en el número, y en la arrogancia ; poesía, que aun para morir cuando de morir se trate, preferirá al fragor del trueno, y al terrible golpe del rayo, el canto de las sirenas, y el sepulcro de hojas de rosa en que

envolvian]los Césares á sus convidados en la capital del antiguo mundo.

No sé, señores, lo que pensaréis vosotros ; pero yo doy gracias á Dios de haber puesto mi cuna á la sombra de aquellos naranjos, y bajo la espléndida bóveda de aquel cielo.



III.

DISCURSO DE CONTESTACION

AL SR. D. RAFAEL BARALT,

EN SU RECEPCION

EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

1853.



## SOBRE EL MARQUÉS DE VALDEGAMAS.

---

SEÑORES :

En la solemnidad que hoy reúne á la Academia Española, y despues del brillante y filosófico discurso que acabais de escuchar, cualquiera de sus individuos podria contestarlo dignamente, inspirado por el asunto, y sostenido en él por su juicio y su inteligencia : yo solo, á virtud de muy especiales circunstancias, temo y vacilo en este encargo, agitado por mi memoria, conmovido por mi corazon.

Hace, señores, treinta años, — como que era en Octubre de 1823, — que entraban dos jóvenes, casi dos niños, de catorce á quince de edad, por las puertas de la Universidad de Sevilla. Arrojábalos al uno y al otro en aquel asilo la tormenta política, que habia bramado y bramaba en nuestro horizonte, y

que con un conocimiento certero descargaba preferentemente sus rayos en los que habian tocado apénas los umbrales del mundo. Aquel venia de Salamanca , donde su imaginacion precoz diera larga muestra de un infantil liberalismo : éste venía de Córdoba, donde, con más modesto continente, tambien se habia hecho notar entre los partidarios de las instituciones constitucionales. Aquel y este , siguiendo el ejemplo de Padres amados y venerados , y llevando en sus entrañas el noble sentimiento que se indigna de toda opresion , que repele toda tiranía , habíanse agrupado con viva fé y con espíritu ardiente en derredor de la nueva idéa que iluminaba á la sociedad española , abriendo á ella sus inocentes ánimos , acariciándola en sus sencillos corazones , dilatándola y predicándola en sus poco reflexivas , en sus tal vez imprudentes palabras. — Por eso los amagaba , cuando no los hiriese , la reaccion : por eso tenian que huir de los lugares en que habian comenzado sus estudios : por eso iban á obscurecerse y á confundirse en aquel mayor y mas inextricable espacio , donde nadie se ocuparia de seguro en sus antecedentes , donde nadie inquiriria sus aspiraciones ilusorias , sus vagos deséos , sus imposibles , quiméricos propósitos.

La concurrencia á unas propias clases , la analogía de situacion instintivamente adivinada , la posesion de unos mismos principios y gustos , á la par que de diversos caractéres , que quizá se completaban entre sí , los enlazó con una amistad íntima , de aquellas que solo inicia la juventud , pero que duran por toda la existencia , como el perfume de una flor que jamás se agosta. Juntos vivieron , juntos se formaron , en aquella ciudad de nobles y artísticos recuerdos ; juntos procuraron inquirir las ciencias del derecho y de la razon : juntos abrieron sus almas á la viva luz de la belleza ; juntos , sin abdicarlas nunca,

modificaron tambien sus ilusiones de niños , cual lo exigia el discernimiento de la edad , que se adelanta en madurez con las pruebas de la sujecion , y con los quebrantos del infortunio.

Si posteriormente, el oleaje social y el huracan de las pasiones políticas los echó por rumbos diversos más bien que contrarios, la memoria de aquellos tiempos dichosos fué siempre un nudo indisoluble , que entrambos llevaron con placer , sintiéndolo eterno en sus corazones. ¡ Hoy lo ha sellado , lo ha santificado la tumba!... — Comprended , señores , cómo no puede el que sobrevive, fijar sus ojos en el que murió sin que se le arrasen en lágrimas : comprended cómo no puede juzgarle con la fria impasibilidad de una crítica indiferente: comprended como— agradeciendo á nuestro digno Director que le haya dispensado esta honra , y encargádole la última palabra que aquí se ha de pronunciar respecto al amigo de su niñez , —duda en el momento de pronunciarla , y casi se arrepiente de un deseo , para el que no habia contado con las flaquezas de su fraternal cariño. Mayor serenidad , mayor imparcialidad de ideas reclamaba este acto : disculpadme , señores , si no alcanzo la una , si no me es dado remontarme á la otra.

Afortunadamente, el discurso de nuestro nuevo compañero es tan completo y tan acabado ; calificanse en él con tal exactitud las concepciones del filósofo , y las dotes de expresion y forma del escritor á quien reemplaza ; enúncianse con tan atinado juicio las ideas que todo entendimiento recto debe deducir del análisis de sus obras , que yo no tendria nada que rectificar ni que añadir si quisiera seguirle en su estimable trabajo , y me veria en la precision de hacer variantes sobre lo dicho , con el grave riesgo , que siempre amenaza á los de rebusca , de pare-

cer forzados y premiosos, en comparacion de los espontáneos y naturales.

Prefiero, señores, fijar por algunos momentos mi vista en la persona del querido académico á quien lloramos: señalar algunas circunstancias, poco conocidas, de su sensibilidad, de su carácter, y aun de su talento propio; y encontrar en ellas el gérmen y la explicacion de las que resaltan en sus escritos, ora de continuo como inagotables raudales de luz, ora tambien de tiempo en tiempo, como golpes de sombra que los contrastan y los anublan.

No tengo que hablar ni de la fuerza de comprension, ni de la facultad generalizadora, que desde niño le distinguieran. Está viva en la memoria de todos la elevacion de sus pensamientos, y la grandilocuente sonoridad de sus palabras. Si alguna aspiracion crítica puede levantarse hasta él acerca de ese punto, solo ha de consistir en aquella propia elevacion y sonoridad constantes, que, despojadas de más suaves tintas ó de tonos más apacibles, fatigan al cabo con su permanente tension á ménos poderosos entendimientos. Tambien la luz que contempla el águila en las purísimas claridades del espacio, cansa y deslumbra á los que, careciendo de su fuerza, la recibimos de lleno en nuestros débiles ojos.

Mas á esa facultad de generalizar, á esa necesidad de remontrarse siempre y para todo hasta los principios, por una síntesis que no descansaba sino en lo simple y lo absoluto; únase en nuestro sócio el exquisito don de sentir con extremada viveza, pero no con duracion ni constancia, y únase tambien un carácter tímido, que contrastaba hasta no más con la reconocida audacia de su talento. Si por la inteligencia era gigante, era así mismo mujer por la sensibilidad, y era niño por el corazon.

ios le habia hecho de ese modo : no permitiendo quizá sus in-escrutables juicios que se acumulen y completen todo género de grandezas, en este ser miserable que ha condenado á la imperfeccion y á la incertidumbre.

Pues bien, señores : en ese conjunto que os acabo de indicar de diferentes y enconótradas dotes ; en esa reunion de discordes cualidades, que pocos han podido conocer mejor que el que os habla , está la clave segura para comprender y juzgar con acierto á la persona en quien nos ocupamos, como tambien lo estuvo el destino de su vida, y la succesiva generacion de sus siempre grandes, de sus siempre sorprendentes idéas. El mundo que no poseyó esa clave, ha podido algunas veces pararse ante ellas con duda ó con asombro : para los que la tuvimos, conociendo al hombre, nada más fácil que seguirle en su marcha ; nada más sencillo que comprenderle como era , y aun casi predecir cómo habia de ser en cada momento.

Dedicase en los primeros años de su juventud al cultivo de las letras humanas: oye con ardor los consejos del insigne patriarca de nuestra literatura, prez y gloria de esta Academia (1): explica en el Instituto de Cáceres: lucha en el memorable concurso del Cerco de Zamora; arroja, en fin, á la luz pública varios cantos, que se escapan de su alma, ora con motivos de júbilo , ora en instantes de dolor. Y ya desde entónces , con la leche de la enseñanza en los labios, comienza á lucir esa distinguida individualidad, que debia acompañarle hasta el sepulcro. Lo grandilocuente de la expresion, lo atrevido, lo absoluto , lo exagerado de la idéa, son sus reconocidos caractéres. Ni espereis de él el depurado gusto, que significa serenidad y prudencia ; ni espereis la moderacion,

---

(1) El Sr. D. José Manuel Quintana.

que se deriva de la duda ó de la templanza. Es un retoño del antiguo genio cordobés el que nace y se ostenta al mundo, con su valentía, con su desenfado, con su negligencia tradicional: es otro Lucano, que prepara una nueva Farsalia, escribiendo la tragedia de Padilla: es otro Góngora, no despeñado aun en sus delirios, sino desenvolviendo las tendencias de Herrera, el gran imaginador; pero un Góngora quizá más inflexible y ménos variado que el autor célebre de Angélica y Medoro, capaz de sobrepujarle en sus Canciones, incapaz de seguirle en sus Romances.

De haber permanecido por algun tiempo las instituciones de 1830; de no abrirse á la juveniud el nuevo estadio que de allí á poco se le franqueó, llamándola á las cuestiones públicas, puede tenerse por seguro que el cantor de la Duquesa de Frías hubiera llegado á ser muy luego un jefe de escuela en nuestra república literaria. Su independencia, por no decir su desden hácia los ajenos juicios, la fuerza creadora de su rica imaginacion, el atrevimiento de su pintoresca palabra, lo fascinador y dominante en la cadena de su discurso; todo acredita la exactitud con que concebimos y enunciamos esta idéa. Habria sido un bien ó un mal, no necesitamos discutirlo ahora. Pero siempre es necesario rendir homenaje al talento que despunta con tal elevacion; y reconocer cuánto se distinguen y sobresalen entre la muchedumbre de escritores los que arrastran á las generaciones sucesivas por cualquier inusitado sendero, siquiera no sea ni el más desembarazado y espacioso, ni el que más rectamente dirija al templo de la inmortalidad y de la gloria.

Entretanto, señores, cambia segun dejamos indicado, la situacion de las cosas públicas: reemplaza 1833 á 1830; y quien se anunciaba hasta allí como poeta ó como disertador literario, levántase de repente como político, como estadista, como filóso-

fo, de la más importante y trascendente de las filosofías todas.

Pero observad de qué manera se levanta, y con qué condiciones se presenta al mundo: observad cuál sigue su camino, al parecer tortuoso y vario, en realidad idéntico consigo propio, como impelido por una misma fuerza, como producto necesario de una sola causa.

No me refiero, señores, al estilo ni á la forma. Reconoce todo el mundo que no hay en estos otra variación sinó la que exige la naturaleza de los asuntos tratados, y el desenvolvimiento que imprime la edad aun en las cualidades más consistentes. Siempre igual grandeza de imágenes; siempre igual sonoridad de períodos; siempre idéntico lujo de generalización, siempre la carencia absoluta de tonos modestos, en que descansa el ánimo, y que den fuerzas para admirar nuevamente otros nuevos arranques de fantasía.

No es esto de lo que quiero hablar. Entro más en el fondo de las cosas, y descubro y contemplo la unidad á que me he referido en la extraña combinación que cité antes; cual resulta de ese talento que tan alto concibe, de esa sensibilidad que se afecta tan viva y pasajeramente á la vez, y de esa condición tímida y flaca, efecto quizá de la dolencia física que le llevó á la tumba, y que es posible le trabajase desde sus primeros años. Hé aquí, señores, á mi juicio, lo que nos explica su vida toda: hé aquí lo que nos da el secreto de sus variaciones aparentes, reivindicando y reconstruyendo la unidad, que en pocos ha sido tan verdadera y tan constante.

Fijad sinó vuestros ojos en el publicista de 1833, en el profesor de 1836, en el negociador de 1841. Las ideas son diversas, son contrarias en cada cual de estas épocas; no hay que ponerlo en duda, porque antes de todo es el derecho de la verdad. Las ideas son diversas; y sin embargo, en cada caso son las que

comprende el escritor con la más sincera buena fé, son las que concibe destinadas para labrar la felicidad del mundo. ¿Sabeis por qué sucede así? ¿Quereis conocer el motivo que le coloca, con tan pequeños intervalos, en tan diferentes puntos de vista? ¿La razon de aparecer aquí liberal ardoroso, allí liberal doctrinario, despues apénas liberal?

Pues depende, señores, de que en 1833 acaba de presentiar los desafueros del poder absoluto y la procaz conducta de los voluntarios realistas; de que en 1836 ha visto de cerca el movimiento revolucionario de las provincias, con su aterrador carácter: de que en 1840 por último, ante los pronunciamientos de Setiembre y la regencia militar, cree reconocer estéril y baldía la Constitucion moderada, que tres años ántes hicimos ó aceptamos todos. Es liberal, ardiente liberal, primero, porque el liberalismo es el refugio contra los excesos de la monarquía pura: es en seguida doctrinario, porque la soberanía de la razon le protege contra las saturnales de la demagogia: se lanza finalmente en la reaccion monárquica, porque juzga vilipendiada y abatida la autoridad, y porque entiende que solo siendo fuerte y legítima es como salva á las sociedades de vaivenes y trastornos.—Hubo, pues, en todos los casos para conmoverle, para decidirle, un peligro que hirió su fantasía. Temió, se apasionó, y se lanzó consiguientemente en un nuevo refugio: generalizó sobre un órden de idéas, y tuvo en poco, cuando no suprimiese, las que le atenuaban ó modificaban. Y puesto ya en esos caminos, y olvidado de antiguas impresiones que le habian empujado á otros, su talento extraordinario encontró siempre grandes imágenes y expresiones sonoras, que llenaron el espíritu de los oyentes como habian llenado el suyo, y que abrumaron, cuando no convencieran á los que le escuchaban, con

su reconocida, innegable majestad. Es lo cierto que faltaba en su carácter un contrapeso de energía, como de duracion y de constancia en los sentimientos de su ánimo; y que al considerar en cada ocurrencia los últimos aspectos de la causa pública, se eclipsaban ó desvanecian en él las propias consideraciones que en época anterior tenian ocupado su juicio:—de ahí la facilidad para inclinarse á todos los extremos y la exageracion al adoptar todas las doctrinas, huyendo en cada caso de la idea que le ofende, ó del peligro que le amenaza.

Y esto mismo sucede despues, señores, cuando al tomar mayor y más resuelto vuelo, da la espalda á las cosas terrenas, maldice de la política liberal y de la humana filosofía, y quiere elevarse, á la sombra y amparo de la religion, hasta los mas altos principios de lo verdadero y de lo absoluto.

Habia sido testigo en 1847 del prolongado acabamiento, de la agonía admirable, de la santa muerte de uno de sus hermanos: jóven modesto y sencillo, humilde de corazon, dechado de todo género de privadas virtudes. Aquella dulce serenidad, aquella inefable resignacion, aquel tránsito visible y misterioso de los padecimientos del mundo á las dulzuras de una eternidad feliz, le hirieron y conmovieron vivamente, sojuzgando su criterio, y arrebatando su inteligencia. Aparecióle notorio lo fútil de las especulaciones humanas; vió la derrota de los sentimientos del orgullo, postrados por el Cristianismo inocente y sincero. Admiró su alma, necesitada, como siempre, de entusiasmo: animóse su debilidad, necesitada, como siempre, de apoyo: despertóse y exaltóse su fé, que, no renegada nunca desde niño, dormitaba, como en tantos otros dormita, al alhagüeno arrullo de los intereses y doctrinas de la tierra.

Mas entrado en esa vía, su naturaleza le llevaba á ser fervo-

roso cristiano, como habia sido liberal ardiente, resuelto doctrinario, decidido reformista. Nunca le habia de consentir su genial índole el hacer nada á medias, ni el proceder con vulgar templanza. Como pedia las Córtes, tronando contra la Diplomacia extranjera, en 1833; como se atrincheraba con las teorías racionalistas en 1836: como pugnaba por una regencia dinástica en 1841, y por una Senaduría Real en 1845; así tenía que arrojarse ahora en los estudios teológicos, y embeber su alma en los arrobamientos del misticismo: emulando á Bossuet y á Santa Teresa, cual emulara antes á los políticos profanos de más nota; y hablando tan dignamente de las cosas santas, como hablara de las terrenales en su profesorado, y en su apostolado, de los intereses del mundo.

Coincidia esto, señores, con los acontecimientos de 1848. Y bástame citar esa fecha, para que se conciba todo lo que debió influir en el alma del nuevo y apasionado cristiano. No busqueis otra explicacion del último período de su existencia; no la busqueis particularmente del célebre escrito que ha llevado por toda Europa su nombre, y que ha sido principal materia del discurso á que debo responder en estos momentos.

Desde los sombríos terrores de 1793, y desde las vergonzosas orgías de 1797, no ha habido una época más fatalmente ominosa á la libertad que ese tristísimo año de 1848. Desbordado y triunfante por donde quiera el espíritu que se engalanaba con sus mentidos arréos, todo lo conmovió, todo lo amenazó subvertir en nuestro antiguo continente, no habiendo institucion, por sagrada que fuera, que no vacilase ante el horrible cataclismo. Poder, sociedad, familia, á todo atentó en su vértigo; el estremecimiento fué universal; el gemido de desesperacion se escuchó tan pavoroso como profundo en las entrañas del género humano.

Es un gran milagro, señores, es la prueba más concluyente de lo perdurable de la libertad política el no haberla visto sucumbir para siempre, tras de aquellos delirios; el considerarla incólume en los ánimos, vencedora de sus propios desmanes, levantando su martirizada y laureada cabeza, entre el crugir de las armas y los despiadados alaridos de la reaccion. Verdad es que se halla cubierta con un velo en las márgenes del Sena; pero luce en las del Mosa y en las del Tajo; pero se levanta espléndida y llena de porvenir en las cimas de los Alpes; pero vive sobre todo, con una vida inextinguible, en la afortunada region donde tuvo su cuna para los estados modernos, de donde procedió el último siglo entre los pliegues de la filosofía, y de donde procederá otras mil veces, si fuere necesario, en el aliento de la razon, y en el multiforme vehiculo de la actividad que nos devora.

Mas no podia esperarse de ningun modo que este milagro de la entereza y del buen sentido alcanzaran á nuestro amado compañero. En la situacion de ánimo en que se encontraba por entónces (1848); tenía que cortar definitivamente el débil lazo que aun podia unirle con las doctrinas del liberalismo racional. Como hombre de gobierno, habia de invocar la dictadura: como filósofo, habia de refugiarse del sistema del libre exámen en el de la obediencia pasiva, y del de la exencion del pensamiento en el de la infalibilidad del poder monárquico.

Estoy muy léjos, señores, de censurar que contraponiendo aquel insigne escritor lo que es de institucion divina á las que parecen invenciones humanas, ensalce á lo primero sobre lo segundo, y vuelva sus ojos al cielo, asustado y hastiado de los azares y decepciones de la tierra. Yo tambien humillo mi frente en presencia de lo eterno y lo inefable; y no le comparo con

criminal audacia lo que siendo humano, es perecedero como tal. Mas ¿era por ventura necesaria semejante contraposición? ¿Era ésta tampoco legítima? ¿Debíanse señalar como puntos que se excluyeran, que se repelieran, en que la sublimación del uno fuese la caída y condenación del otro, el cristianismo el liberalismo, y el socialismo?

Aquí está, en nuestro modo de sentir, el notable yerro del autor y de la obra: yerro, que no lo deja de ser por los magníficos accidentes de ideas y de formas con que se le reviste; yerro, que nace como todos los de la persona de quien hablamos, en esa vivísima sensibilidad que le ofusca sobre las más antiguas concepciones, y en esa generalización extremada, por la que prescinde ó descarta á veces muy importantes elementos, dignos de ser apreciados y considerados. Estimó al liberalismo un accidente de nuestra edad, no mirando sino á su forma: olvidó que su esencia es de todos los tiempos, de todas las sociedades, necesaria mientras ellas subsistan, ingénita en la humana naturaleza; y el resultado fué el de empequeñecerle y rebajarle, para ensalzar lo que sin ese recurso era por sí propio tan digno y tan sublime.

Un estudio más sereno, y de consiguiente más imparcial, un análisis más acabado de la índole y de la historia del hombre, hubiera impedido semejante error, y hecho perfecta y fecunda aquella síntesis que no lo es. Valdría sin duda el cristiano tanto como vale ahora; y el ciudadano y el filósofo no estarían expuestos á las censuras que pueden alcanzarles. Porque el filósofo habria considerado anchas y subsistentes las bases del liberalismo; y el ciudadano habria tambien descansado en ellas con satisfaccion, como quien descansa en su indudable y legítimo derecho.

No quiero, señores, que se me crea por mi palabra. Reconozco mi deber de justificar los pensamientos que emito; y espero de vuestra benevolencia que me permitais intentarlo, tan brevemente como es forzoso en esta contestacion.

Pongamos nuestra vista en toda sociedad humana: interroguemos con sencillez y sin prevenciones á su historia: demandemos á los siglos lo que pueden enseñarnos, acerca de la cuestion que nos ocupa. Y la historia y los siglos nos responderán que no hubo jamás sociedad alguna, en donde no existan y hayan existido dos órdenes de instituciones, que acreditan dos órdenes de idéas. Son unas las que constituyen el verdadero poder; las que ordenan y regulan su accion; las que, por medio de la disciplina y la obediencia social, consagran y afirman la tranquilidad pública. Son otras las que constituyen garantías contra los desmanes y abusos de esa autoridad ya creada; ora rodeándola de útiles resistencias, ora levantando distintos y parciales poderes, que sirvan de contraste á sus actos, para que no se ejerzan con holgura en perjuicio de los individuos ni de la propia nacion. Y si bien tales instituciones no están de ordinario materialmente separadas entre sí, es seguro que el entendimiento las distingue, y las estima y las señala como son, dobles y diversas. La autoridad y la garantía, la disciplina y el exámen, el mandato y la discusion, el poder y sus limitaciones; todo ello constituye esos dos órdenes paralelos y de una relacion necesaria, en la esencia de los diversos estados del mundo. El Autor Supremo los dotó á la vez con lo uno y con lo otro; y nuestra observacion tendrá que reconócerlo, sin duda, en cualesquiera de ellos donde se fije, y que haga objeto de sus imparciales investigaciones.

Los ha habido, ciertamente, los hay, los habrá, en tanto que

el hombre durare, en que las ideas correspondientes á cada s erie sobrepujen   las de la s erie contraria, y parezca que las absorven,   por lo ménos, que las eclipsan. Lo conocemos, y lo declaramos, sin dificultad de ningun género. En las cosas que no son simples, la perfeccion y ponderacion exacta es más bien un deseo, que no un hecho positivo y real. Los principios individuales y garantizadores se han sobrepuesto   veces   los de disciplina y autoridad, embarazando y destruyendo la gobernacion; como los principios de autoridad y disciplina tambien se han sobrepuesto, y casi han ahogado, otras,   los contrarios que los enfrenaban. Mas   pesar de lo uno y de lo otro, ni estos ni aquellos han podido jamás desaparecer completamente. Nuestra naturaleza humana, libre   un tiempo y disciplinable, racional y necesitada de órden y direccion, hace absolutamente precisa la coexistencia de esos dos linajes de instituciones. Y decimos más: que en donde quiera que con poco acuerdo se ha querido acabar con uno de los dos, all ,   la usurpacion afortunada del poder por una mano firme,   el sopro de las revueltas, por quienes no tenian otro medio de gestionar sus intereses ó de expresar sus voluntades, han venido á dar una nueva canonizacion   los principios que vamos proclamando, y   acreditar repetida y constantemente que es imposible la sociedad humana sin una autoridad que la gobierne, y sin una garantía que la defienda.

Pues bien: esas instituciones, esas ideas de garantía, tan indispensables en su fundamento, aunque varias y mudables en su forma, aunque susceptibles de ménos y de más, de restriccion y de desarrollo, al compás de las diversas sociedades; esas son las que en el lenguaje usual de nuestros dias constituyen la base del presente *liberalismo*. A ellas,   su proclamacion y sostenimiento,   la doctrina que las desenvuelve y las propugna,

que las justifica con amor, que las dilata con valentía, que lucha por su consagración y su triunfo contra aquellos que las comprimen ó las niegan; á eso es á lo que damos este nombre, que tan equivocada como dolorosamente se buscó, para ofrecerlo por antagonismo de la escuela cristiana, deducida de la Santa Religion, reguladora de nuestras creencias y de nuestra moral.

Vése, pues, notorio el yerro, como lo veníamos señalando de más arriba. La contraposición se fundaba en suponer al liberalismo accidental, moderno, transitorio; y acaba de hallarse por las anteriores consideraciones que es no solo en su esencia antiguo, sino necesario; que si cambian y se corrompen sus formas, su natural índole dura y permanece inalterable, revistiéndose de las que son acomodadas á la contemporánea situación de los pueblos. Sin duda ninguna, es más alta y más fecunda, como más celestial, la Religion: son más puros y más universales sus beneficios: aun sin tener por objeto directo las cosas terrenas, trajo al mundo una más santa libertad, no conocida de nuestros antepasados, y que forma hoy parte de la herencia que poseen ó reivindican las naciones. Pero si ella es una nueva garantía de la dignidad humana, y la ofenden los que quieren constituirla en mero instrumento de gobernación, ¿por qué ha de presentársela como antítesis de las que son también garantías naturales y justas, y se ha de maltratar y abofetear á estas, para levantar y celebrar sobre su deshonra lo que no necesita de facticios y deleznales pedestales? No olvidemos nunca, señores, que solo en lo comprensivo y en lo armónico se encuentra la verdad; y que buscarla en lo exclusivo y en lo simple, cerrando los ojos para no ver lo que nos ofende ó nos estorba, no es glorificar la verdad misma, sino iludirse á sí pro-

pio, y navegar al cabo en un océano de brillantes errores.

Por lo demás, si esta base de la obra á que aludimos nos parece exagerada y aun falsa, todo lo que en ella no procede de ese dato especial encanta á la imaginacion, y satisface al ánimo con su inmejorable acabamiento. Y aun eso mismo en que no se puede convenir, ¡ cuánto no seduce ó abruma, ya que no convenza ni demuestre ! ¡ Qué de grandeza, señores, en las idéas ! ¡ Qué de bellezas varoniles, qué de perfeccion en las formas ! El pensador y el hablista tocan ya á la cúspide de lo que pueden ser en tiempo alguno. No se habia ostentado más grande Tertuliano, combatiendo á los antiguos heresiarcas : no habia aparecido más severamente bello Bossuet, en sus vigorosas refutaciones del moderno protestantismo.

Dios, cuyos inefables, supremos arcanos, confunden y burlan nuestra miseria, cortó de repente, cuando ménos podia esperarse, esa lumbrera de nuestro siglo, esa prez de nuestra nacion ! Dios derramó una gran lástima en el espíritu de cuantos le estimaban, que eran todos los que le conocian : una gran amargura, un dolor inacabable, en el corazon de los que le habíamos amado con nobles y sinceros afectos. Acatando su juicio, bendiciendo su nombre, la sociedad entera ha echado coronas sobre aquella tumba, y nosotros la hemos regado con nuestras lágrimas. Tambien la Academia paga gustosa este tributo á quien se honró llamándose su sócio ; á quien la honró, reflejando en ella los rayos de gloria que le circundaron, y que hoy coronan su recuerdo.

Mas cumplido tan piadoso deber, arrojados el último lauro y la última flor sobre ese sepulcro, es obligacion mia tornar los ojos á lo que ya tengo delante, y consagrar algunas palabras á la eleccion que hemos hecho, y al nuevo compañero que por

primera vez se sienta entre nosotros. No podrán ser muchas; que el ánimo desfallece cuando se ha ocupado en objetos tan dignos; y falta la atención para las cosas literarias, después que se la lleva á lo más alto, á lo más sublime que puede llenar el entendimiento humano, Dios y la libertad.

Era estrecho, era apremiante el compromiso en que la muerte del marqués de Valdegamas ponía á la Academia Española: al llenar su desocupado asiento, necesitábase hacerlo con dignidad, para que no recayese la vergüenza de una humillante comparación, ni en los que sin cordura lo adjudicaran, ni en el que osase sin títulos invadirlo. Es este, señores, uno de los bienes que dispensan á tales Cuerpos los hombres de primera línea: no solo los enaltecen y los decoran en tanto que viven, sino que los custodian con su sombra, después de fallecidos, defendiéndolos de intrusiones que pudieran amenguarlos.

Ahora bien: si la Academia ha cumplido con su obligación, si desempeña el forzoso deber en que su buena suerte la colocaba, dígalo el discurso que acabais de escuchar, tan superiormente pensado, escrito con tanta pureza, con tan agradable estilo, en tan correcto y escogido lenguaje. Quien sabe juzgar así al ilustre compañero que la Providencia nos arrebató, bien tiene hechas sus pruebas para reemplazarle, bien se puede sentar con segura, aunque modesta frente, donde se sentaba aquel, en medio de nuestra noble Corporación.

Pero no es esto tan solo. Sin hablar de otros títulos que distinguen al nuevo académico, sin analizar escritos de muy diversa índole que le ha debido nuestra literatura, sus apuntes históricos, sus controversias políticas, sus poesías tan sentidas como delicadas; me es imposible, señores, no recordar la empresa de su filosófico Diccionario, que ha merecido tiempo hace

nuestra más cumplida aprobacion, y que la España inteligente aguarda con viva impaciencia. Y ¿cómo no la habíamos de aprobar y estimular nosotros, y cómo no habíamos de rodearla de todo el interés que verdaderamente merece, cuando la primera idéa de semejante obra nació en esta casa misma, y se enunció más de cincuenta años hace, en un acto análogo al que celebramos hoy?

Permítame la Academia un recuerdo, que hace tan natural y tan oportuno la recepcion de este dia.—Verificábase otra en Octubre de 1799; y el sócio que en aquellos momentos era admitido por nuestros predecesores, el gran escritor, el gran poeta, el insigne ciudadano, D. Nicasio Alvarez de Cienfuegos, disertaba sobre el carácter y los destinos de la noble y hermosa lengua á cuyo estudio nos consagramos todos. Y despues de haber discurrido acerca de este tema con la elevacion de pensamientos que le era tan comun, decia del modo siguiente, dirigiéndose á la Academia misma, que de seguro debió contestarle con aplauso tan sincero como universal.—«La lengua castellana, que es sin disputa una de las más ricas, de las más libres, de las más grandilocuentes, y de las más melodiosas entre todas las modernas, está bajo tu sombra paternal, esperando que tus cuidados la habiliten para llevar al supremo grado las ciencias entre los españoles. Tú, que tanto has trabajado para darle un vocabulario, y que no cesas ni cesarás hasta que se le perfecciones, encerrando en él todas nuestras voces, giros, frases, locuciones antiguas y modernas; tú acometerás despues la grande empresa de formar un diccionario metódico, en que las palabras ocupen su lugar, no segun el orden alfabético, sinó segun el de las idéas, que es el orden de la naturaleza. Allí veremos con la historia de cada signo la de cada pensamiento por él re-

presentado, y por consiguiente la historia del entendimiento entre nosotros. Allí, subiendo al origen de cada voz, explicarás su sentido propio y primitivo, y derivarás de éste los sentidos secundarios y trasladados; y determinando la diferencia que hay entre las palabras llamadas sinónimas, probarás que cada signo representa una idéa diferente, ó una modificación diferente de la misma idéa. Allí, fijando el número y el valor de las terminaciones y el de las preposiciones y adverbios iniciales, presentarás los verdaderos radicales de nuestra lengua, enseñando por este camino el modo de formar voces nuevas, para que las ciencias no se valgan en adelante de nomenclaturas ininteligibles y absurdas.....»

No necesitamos copiar más. Vuestra inteligencia hubiera creído oír, oyendo estas palabras, el prospecto de ese Diccionario etimológico á que antes me referia, y que, con una audacia de las más justificadas y honrosas, tiene emprendido nuestro nuevo compañero, al son de los elogios de la España entera.

¡ Cosa singular, señores ! Un gran poeta, á fines de la centuria pasada, entrevé en su lozana imaginacion esa obra colosal, y la propone á la Academia para corona de las suyas. Pasan años y años, guerras, trastornos, revoluciones: el infeliz Cienfuegos va á morir desterrado en Francia, donde todavía yacen sus cenizas: su discurso, cubierto de polvo, queda tambien en olvido en los estantes de la Academia. Y medio siglo despues, otro escritor, que no vivia cuando se pronunció el vaticinio, que no tenia del mismo la menor noticia, concibe el propio pensamiento, lo enuncia con palabras idénticas, recibe por él las felicitaciones de este cuerpo literario, y viene, en fin, á sentarse hoy entre nosotros, donde le podrá llevar á término con mas facilidad y mas perfeccion, valiéndose de los tesoros que ha acu-

mulado el estudio, ayudándose eficazmente con la suma de luces congregadas en este recinto.

¡Así se cumplen los faustos destinos de la Academia! Sus individuos pasamos, arrastrados en la perdurable corriente de las cosas humanas; pero la idea, pero la ciencia, pero el arte, emanacion de la divinidad, vive inextinguible, renace, si por un momento se eclipsa, y progresa sin cesar en los incomensurables límites de lo verdadero y de lo bello. Todas las altezas concurren á ese propósito, todas las capacidades llevan para formar, su tributo al tesoro general. El genio, su grandeza que admiramos: el talento y la crítica, su laboriosidad que bendecimos: el don profético, su intuicion de lo que ha de venir en tiempos más felices. Hasta la modesta medianía, que siempre tiene algun lugar en estos cuerpos, hasta los que la personificamos más sencilla y humildemente, todos contribuimos por nuestra parte á la obra comun, siquiera no hagamos otra cosa que consagrar á tan distinguidos ingenios el elogio que merecen, y rodear con la aureola de la gloria unos nombres que son nuestro ornato y nuestro orgullo.

IV.

DISCURSO INAUGURAL

EN LA APERTURA

DE LA ACADEMIA DE LEGISLACION Y JURISPRUDENCIA.

1858.

...de la ... de la ... de la ...

...de la ... de la ... de la ...

IV

...de la ... de la ... de la ...

DISCURSO INAUGURAL

...de la ... de la ... de la ...

...de la ... de la ... de la ...

...de la ... de la ... de la ...

DE LA ACADEMIA DE LEGISLACION Y JURISPRUDENCIA

...de la ... de la ... de la ...

1888

...de la ... de la ... de la ...

...de la ... de la ... de la ...

...de la ... de la ... de la ...

...de la ... de la ... de la ...

...de la ... de la ... de la ...

...de la ... de la ... de la ...

...de la ... de la ... de la ...

## SEPARACION

### DEL DERECHO Y DE LA POLITICA.

SEÑORES :

Comenzamos hoy nuestros estudios sobre el Derecho, en el año de 1858 á 1859 ; y cábeme á mí , sinó nuevo del todo en este sitio , poco acostumbrado al ménos á verme entre vosotros , la que es á la par noble taréa é insigne honra de iniciar y dirigir tales conferencias. Puesto que ha sido vuestra la eleccion , vosotros me dispensaréis sinó lleno , como mis predecesores , los árduos deberes de este encargo ; y si inferior en justa autoridad al Sr. Cortina , en sólida erudicion al Sr. Gomez de la Serna , en elocuencia varonil al Sr. Rios Rosas , en todo género de mérito á todos los demás , solo puede seguirlos trabajosamente y á distancia , repitiendo sus pasos , inspirándome con sus ejemplos , é iluminándome con sus resplandores.—En un punto solo ni quie-

ro ni temo quedarme detrás de ninguno : en el celo por el cumplimiento de mis deberes ; en el interés por la prosperidad de la Academia.

Próspera, señores, la encuentro ; próspera, sin ningún género de duda, la tenemos en estos instantes. El brillo de su tradicional nombradía no se ha empañado en los años últimos : la luz que viene difundiendo desde su origen, no ha experimentado mengua ni decadencia, aun en este tiempo en que refulgen tantas luces análogas. Se ha levantado y ha echado raíces en frente de ella la gran Universidad de la corte, que antes no existía ; se ha consolidado para siempre el Parlamento, que tampoco tenía sercuando nuestra Academia nació y creció ; y á la par con la una y con el otro, y en medio de tan noble elocucion y de tan distinguida enseñanza, ella tambien ha subsistido, ella tambien se ha conservado, y no, de seguro, en la modesta obscuridad de un puesto subalterno, sino alimentando altas aspiraciones, ostentando ambiciosos propósitos, y ganando frescos y gloriosos laureles.—Yo, señores, puedo decirlo sin embarazo, porque no es mi propia alabanza lo que declaro en ello : en el recinto en que resuena ahora mi voz se ha enseñado tan bien como en la Universidad, y se ha discutido y se ha hablado tan bien como en las Cortes.

A continuar esta honrosa ocupacion, sin desmerecer del puesto que hemos alcanzado, es á lo que nos reunimos nuevamente en el año que principia : á reanudar esas tareas, á proseguir esos debates, que si para cada cual de nosotros, seres limitados, meros individuos, se agotan y parece que acaban ; para todos en conjunto, para la humanidad de que hacemos parte, no tienen posibles límite ni término. Una nueva generacion llega cada dia á escucharnos primero, á ayudarnos despues, á

reemplazarnos por último ; y ante ella , y para ella , y con ella , es deber nuestro el proseguir las pasadas investigaciones , y el adelantar cuanto nos permita nuestra imperfeccion en el conocimiento de lo recto y de lo justo. La posesion adecuada de lo uno y de lo otro , seguro es , señores , que no ha de lograrse en la tierra ; pero el ideal que vislumbra nuestra mente ; pero la aspiracion que conmueve nuestro ánimo , nos impelen y nos arrastran por esa vía , que nos señaló como indeclinable destino el autor y supremo legislador de la naturaleza y de la sociedad.

Pues á esa generacion que hoy entra en este sitio llena de juventud y de fé , con la viva presuncion que da la inexperiencia , con la halagüeña confianza que inspira el primer sentimiento de la fuerza propia , no quebrantada aún con decepciones y desengaños ; á esa generacion que amamos doblemente , porque nos recuerda lo que fuimos , y nos presenta lo que aún quisiéramos y ya no podemos ser , es á la que voy á consagrar estas breves palabras , que una práctica respetable me obliga á pronunciar hoy delante de todos vosotros. Para varones acostumbrados á la meditacion , para los que siquiera han subido el áspero sendero de la vida , y visto dilatarse ante sus ojos ese ancho , desigual y desapacible horizonte de la realidad de las cosas , nada podria yo decir que no fuese vulgar , descolorido , inferior á lo que saben y á lo que sienten. Discúlpeme por lo mismo , sino intento lo que sería excusado é inútil ; y permítanme que me dirija á nuestros jóvenes compañeros , sometiendo á su benevolente atencion , con la autoridad que nos presta la desgraciada primacía de los años , algunas observaciones y consejos , tan sencillos como leales , sobre lo que deben temer y lo que deben procurar , sobre los que son á la vez escollos pe-

ligeros y antorchas necesarias en la noble y distinguida profesion á que consagran su existencia.

Es, señores, una ley rigorosa de nuestro sér la de que vivamos bajo las condiciones del tiempo en que hemos nacido, la de que experimentemos el influjo de la sociedad de que formamos parte, la de que no podamos aislarnos en medio de la atmósfera que nos circunda, ni desprendernos y quedar fuera de la corriente en que bullen las necesidades y opiniones de nuestro siglo. Sabido es que cada cual de estos tiene su fisonomía y carácter que le son propios; sus tendencias, sus aficiones, sus adelantos, sus defectos y enfermedades tambien, que constituyen en conjunto la especialidad de su naturaleza. Y así como nuestro cuerpo lleva notoria la marca del clima en que vió la luz, así ostenta una análoga nuestro ánimo, y del propio modo poderosa é indeleble, tomada de la época y de la civilizacion que le recibieron al nacer, y que le amamantaron á su seno. Si el espíritu del hombre, por su esencia, ha sido siempre igual, y ha podido ocuparse en las mismas cosas, por la manera con que lo ha hecho y por los accidentes de que las ha acompañado, nada ha habido tan diverso como esa idéntica y repetida accion en los sucesivos períodos de la historia humana. Cabalmente por eso ha existido esta, la historia: porque el hombre es uno y es múltiple, porque nada hay más semejante y más disemejante á la par que nosotros y nuestros mayores; porque cada paso que damos en nuestra indefinida y constante marcha, ofrece una modificacion que cambia nuestro aspecto, por más que respete y conserve nuestra natural y necesaria índole.—Cuando hayamos tocado al término de este destino, habrá concluido el tiempo, y viviremos en la eternidad.

Lo que acabo de decir, señores, en esta exposicion general y

sintética, es una cosa conocida de todos. Nadie niega en abstracto el influjo de los siglos, ni el poder de las edades. Ante la evidencia de tal hecho no hay ojos que se cierren á su luz: bajo la presion de tal poder no hay fuerzas que no se doblen y no se confiesen desiguales á su fuerza.

Así, descendamos naturalmente de esa abstraccion y de esa altura, y vengamos á la aplicacion de estos principios, á la práctica de estas idéas. Puesto que nos ocupamos en el estudio del derecho, y vivimos en el siglo XIX, meditemos un poco sobre el carácter de este siglo, y estimemos cómo puede influir, y con qué género de influencia, sobre ese punto que es nuestra ocupacion.

No creo decir, señores, ninguna cosa nueva, sino emitir por el contrario un pensamiento muy vulgar, repitiendo en este sitio lo que se dice por todas partes: que es eminentemente política la edad que hemos alcanzado. Sea un bien ó sea un mal, debemos jactarnos ó dolernos de ello, estemos satisfechos ó pesarosos de tal circunstancia, en la realidad de la misma no cabe cuestion, no cabe duda; el sentimiento político y la agitacion que es consiguiente, caracterizan, dominan y arrastran la inteligencia y la actividad de nuestro mundo contemporáneo. Aquellos propios que maldicen de ese hecho, se ven tan sometidos á él como los que le contemplan ufanamente; los propios que se declaran adversarios de la política y pugnan por su supresion, hacen á su vez política, y quizá no ménos viva, y quizá no ménos apasionada que la de sus contradictores. Es ella, sin que podamos remediarlo, el ambiente moral de nuestro tiempo: es ella la condicion necesaria de nuestra vida, tal como nos la ha formado lo que trae y forma la de todos los períodos sociales; aquella otra que vivieron y llenaron los períodos precedentes.

Por lo que á mí toca, señores, si me fuera indispensable tener una opinion y enunciar un parecer en el contradictorio juicio de tal suceso, guardaríame mucho de censurar ese estado, esa inclinacion, ese carácter del siglo en que nacimos. Teniendo siempre á honra el ser hijo suyo; siendo consecuente á la enseñanza que me ha dado; recordando la pureza de intencion con que he procedido constantemente al aplicarla; y sin olvidar en fin las distinciones que le ha debido mi humilde persona, yo me envanezco y me envaneceré de haber venido á la luz en una época en que, despues de todo, se aprecia la dignidad del hombre; y doy y daré gracias á Dios por haberme hecho conocer, amar y servir, en la medida de mis facultades, la libertad de mis conciudadanos. Sé bien que esa dignidad y esa libertad no son en este mundo cosas adecuadas ni absolutas: conozco bien los defectos que las amenguan, las tormentas que las combaten, los escollos en que peligran: estoy persuadido, como el que más, de la imperfeccion de todo lo que es transitorio y terreno, y de la imposibilidad de llegar en la práctica á los ideales que percibe nuestra mente; pero todavía me hallo satisfecho con el lote que me ha cabido, cuando le comparo con los otros lotes que eran posibles; y todavía prefiero esos nobles objetos que admira mi inteligencia, y por los que late mi corazon, á la dependiente, oscura y mezquina tranquilidad en que solo ha podido consistir la beatitud de algunos renombrados tiempos. *Malo periculosam libertatem*, decia el primero de los historiadores filósofos al contemplar el Senado romano de la decadencia: *Malo periculosam libertatem*, repito yo tambien al fijar mis ojos en la historia de los últimos siglos, y al meditar sobre el infeliz pueblo de Cárlos II de Austria y de Cárlos IV de Borbon.

Pero no tenemos que tratar aquí ni de mis sentimientos ni de

mis aficiones. Era tan solo un hecho lo que yo queria consignar, y lo que ciertamente consignaba; y cualquiera que sea el juicio que se forme sobre él, bástanos con su realidad incuestionable para las observaciones que os he anunciado como objeto de este discurso.

Nuestra época es política; nuestra atmósfera intelectual y moral está completamente saturada con ese elemento; ni nuestra inteligencia ni nuestra voluntad pueden libertarse de su influjo, ni quedar exentas de su accion. Cuando en esta época estudiamos el derecho, objeto intelectual, ciencia moral, si los hay que merezcan tales nombres, la idéa política ha de venir á mezclarse en nuestro estudio, y á tocar con su hálito, y á revestir con sus colores la laboriosa investigacion en que se ocupa nuestra mente. ¿Es esto un bien, ó es esto un mal? ¿Es una ventaja, ó es un peligro? ¿Es un suceso de que podamos congratularnos, dejándonos llevar apaciblemente por sus consecuencias, ó es una desgracia que no nos sea dado desconocer, y contra la cual debemos precavernos, conjurándola ó atenuándola por todos los medios que estén á nuestro alcance?

Lo declaro, señores, con tanta conviccion como imparcialidad; tengo ese hecho por un peligro, por un mal, por una desgracia. En el estudio de que tratamos, creo que es un principio perturbador el advenimiento de la idéa política; juzgo que la accion de esta sobre aquel, lejos de ser concordante, auxiliadora, benéfica, es una accion contraria, deletérea y disolvente. La justicia y la política no son de seguro una misma cosa: aun admitiendo que Dios las haya hecho hermanas, es lo cierto que ha dado á cada cual de ellas sus diversas facciones y su diferente destino. Donde se requiere templanza en las formas y serenidad en el ánimo, no viene bien una agitacion bullente y fe-

bril, que se apasiona más que discurre, que declama más que medita, que combate en vez de investigar. Donde sería forzoso que campeasen en primer término el principio de la autoridad, el respeto á las seculares, constantes tradiciones, la sumision de los juicios del individuo á los juicios colectivos é históricos, claro está que es trastornador, antitético, lo que vive de razones de teoría, de razones puras, lo que consiste esencial y necesariamente en el libre exámen, lo que tiene por base capital la omnipotencia del concepto contemporáneo, y por indispensable propósito el de ganar, el de apoderarse de ese concepto. Lo uno es verdaderamente un sacerdocio; lo otro es forzosamente una milicia. Y cuando amalgamamos esta con aquel, el espíritu de esta con el espíritu de aquel, no diré yo que confundimos lo contradictorio, ni que pugnamos por realizar lo absurdo, pero diré, sí, que nos exponemos á que lo accidental desnaturalice á lo necesario, y á que lo transitorio ocupe el antiguo y legítimo puesto de lo perdurable.

Todo esto me parece tan sencillo, tan elemental, tan óbvio, que no concibo necesite de más prueba, ni aun de mayor esclarecimiento, que su mera enunciacion.

Otra cosa es la que podeis esperar de mí; otra, lo que quizá se agita en vuestra mente, y lo que puede ser que casi formulen y me pidan vuestros labios.

Puesto que os he dicho el mal, el peligro, vosotros aguardais que os exponga lo que debe combatirle, el remedio: puesto que he tenido resolucion para poner la tiente en la llaga, vosotros podeis pensar que la tendré tambien para aplicar el cauterio oportuno.—«Para eso ocupas la silla presidencial, me direis; para eso te hemos colocado al frente de nuestra Academia.»

No es, señores, la resolucion, no es el ánimo lo que á mí me

falta por lo comun en presencia de los grandes problemas de nuestra pobre y fatigada sociedad; es el poder lo que no siento, lo que no tengo en mis manos, como no lo tiene ningun hombre, delante de esa fuerza abrumadora, que han creado poco á poco quince siglos, para ostentarse y dominar en el presente. Mas de cualquier modo que ello sea, no me cumple esquivar la dificultad que he provocado ó declarado yo propio: si acabo de señalar un bajío en el derrotero que corre nuestra época, obligacion tengo de aconsejaros respecto á él, á fin de que podais salvarlo, y no os estrelleis ciegamente contra sus puntas.

Mi consejo principiará desde luego, rogándoos que os persuadais bien del mismo peligro: si dudais de su existencia, si no le estimais tan grave y tan cierto como es en sí, estais perdidos sin remedio, y no hay nada que alcance á libertaros. Es el canto de las sirenas, que os halagará irresistiblemente, y que embarazando vuestros miembros, sojuzgará sin defensa vuestra pobre voluntad.

Si os convenceis, por el contrario, del pernicioso influjo que ejercen en el estudio del derecho, en su comprension, en su profesion, el sentimiento y la pasion de la política; si lo creeis; si lo temeis; si os prevenís poderosa y suficientemente contra él, no digo yo, señores, que de seguro podréis evitarlo, pero entiendo sí, que sereis capaces de aminorar y atenuar sus necesarios y tristes efectos. Afirmaos en esa conviccion, y resolved enérgicamente combatirlos; y yo os respondo de que habeis encontrado el camino único, por donde se puede llegar al noble término de vuestras dignas aspiraciones. Se ha dicho que *querer es poder*, y esto es verdad en todo lo posible: en lo imposible, *querer es casi poder*; y con eso basta en semejante esfera.

Aun así no lo conseguiréis todo; no dejaréis enteramente el

hombre exterior á la puerta de este recinto ; no os despojaréis por completo de vuestra naturaleza ni de vuestros hábitos : mataríais primero vuestro propio sér. Mas si llegais con la decision que os propongo y os recomiendo ; si tomais la resolucion enérgica de que os hablo ; si os fijais en el ideal que la razon os señala ; y si, consiguientemente á todo ello , prevenidos contra cuanto es pasion , agitacion , osadía , individualidad pura , os esforzais en un propósito de tranquilidad de formas , de serenidad y templanza de ánimo , de respeto á la justa autoridad , de deferencia hácia lo que han creido y han enseñado los siglos ; si os esfrazais , repito , á elevaros de lo que es pasajero á lo que es inmutable , de lo que es accidental á lo que es esencial , de lo que es transitorio á lo que es eterno , yo os aseguro otra vez de que habréis disminuido , cuando no neutralizado , el peligro con que nos rodéa nuestra edad , y de que habréis conseguido lo que es posible al hombre conseguir , en la laboriosa combinacion de su grandeza y de su pequeñez , de su ingénita libertad y de su dependencia necesaria de cuanto le circunda .

Atreveos á esta obra , señores ; emprended decididamente esta taréa , y contad conmigo para aconsejaros y ayudaros . Yo , que soy hombre político , y que no reniego ni me avergüenzo de serlo , yo procuraré tambien con todas mis fuerzas olvidarme de ese carácter en los momentos que consagro á nuestra comun ocupacion ; y aun os prometo exagerar este principio de desconfianza , persuadido de que es indispensable hacerlo así para contrarrestar el peso de la atmósfera y el empuje de la costumbre . A la manera que en cierta órden religiosa no se saludan los profesos sin anunciarse la muerte , para prevenirse contra los encantos de la vida , de la propia nos precaverémos nosotros con una incesante voz de alarma , á fin de evitar el

escollo que hemos señalado, y del que absolutamente no nos podemos alejar. Mi creencia es, señores, la de que siguiendo denodadamente ese rumbo no naufragaremos, no nos perderemos en él: que si pudieron decir los poetas antiguos que la libertad y los esfuerzos humanos alcanzaban á vencer el hado escrito en las estrellas, no ha de negarse á los filósofos modernos el demostrar que esa libertad y esa voluntad pueden disminuir el influjo que ejercen sobre el mismo hombre las corrientes morales de la sociedad y de su tiempo. Yo no os anuncio otra cosa; yo no contraigo empeño de otra cosa: pero os digo, sí, que esto es posible, y os añadiré que esto solo es lo necesario. Un remedio más radical, más absoluto, ni le concibo ni le quiero: si lo deseais vosotros, y si encontrais quien os lo ofrezca, podeis invitarle á que ocupe esta silla, que yo dejaria desde luego sin pena como sin dificultad alguna.

Pero, no, señores, no. Tambien sois hijos vosotros del siglo xix; y os ufanaís con sus glorias, y no maldeciréis de él por sus inconvenientes. Tambien le aceptais como nos lo ha dado el Supremo Dispensador de todas las cosas, sabiendo que no hay ninguna en la que no estén reunidos los bienes y los males. Si estos males, si estos inconvenientes, si estas desventajas nos imponen un aumento de fatiga, y nos exigen una laboriosidad mayor para llenar nuestro destino, no por eso hemos de desconocer este destino propio, ni sublevarnos en idéa contra las eternas leyes á que estamos irrevocablemente sujetos. Nos empeñarémos más, pondrémos más de nuestra parte, trabajaremos con un ahinco mayor. El trabajo es á la par nuestra ley y nuestra honra en este mundo. Dios, que nos lo impuso como pena, ha querido tambien que sea la condicion de todo mérito, de toda estima, de todo triunfo. Lo que por acaso adquirimos sin él,

jamás tiene el sello de lo legítimo ni de lo perdurable ; solo con el sudor de la frente , solo con el tributo del ánimo , solo con los esfuerzos del corazon es con lo que se llega al término del contentamiento y de la felicidad.

No nos arredren, pues, señores, las dificultades : osemos y esperemos ; perseveremos y consigamos. El objeto es grandioso, como que nada hay más digno que la contemplacion del derecho; como que nada hay más alto que la profesion , que la aplicacion de la ley y de la justicia. Los medios para llegar á él deben ser proporcionados á su grandeza : si nuestra edad nos ofrece, por su índole, obstáculos que le son especiales , tambien esa misma edad realza con su educacion los espíritus, y los forma más capaces para comprender, para querer , para poder. Semejantes épocas, las épocas políticas, son las de los caractéres enérgicos, y no hay, en mi juicio, ni calidad ni ventaja que sean comparables con las de la energía y de la decision.

No hace muchos meses, señores, visitaba yo la antigua Universidad de Bolonia, cuna de los estudios jurídicos en los tiempos medios, centro de donde irradiaron tan vivas luces para esclarecer y civilizar á la Europa moderna. Dominado por la emocion que inspira aquel lugar , abrumado bajo los recuerdos que bullen en aquella atmósfera, he pasado horas enteras en sus vastos salones, hoy desiertos y silenciosos, pero que llenó en otras centurias tan noble agitacion y tan continuo y animado movimiento. Y entre las varias cuestiones que se alzaron allí delante de mi ánimo, la que os he sometido esta noche no fué á la verdad ni una de las últimas, ni una de las que ménos le ocuparon con sus dificultades. Porque aquella Universidad, señores, tan elevada y tan insigne, donde se escuchó tal enseñanza , donde surgieron y tocaron á su término tales glorias , tuvo su origen en el xii, y

llegó á su apogéo en el siglo XIII de nuestra era, edad política en Italia, si alguna lo fué, tiempo de novedades y de luchas, período de *güelfos* y de *ghibelinos*, de tiranos y de *condottieros*, de Sumos Pontífices soldados y de municipalidades que proclamaban por su rey á Cristo, y que escribían como blason sobre sus muros la palabra *libertas*, libertad. ¿Cómo pudo suceder esto, me preguntaba yo, sentado en aquellos viejos escaños, vagando mi vista por los millares de nombres que cubren aquellas paredes, sumido mi espíritu en los graves, severos pensamientos que en aquel recinto son tan naturales, son tan propios? ¿Cómo no ahogó la política semejante instituto; y cómo, por el contrario, le dejó nacer, crecer, encumbrarse adonde ningun otro ha llegado hasta ahora, y adonde ya no es posible que ninguno llegue, atendida la civilizacion, atendido el carácter de nuestro tiempo?

No hay contestacion á esta pregunta, no hay solucion, señores, á este problema, sinó en la misma idea que os vengo enunciando. Si lo resolvió el siglo XIII, debióse á la virilidad, á la robustez, á la entereza de los hombres que en él vieron la luz, y que fueron su prez y su gloria. Eran de cierto varones ingentes los que, artistas, se llamaban *Giotto*; los que, poetas, se llamaban *Dante*; los que, reformadores de la sociedad, se llamaban *Francisco de Asís*, los que, sábios, se llamaban *Tomás de Aquino* y *Buenaventura*. Cuando semejante pléyada resume y caracteriza una edad, esa edad puede hacerlo todo, porque tiene ánimo para concebirlo todo, y corazon para quererlo todo.

Ni pido ni espero yo que hagamos nosotros cosas parecidas. Somos débiles y pequeños al lado de tan nobles figuras: si nuestro siglo puede compararse con aquel siglo, nosotros no podemos compararnos con aquellos hombres: el lustre y la honra de

la presente generacion son lustre y honra de otra especie. Pero si nadie aguarda, si nadie sueña, si nadie presume de que repetamos aquí esos grandes, extraordinarios ejemplos, reconocamos, señores, que de algo puede servirnos, que en algo nos puede empeñar; que no es estéril, baldío, inútil, el contemplarlos y el admirarlos. Es, señores, una gran enseñanza la que ofrece el poder de la voluntad dominando las dificultades del tiempo, cuando nos hallamos rodeados de idénticas dificultades, y no contamos con otro recurso que el de la voluntad para combatir las y vencerlas.—HE DICHO.

V.

DISCURSO DE CONTESTACION

AL SR. D. DOMINGO MARTINEZ,

EN SU RECEPCION

EN LA ACADEMIA DE SAN FERNANDO.

1859.

DISCURSO DE CONTESTACION

AL SR. D. DOMINGO MARTINEZ

EN SU RESPONSION

EN LA ACADEMIA DE SAN FERNANDO

1828

## SOBRE EL GRABADO.

---

SEÑORES :

Si las bellas estampas del Sr. Martinez, si esa reproduccion fiel y concienzuda del más amable y popular de nuestros grandes pintores, le habian franqueado con justicia las puertas de esta Academia, é inclinado con razon vuestros votos para concederle el asiento que hoy ocupa, el discurso que acaba de pronunciar, y que con tanta complacencia hemos escuchado todos, confirma de seguro aquellos títulos, y pone indudablemente el sello á lo acertado de semejante eleccion. No es un artista cualquiera, es un artista ilustrado, reflexivo, digno de pertenecer á Cuerpos de esta índole, el que así conoce la materia y el objeto de sus afanes: no posee solo la facultad instintiva de ejecutar obras que sean bellas, sinó que comprende bien la belleza y sus

condiciones, sinó que se remonta á su contemplacion y percepcion, sinó que puede noblemente razonarla, explicarla y difundirla, quien discurre con tanto acierto y profundidad sobre una de las artes que la tienen por asunto, sobre la naturaleza, sobre el origen, sobre los progresos de esa arte propia. Con tales hombres es con quienes se conciben, y para tales hombres es para quienes se han instituido asociaciones como la presente: que bien sabeis, señores, que no fué nunca, que no puede ser el ideal del académico un Rembrandt, con su genio, aunque poderoso, descontentadizo, uraño, casi iba á decir ignorante, despreciador de toda regla, conculcador de toda autoridad, sinó un Murillo, que despues de haber pintado la Santa Isabel y el San Antonio, reunía amistosamente á sus compañeros, aun los más modestos é inferiores, para departir con ellos sobre el carácter y los destinos de nuestra pintura, y para estudiar juntos los dibujos de Rafael venidos de Italia.

Dicho esto, señores, que es lo primero que naturalmente inspiran el acto en que nos encontramos y el discurso á que debo contestar, yo vuelvo la atencion sobre mí mismo, y me pregunto de qué es de lo que puedo hablaros para desempeñar el encargo que me ha confiado la Academia.

Una razon de buen juicio, no ménos que de cortesía, ha querido que á la palabra de cada individuo que viene á su seno, y que saluda por primera vez á esta Corporacion, responda la de otro de sus colegas, ya más antiguo, ya más aposeionado en este recinto, la cual, devolviéndole su saludo, complete tambien sus ideas, y confirme ó rectifique sus apreciaciones. Al pensamiento por decirlo así individual que viene de afuera, háse deseado que suceda el pensamiento interior y colectivo, más grave y más autorizado de suyo: á nociones que pueden estimarse

inexpertas, atrevidas, quizás un tanto utópicas, háse deseado que sirvan de contrapeso otras nociones, donde estén representadas la experiencia y la tradicion, que lo aquilatan y lo justifican todo. Y en desearlo así, y en ordenarlo así, se ha tenido por principio una gran idéa, que es fundamental en las cosas humanas, perfectibles siempre y jamás perfectas por completo; la de no cerrar la puerta á la novedad que vivifica, sin permitir á esa novedad que arrolle y trastorne lo existente digno de ser respetado; la de conciliar en la manera posible el progreso, sin el que se extinguen y acaban las artes, con la conservacion, sin la cual esas artes mismas enloquecen, desbarran, y tambien concluyen.

Mas por justo y acertado que sea en regla general el motivo que me impone este deber de la palabra, ya comprenderéis, señores, que puede haber casos, en los que es ó excusada é inútil, ó muy difícil al ménos, por no decir imposible, su uso. Cuando el nuevo académico que aquí se presenta ha atendido á todos los principios, ha respetado todas las consideraciones, ha satisfecho todas las exigencias que se podian señalar en el punto de que ha tratado, y cuando lo ha hecho con la maestría y con la autoridad de un verdadero profesor, ¿qué ha de venir á aumentar, á retocar, á corregir en su discurso el que no es artista siquiera, aunque tenga la señalada honra de ocupar uno de estos asientos? ¿Es necesario, por ventura, que se repita, aun dado que se repitiese bien, lo que ya se ha dicho con perfeccion? ¿Es oportuno que se debilite, por una gratuita y estéril variante, lo que está ya expresado en términos á la par más sencillos, más naturales y más propios?

Prefiero, pues, no seguir ese camino, puesto que sea el que espontánea y abiertamente se ofrece á mi vista: prefiero colo-

carne en otro terreno, arrostrar otra senda, iniciar una distinta exploracion. Del arte del Grabado es de lo que pienso hablaros, sin ninguna duda, como que ese es mi deber, y no puedo ni desconocerlo ni eludirlo : mas dejando aparte su historia general, mas no examinando ni sus progresos ni su suerte en medio de toda la civilizacion européa, voy á considerarle solo en sus relaciones especiales, ó en algunas de sus relaciones especiales, con nuestra sociedad española, y á presentaros las idéas que esa determinada y particular consideracion ha hecho nacer en mi espíritu. No es una série de sucesos ni un catálogo de nombres, no es una narracion histórica lo que me propongo someter á vuestras luces : es una cuestion que he entrevisto, es una duda que ha asaltado á mi ánimo, y que quiero al ménos exponer y discutir, si no puedo resolverla, delante de vosotros.

Tal vez ha llamado vuestra atencion, al escuchar el notable discurso del Sr. Martinez, la escasa parte que corresponde á nuestra España, no digamos en el descubrimiento, que ese pudiera depender de la casualidad ó de la fortuna, pero ni en el cultivo, ni en los adelantos, ni en la verdadera marcha por donde ha venido á su situacion presente esa bella y noble arte que cautiva y ocupa en estos momentos nuestra idéa. De seguro lo sabiais ya, tan ilustrados, tan conoedores como sois todos de su historia ; mas al observar que cuantos esfuerzos ha prodigado nuestro nuevo compañero, inspirado por un vivo patriotismo, ayudado por una vasta erudicion, han sido inútiles para ocultar ese hecho, para llenar ese vacío, para completar lo que deseáramos todos los buenos españoles, amantes de las glorias artísticas de nuestra patria, indispensable es que hayais vuelto á pensar en ese extraño y desabrido accidente, y reconocido

una vez más lo que (fuerza es confesarlo) no constituye una distincion, una ilustracion para nuestros padres.

Hé aquí, señores, francamente dicha, toda la verdad. Desde el siglo décimo-quinto hasta nuestro siglo, España ha contado de cuando en cuando con grabadores muy insignes: hijos tuvo que estudiaran y profesaran el arte, apénas fué ese arte conocido y estimado por la Europa culta: los nombres más célebres de nuestros grandes pintores se leyeron al pié de planchas apreciables: la calcografía Real, fundacion de Cárlos III, publicó estampas de un mérito notorio: y en el dia de hoy, al cabo de cuatro centurias de la invencion, el pliego de las Aguas, debido al buril de Esteve, se puede colocar sin desventaja al lado de cualquiera otro venido de París ó de Munich, de Milan, de Lóndres ó de Roma. Mas á pesar de esto el Grabado no se arraigó nunca en España hasta hacerse popular en ella: España no tuvo nunca de él una escuela propia, capital, característica; España no le hizo dar ningun paso, que pueda considerarse como decisivo, ó siquiera como fecundo, para su progreso y perfeccion. Ni en el décimo-sexto ni en el décimo-séptimo siglo encontramos un solo grabador español que debamos colocar á la altura del alemán Alberto Durero, del italiano Marco Antonio, del flamenco Rubens, del francés Nanteuil, del inglés Reynolds. Si queriendo bosquejar una historia del Grabado, aun la más breve y compendiada, descartáseis cualquiera de estos nombres, si os olvidáseis de cualquiera de las escuelas que personifican, vuestra obra aparecería desde luego incompleta, vuestra ilacion defectuosa, mancas é incomprensibles vuestras conclusiones: si por el contrario, solo prescindierais de los grabadores españoles, quizá os preguntarian por ellos los que fuesen más curiosos que entendidos en el arte, pero no cabe duda en que vuestro traba-

jo podría ser perfecto, porque no habríais dejado fuera de su cuadro á ninguno de los génios que reclaman un necesario lugar en el resúmen que os propusierais.

Parece esto, señores, tanto más extraño, y llama á primera vista la atencion con tanto mayor motivo, cuanto que todo el resto de la historia artística de España en esos propios siglos décimo-sexto y décimo séptimo, es un conjunto de maravillas y de resplandores, que llenan muchas y muy brillantes páginas en la universal del arte restaurado. Nuestros pintores, nuestros escultores, nuestros arquitectos, unos en lo clásico, otros en lo original, no reconocen ventaja á los de ningun otro país de la civilizada Europa. Nadie raya más alto con el pincel y la paleta que Velazquez, Zurbarán, Murillo: nadie levanta un templo que sobrepuje al que esculpió Herrera en las vertientes del Guadarrama: si Montañés no copia la estátua antigua, que nunca vió, como Miguel Angel ó Benvenuto Cellini, sus Cristos, aunque de madera, no son ménos bellos que el Perseo, no son menos sublimes que el Moisés, y—yo no sé lo que juzgaréis vosotros,—pero para mí son hartó más cristianos que la Piedad.

Ahora bien, señores;—y hé aquí la duda, hé aquí la cuestion que os anunciaba poco hace:—¿cuál es la causa de esta diferencia? ¿Cómo se concibe, cómo se razona, cómo se justifica una contradiccion aparentemente tan extraña? ¿En qué consiste que, contra lo que indica la razon, contra lo que comprueban generalmente los hechos comunes, no crecen á la par entre nosotros, y con análoga salud, y con semejante robustez todas las ramas del bello y frondoso árbol del arte? Eso no sucedió en Grecia ni en Roma, los pueblos cultos del mundo antiguo; eso no ha sucedido en Italia, en Flandes, en Alemania, en Francia, los otros pueblos artísticos de la civilizacion pre-

sente. Verdad es que una cosa parecida aunque contraria, observamos en Inglaterra, donde el Grabado logró y conserva altísimo lugar, cuando su pintura es convencional y pobre, cuando su arquitectura se muestra ordinariamente excéntrica y antojadiza, cuando no tuvo jamás una escultura que fuese digna de tal denominacion. Mas esto se explica sin ningun embarazo por el conocido génio de aquel pueblo, donde el cálculo precede á la fantasía, donde las facultades mecánicas dominan y extinguen á las facultades imaginadoras; la nacion inglesa,—bien puede decirse sin agraviarla; que sobrados títulos tiene de distincion y de lustre;—la nacion inglesa no se ha señalado jamás como nacion artística. Pero nosotros, pero el pueblo español, nacido bajo el más puro cielo, y mecido por las auras más vivificantes; el pueblo español dotado de la imaginacion más audaz, de la sensibilidad más delicada, del espíritu más poético; el pueblo español que ha podido comprender siempre la belleza en todas sus formas, y adorarla en todas sus expresiones así sensuales como espirituales; ¿cómo es, vuelvo á repetir, que ese pueblo no haya tenido lo ménos habiendo tenido lo más, y que siendo excelente, siendo superior en las sublimes aplicaciones del diseño, solamente se reconozca desigual y escaso en la que al lado de aquellas otras es indispensable calificar, cuando no de humilde, por lo ménos de modesta?

Para responder acertadamente á tal pregunta, y resolver como debe hacerse en este sitio semejante cuestion, buscando y exponiendo causas sérias, filosóficas, ineluctables, yo he creido que era necesario adelantar un poco más, y remontarse aún á más cardinales investigaciones. Háme parecido que podria conducirnos á donde deseamos, primeramente, una imparcial exploracion de lo que es el Grabado en sí propio, y de las rela-

ciones que le unen con las demás artes; y en segundo lugar una apreciacion justa, razonada, igualmente verdadera, de lo que fueron las españolas en el grande, en el para siempre memorable período de los referidos siglos décimo-sexto y décimo-séptimo. Confio, señores, en que vuestra indulgencia no llevará á mal ni lo uno ni lo otro; y en que, sosteniéndome con vuestra benévola atencion, me ayudaréis en una obra, que de seguro habriais ejecutado todos los que me ois, con más perfeccion, como con más autoridad que el que la emprende.

Para estimar, para calificar acertadamente lo que es el arte del Grabado, no tengo de seguro que buscar ni colocarme en otro terreno que en el escogido con completa exactitud por el Sr. Martinez. Habeis escuchado textualmente en sus palabras que esa digna y noble arte *se asocia á las primitivas, ilustrándolas, y difundiendo de una manera extraordinaria sus luces*. Aquí, en esta breve y sencilla fórmula, teneis la verdad, y toda la verdad. El Grabado, os repito yo, no es pues un arte primordial, como lo son la pintura, la escultura y la arquitectura, á las cuales él se asocia: la Musa que lo inspira, si es de la familia de las otras Musas, no es su coetánea, no es hermana gemela de todas ellas. Hízola nacer una idéa subsiguiente, una necesidad posterior, un paso más en la civilizacion humana; y puesto que sea bella como sus primogénitas, y puesto que sea merecedora de un decoro y de una prez semejantes á los ojos de la reflexion que medita y juzga, forzoso es confesar que poniéndose necesariamente en una línea secundaria, no alcanzó nunca el mismo brillo á los de la espontaneidad que siente y se apasiona.

Cuando arrobado en sus primeros ensueños artisticos entrevió el hombre fugaces destellos de la belleza, ideal de su cora-

zon, y quiso realizarlos para poseerlos tan completamente como en su pequeñez le era permitido, su idea no fué más allá que á formar con sus manos la estátua, que á diseñar y á revestir con líneas y con colores el cuadro, que á levantar por fin el templo, el palacio, la torre. A las sencillas aspiraciones de su situacion bastaba con esas simples obras de su juvenil inteligencia: realizando su fantástico pensamiento, creando, no tenia necesidad de repetir, de multiplicar la obra de su creacion. La estátua y el cuadro que salian de su taller, podian ser admirados en sí mismos por todos los habitantes de la ciudad á que estaba reducida la patria: todos ellos consideraban la torre, se paseaban en los pórticos del palacio, llevaban sus sacrificios al ara del templo. El arte era, por decirlo así, una propiedad nacional, y recelosa y exclusiva como son todas las propiedades: si el extranjero podia venir á contemplarlo, y á rendirle un tributo de admiracion y de envidia, á nadie ocurrió que tuviera cual el patricio derecho á su goce, ó que disfrutara de él de otro modo que como huésped, ni de otra manera que en la originaria, la natural, la de la contemplacion de la propia obra.

Anduvieron rápidamente los tiempos; comenzó la vida á tornarse en doméstica, de pública que fuera en los principios; y el arte se redujo tambien á la casa, de su antigua esfera que habia sido la ciudad. A este período no solo corresponde la transformacion del arte mismo, sustituyéndose lo grandioso por lo gracioso, sino tambien la copia y la reduccion de las obras pictóricas y esculturales de la primitiva escuela. A la par que nacia Praxiteles nacia tambien los reproductores de Fidias: sucesores de Zeuxis adornaban los gineceos de Aténas y de Corinto, los vestibulos de Parténope y de Roma; y computadores y matemáticos tomaban y publicaban las medidas del

Partenon, para que pudieran imitarse sus proporciones en todo el mundo civilizado, desde el Nilo al Danubio, y desde el Eufrates á las Columnas de Hércules.

Esto, sin embargo, no habia de ser todo. Si bastó para la sociedad antigua, para el universo romano, no podia bastar para el orbe moderno, para la Europa cristiana y culta. Ante la diffusion general de las luces, ante el estudio renacido del arte, ante el amor creciente de la belleza y el ansia de poseerla más para sí, la copia habia de encontrarse insuficiente, y la reduccion homogénea no habia de llenar todas las aspiraciones. Era necesario algo más,—siquiera no fuese tan completo,—que satisficiera en lo posible necesidades reales, llevando por el ámbito de la civilizacion, que lo iba á ser ya el de la tierra entera, los inapreciables tesoros del antiguo, y los no ménos inapreciables de una época que se anunciaba tan grande y tan fecunda. Era necesario que lo que el genio presentia como próximo, que lo que iba á ver la luz en cada uno de los centros artísticos de Europa, en Florencia, en Roma, en Venecia, en Flandes, en Alemania, en Francia, en España, pudiese ser conocido por el mundo todo, y puesto á disposicion de todos los pueblos, como de todos los individuos que lo componian. El arte, nacional al principio, doméstico despues, debia hacerse en la era moderna, á un mismo tiempo más doméstico que nunca, y tambien universal, completamente universal, propio de todos los paises; humanitario, si nos fuera permitido usar de este nombre. El destino de la insigne época á que nos referimos, no era solo el de restaurarlo por el conocimiento de la antigüedad, levantándolo á una gran altura; era tambien, era más aun el de extenderlo, el de difundir su estudio, el de dilatar sus glorias, el de vulgarizarlo hasta los extremos de la posible, sin

despojarlo de su dignidad, sin rebajarlo de su divina expresion.

Hé aquí, señores, lo que vino á hacer el Grabado: hé aquí la razon de su ser, hé aquí la indicacion de su origen, hé aquí la definicion de su naturaleza, hé aquí por último el timbre de su legitimidad y la corona de su destino y de su triunfo. No fué una nueva arte primitiva, que buscasse ignoradas manifestaciones de lo bello; fué un arte auxiliar y secundaria, que trató de reproducir, de dilatar, de multiplicar esa belleza, sentida, recogida, enunciada ya por las antiguas artes: no descubrió un aspecto diferente de ese inextinguible, eterno ideal de nuestro espíritu; limitóse á los que aquellas descubrieran, tomando el empeño de llevar hasta los extremos del mundo lo que la invencion habia dejado en un lugar solo, y lo que la copia no reproducia sino escasa y limitadamente. Como las artes primordiales tenian por objeto á la belleza en su vaga idealidad, así el Grabado tuvo por tal objeto á esas artes mismas, ó seáse á lo bello en cuanto esas artes lo habian concebido y expresado. Más limitado de medios y de fin, más extenso de esfera y de alcance que todas, bien podríamos llamarlo arte de las artes, hijo exclusivo de la civilizacion, alumno del estudio, fórmula la más adecuada y sintética de una cultura artística que llega á sus límites.

Nació cuando debia nacer, y vió la luz en la region afortunada donde le colocaban sus antecedentes y sus propósitos. Porque no creais, señores, que fuesen ni este lugar ni aquel tiempo simples efectos de ciegas casualidades: la casualidad representa en la verdadera historia del mundo un papel mucho menor que el que suele atribuirle nuestra ignorancia. Cuando la comunicacion de los pueblos, despues de las lentas elaboraciones de la edad media, llegó á ser un hecho consumado, norma y ley de

nuestra moderna Europa ; cuando el arte y la ciencia necesitaron vulgarizarse, para dar en el destino del mundo los magníficos frutos que habia ordenado desde el principio de los tiempos la suma, inescrutable Providencia ; hallada ya la pólvora , que cambiando la faz de las batallas , debia asegurar el triunfo de la civilizacion sobre la fuerza numérica de la barbarie ; hallada ya la brújula , que abriendo los mares debia desdoblar los hemisferios, y acercar entre sí á las naciones como á los espacios ; entonces fué cuando el Grabado y la imprenta , esos dos grandes medios de difusion , aparecieron coetáneamente, el uno en las márgenes del Rhin, predestinada patria del racionalismo, el otro en las márgenes del Arno, primera entre las regiones artísticas del mundo que se abria, del tiempo que se iniciaba á la sazón. Ni debió ser en otro punto , ni debió ser en otra época. Aquella era la madurez de los tiempos, aquellos eran los lugares á propósito para los nuevos pasos que se daban : el Altísimo dispensador de todas las cosas dejaba caer estas de su mano , con la suprema sabiduría que forma siempre su esencia , aunque no siempre la permita conocer á la flaca razon del hombre.

Comprendido, definido así , señores , lo que es el Grabado, hallada su razon de ser, fijada su condicion respectivamente á las otras nobles artes, podemos y debemos pasar á la segunda de las investigaciones que nos habiamos propuesto, como necesarios preliminares para examinar á fondo, para resolver, si nos es posible, nuestra capital y primitiva duda. Yo os prometí una apreciacion justa, razonada , verdadera, de lo que fuesen las artes españolas en el gran período de su existencia y de sus triunfos, y razon es que os cumpla mi palabra en cuanto alcancen para ello mis reducidas luces y mis pobres meditaciones.

No es ocasion esta, ni viene al caso presente, el repetiros por

milésima vez lo que tantos han dicho ántes que yo y mejor que yo, lo que yo mismo dejo ya enunciado en este discurso: que en los siglos décimo-sexto y décimo-séptimo poseimos en España tales obras de arte, que no ceden ante ningunas otras, y que han sido y son para sus hijos legítima materia de noble y de fundado orgullo. Eso es vulgar en el día por todos los ámbitos del orbe civilizado: si lo ignoró largo tiempo la Europa, merced al apartamiento de ella en que vivieron nuestros padres, hoy lo reconoce, hoy lo confiesa, hoy unánimemente lo proclama. Abierto el valladar de los Pirineos, puestos en comunicacion diaria Madrid y Sevilla con Roma, con París, con Viena, con Lóndres, no es ya solo un retrato de la Galería Doria lo que demuestra al mundo el mérito de Velazquez, como tampoco se habla ya en él solo por oidas de la gran fábrica del Escorial. Lo que en su cándida, inocente grandeza, hicieron de portentoso nuestros abuelos, nosotros, los españoles del siglo décimo-nono hemos tenido la fortuna y la gloria de verlo estimado y celebrado por el orbe, que le ha pagado en fin justísimo tributo de aprecio y de alabanza.

No es, pues, de esa grandeza, de ese portento, de lo que os voy á hablar. Lo que llama mi atencion al ocuparme aquí en las artes españolas, y lo que me parece oportuno para la investigacion de que estoy tratando, es que jamás ningun arte, jamás período alguno de ese género de cultura, tuvo ménos la conciencia de sus obras, y estimó ménos el gran valor de los portentos que creaba. Esto es lo que hiera en la actualidad mi idéa; esto es lo que quiero deciros, aun á riesgo de que me tengais por paradójico é iluso; esto es lo que, si llego á demostraroslo, entiendo que nos habrá dado clarísima luz para el camino que me he propuesto recorrer con vosotros en este instante.

No me juzgueis, no me condeneis no obstante sin oirme, señores académicos: tened la dignacion de aguardar mis explicaciones y mis pruebas; y calculad despues en vuestro imparcial juicio si no merecen algun aprecio las reflexiones y conjeturas que voy ahora á someter á vuestros ánimos.

Tambien han notado otros, primero que yo lo notase, que las artes españolas de nuestros grandes siglos están siempre animadas de un vivísimo carácter religioso. Pero yo, señores, no me contento con decir eso; yo adelanto más en la propia idéa; yo creo descubrir, y digo sin dificultad como sin empacho, que las artes españolas no son en aquel tiempo sinó un humilde acceso-rio, una nueva y sensible forma del espíritu religioso de nuestros padres. Ese solo espíritu es, en mi parecer, el que las anima y el que las sostiene: á expresarlo, á levantarlo, á glorificarlo, hé aquí á lo que ellas consagran todos sus esfuerzos. Solo la belleza cristiana es su ideal, solo el amor de esa belleza es su estímulo, solo la realizacion de esa belleza es su propósito. Jamás hubo arte que pensara ménos en sí propio, ni que pensara más en lo que habia tomado por único objeto de sus fatigas. Jamás le hubo que conciliara mayor sublimidad de fin, con una mayor ignorancia del alcance de sus medios y del mérito de sus trabajos. Jamás se reunieron de un modo más extraño y admirable que en él la grandiosidad y perfeccion de las obras, no excedidas por ningunas otras del mundo, y la sencillez y la humildad de sus autores, que no les daban importancia sinó como una mera expresion de su fé. Asombrosa combinacion de lo sublime y de lo pequeño; absorcion absoluta de lo reflexivo por lo espontáneo; maridaje singular de alteza objetiva y de infantil encogimiento en hombres sencillos de corazon: nunca, ni en lo antiguo ni en lo moderno, hubo otras artes que fuesen

ménos *artísticas*, si me es lícito usar de una calificación que parece contradictoria, pero que expresa bien el fondo y el alcance de mi pensamiento. Este, señores, es su carácter, este es su distintivo; aquí están su flaqueza y su robustez, aquí sus imperfecciones y su gloria.

Así lo habían preparado nuestros antecedentes históricos, esas necesidades que pesan sobre el arte como sobre todas las creaciones humanas; así lo habían engendrado los elementos que acumulara nuestra civilización, que ni en lo positivo ni en lo negativo fueron los propios elementos de la civilización italiana, de la civilización alemana, de la civilización brabanzona, de la civilización francesa. Creadas para conservar, para defender, para propagar la fé nuestras monarquías españolas; reducidas á esa sola ocupación en el largo período de ocho siglos; no habiendo tenido otro destino, otra suerte, otra educación, otro horizonte; era de todo punto imposible que se inspirase su arte con otras ideas esencialmente extrañas á su pensamiento, con otras tendencias esencialmente extrañas á sus hábitos. El espíritu pagánico de Florencia y Roma, el espíritu feudal de Colonia y Tréveris, el espíritu plebeyamente republicano de Ambéres y de Brújas, el espíritu galante de París, no eran, no podían ser parte del espíritu de Toledo, de Valencia, ni de Sevilla. Si el arte vino de allí, necesario fué que se modificase al asentarse en nuestro suelo, al respirar nuestro ambiente, al tomar puesto en nuestras costumbres; lo que era exótico, lo que pugnaba con las formas de nuestra sociedad, no podía durar ni extenderse en ella; tenía que agostarse y desaparecer, en medio de un gran todo que le era adverso y repugnante.

Esto, que nos hubiera anunciado desde luego la razón, nos lo confirman abundantemente los hechos de esos grandes siglos.

¿Cuáles son, en ellos, yo os pregunto, fuera de los templos, las obras de la arquitectura española? Mientras se cubren de palacios Roma y Nápoles, Flándes y Francia, —Nápoles y Flándes, señores, que eran dependencias del gran estado español, — ¿dónde están los palacios, verdaderamente tales, que se levantan por ese tiempo en nuestra Península? Fácilmente los podeis contar: uno en Sevilla, que consagra á la contratacion el insigne Herrera; dos, que comienza y no concluye en Granada y en Toledo Carlos V, ese extranjero entre nosotros, ese Emperador de Alemania, ese ciudadano de Gante. Catedrales, iglesias, conventos; puramente catedrales, iglesias y conventos, son las obras de Felipe II, de Felipe III y de Felipe IV. La gran maravilla de aquellos siglos consiste en el Escorial, que continúa el catálogo de nuestras viejas maravillas del órden gótico y de la edad media; cuando quieren elevarse construcciones civiles, el mismo Rey que ha visto acabar la casa de la ciudad en Bruselas no puede hacer construir sino la pobrísima Armería de esta córte.

Si de la arquitectura pasamos á la escultura, la demostracion es más fácil y más evidente aún; nuestra escultura de Berruete y Montañés es tan grande y tan bella como decíamos al principio, pero todavía más exclusivamente religiosa que ninguna de las otras artes. A nadie ocurrió hacer una estátua sinó para colocarla en el altar ó en el templo: el paganismo intelectual que tanto predominó en Italia en la época de la Restauracion, y que extendieron á Francia Francisco I, Mazarino y Luis XIV, fué de todo punto desconocido en nuestra España. Vanamente eran nuestros Reyes los Reyes de esa Italia, como ántes queda dicho; vanamente iban á gobernarla nuestros próceres, á estudiar en ella nuestros sábios, á pelear en ella nues-

tros ejércitos; el espíritu de nuestra civilización era antipático con el de la suya; y ni los restos esculturales del antiguo vinieron á adornar nuestras plazas, ni la inspiración de aquellos tesoros vino á animar ni á hacerse sentir en nuestros talleres. Montañés no esculpió nunca sino Cristos y Vírgenes: jamás salieron una Vénus ni una Flora de las manos de un formador español.

En la pintura misma, que más inmediatamente procedía de aquel clásico país, ¿qué es lo que hallamos, señores, cuando queremos fijar en ella nuestra atención y nuestra vista? Si cada pintor que viene del otro lado del mar tirreno, Juanes, Vargas, Céspedes, Rivera, el gran Velázquez, repiten un poco en nuestro suelo lo que allí habían aprendido, esa enseñanza se modifica muy en breve, y el carácter constante de la pintura española vuelve á dominar en las obras de sus discípulos, cuando no domine en las de ellos propios, sin aguardar á esa segunda generación. Considerad al mismo Juanes, al mismo Vargas, al mismo Céspedes, al mismo Rivera; y al lado de ellos á los dos Herreras, á Roelas, á Valdés, á Cano, á Zurbarán, á Murillo, á todos nuestros pintores de primera línea. ¿Qué es lo que constituye su grandeza, lo que asegura su excelsitud, sino el haber sido intérpretes de la idea católica, de esa idea nacional, con un fervor, con un entusiasmo, con un éxito, que están proclamando del modo más elocuente su abnegación de toda mira humana, y su consagración á ese puro objeto, que estimaron como el único noble, como el único santo, como el único digno de su arte? Id á las salas españolas del Real Museo del Prado, id á los claustros de la Trinidad, recordad la Galería de la Merced de Sevilla, recorred los salones de esta Academia: ¿qué os quedará—decidme,—de grande, de admirable, de carac-

terístico, si poneis á un lado los santos y los monjes de Zurbarán y de Carducci, los Cristos de Cano, los mártires de Rivera, y toda la epopeya gloriosa de Murillo, desde la Concepcion de la Virgen hasta los portentos de la caridad de Santa Isabel y Santo Tomás de Villanueva, hasta los arrobamientos de San Félix y de San Antonio, hasta la milagrosa fundacion de la Basílica Romana?

Una sola cosa nos quedaría, señores; Velazquez: régia, ingente figura, quizá la más alta de todas, pero que no basta á caracterizar el arte español, por lo mismo que es en él una aislada y extraordinaria cúspide, el brillante de más rareza y de más precio. Velazquez, erudito, viajero, hombre de mundo, cortesano; Velazquez, en quien se reunen condiciones y circunstancias que no comparten los demás profesores de su siglo; Velazquez, que deja su retrato en la gran coleccion de Florencia, y que trata como Rafael con los Cardenales y Príncipes de Roma. Sin duda que Velazquez pinta el cuadro de las Meninas y el de las Lanzas; sin duda que Velazquez pone su sello á esas dos preciosas joyas, que llaman el retrato de Felipe IV y el retrato del Conde-Duque de Olivares. Velazquez es no solo un gran pintor; es un gran artista en toda la extension de este nombre; es el artista único de aquella época y de aquella sociedad. Comprendiéndolo todo, sabiéndolo todo, haciéndolo todo, y como no lo comprendia, ni lo sabia, ni lo hacia nadie; adorando la verdad; fotografiando con su pincel la naturaleza; sin maestro; sin discípulos; siendo él solo un arte, y la más admirable de las artes; ni se le puede comparar sinó con el cronista del ingenioso Hidalgo, ese otro sol de nuestro cielo, ni cabe calificarlo sino con la propia palabra con que se ha señalado y calificado á este: *no imitó á ninguno; nadie ha podido imitarlo á él.*

Pero fuera de Velazquez, señores, fuera de esa magnífica excepcion que Dios concedió á España para asombro y envidia del mundo, la pintura española no tiene otro carácter que la escultura y que la arquitectura de este nuestro país. Ella es tambien como esas otras, más que un arte humano con la conciencia y el orgullo de sí mismo, un mero instrumento consagrado á la religion católica por la austera piedad de nuestros mayores; una respetuosa ministra, que pone á sus piés los sorprendentes medios materiales, con que la dotan nuestra imaginacion y nuestra sensibilidad, nuestro ambiente y nuestro cielo. En auxiliarla, en interpretarla, en servirla, están su vanidad y su gloria; ni entrevé otro destino, ni se engalana con ninguna otra distincion. El amor del arte por el arte es una cosa completamente desconocida para aquellos hombres tan grandes y tan pequeños, tan poderosos y tan humildes, tan sublimes y tan cándidos.

Y miéntras esto sucede en la pequeña esfera de los artistas,—que siempre es pequeña, señores, la esfera de lo escogido, la esfera de todas las aristocracias;—no sucede una cosa diferente en la comun, en la universal, de la nacion española. El racionio nos dirá desde luego que así debia ser; porque conocido es que nunca ha existido el arte en ninguna region, haciendo progresos dignos de este nombre, sin que los espíritus elevados que lo cultivaban encontrasen en torno de sí algo análogo á sus sentimientos y á sus idéas, que les sirviese de inspiracion, de estímulo, de fuerte y de robusto apoyo. El artista, todos lo sabeis, es una planta que no vive, que no crece, que no fructifica lozana y vigorosa, sinó en un terreno y entre una atmósfera conformes á su naturaleza; donde no tiene un enamorado círculo que la conciba, que la sostenga, que la premie, pronto dobla su tallo, y deja escapar su espíritu delicado, té-

nue, vaporoso. Jamás, en ninguna parte del mundo, hubo una gran escuela sin un gran público que formase su ambiente y su aureola: ella y él se correspondieron siempre por una influencia magnética, tan misteriosa como necesaria, levantándose á la par, existiendo á un tiempo, pervirtiéndose y acabando tambien en una época misma, pues que es ley de las cosas humanas la de pasar, y transformarse, y concluir.

Mas aparte de estas inducciones de la razon, tenemos tambien la irresistible autoridad de los hechos. La sociedad española de los siglos décimo-sexto y décimo-séptimo no es un enigma desconocido para nadie: sabemos lo que era su córte, lo que eran sus magnates, lo que eran sus conventos, lo que era su plebe. Sabemos de qué modo se vivia, se pensaba, se obraba, desde el palacio del Escorial ó del Buen-Retiro, hasta en las humildes casas del antiguo estado llano de Castilla y de Aragon. Y si yo, que me he atrevido á deciros que en aquella época no era artístico el arte, os dijese que mucho ménos era artística la sociedad, no creo, señores, que nadie pudiese contradecirme con datos tomados de su historia, de donde se dedujese una persuasion, una probabilidad opuestas.

Pudo quizá haber algunos veleidosos caprichos de arte en los soberanos de este vasto imperio: Cárlos V y Felipe II eran príncipes ilustrados, que conocian más mundo que el que se dilata de los Pirinéos al mar, y que en Italia, en Alemania, en Flándes habian espaciado su vista sobre variadas y deleitosas obras: Felipe IV, pobre de carácter, pequeño de capacidad, frívolo de aficiones, tuvo sin embargo alguna intuicion de la grandeza, y alguna aspiracion á los goces del arte propiamente dicho. Fero como la monarquía española era entónces tan vasta; como la 'ominacion de estos Reyes se extendia á tan dilatados

países: como eran súbditos ó casi súbditos suyos los pintores de Bolonia y de Ambéres, los escultores de Florencia y de Milán: como su política los llevaba á reforzar, que no á aflojar en la Península el exclusivo, ardiente sentimiento religioso; de aquí es que sus aspiraciones artísticas se dirigieron con preferencia á aquellos otros centros, y que en su accion sobre estos reinos de Castilla no cuidaron de desviar, sino de fortificar más bien, el espíritu intolerantemente cristiano, que animaba en ellos á nuestras artes propias y nacionales. Ni el Emperador, ni el Rey del Escorial necesitaban pintores españoles, teniendo como propios los pinceles de Tiziano y de Correggio: Felipe IV, que contaba con Rubens, se limitó en España á proteger á Velazquez, alojándolo en su palacio, y pintando en su pecho la cruz de la Caballería. Ha bastado, señores, esta proteccion para hacerle inmortal, pagada como le fué por el propio Velazquez con soberana, con imponderable usura; pero no bastó para sacar al arte de la estrecha senda por donde caminaba, y para hacerle libre en los dominios de la inteligencia, en vez de servidor sumiso, que venia y que continuó siendo de la idéa religiosa, único principio de nuestra sociedad civil.

Si de la córte bajamos al procerato y á la nobleza, si de los aposentos reales nos trasladamos á las moradas de nuestros grandes y de nuestros hidalgos, la observacion es más fácil, y la idéa que hemos emitido resulta más evidente aún. La aristocracia de Castilla, que habia sido religiosa y patriótica hasta fines del décimo-quinto siglo, no era ya en los siguientes sino religiosa y leal, sustituida á la patria la personalidad del príncipe. Doblegada por los reyes Católicos, por el Cardenal Cisneros y por el Emperador Carlos V, sirviendo humildemente á Felipe II y á sus sucesores, ni se distinguia por lo ilustrada

como la italiana, ni por lo galante como la francesa: ni continuaba en lo bulliciosa á sus padres, ni habia reemplazado aquella actividad con ninguna otra actividad referente á este mundo. No hace muchos dias que se os ha descrito aquí su vida con una inimitable perfeccion; yo no me atrevo, señores, ni á repetir ni á emular aquel cuadro. Cuando el Rey la llamaba, daba su sangre por el Rey: cuando la dejaba en paz, vivia holgada y pacífica, sin levantar sus pensamientos, sin encender su imaginacion, sin concebir otros goces, productos de fantásticos entusiasmos que ella no tuvo. ¿Qué le importaba el que su palacio no fuese bello, si era cómodo? ¿Qué falta le hacía en su vestíbulo una estatua de Flora, si veia en él un troféo de caza? ¿Para qué necesitaba en sus salones un cuadro de Van-Dyck ó una sublime composicion del Pussino, si tenia una graciosa Virgen y unos horribles retratos de sus padres, anónimos los unos y la otra? ¿Pensais que si lograba por acaso un Velazquez, un Morales, un Murillo, comprendia la sublimidad ó la belleza de las obras que le habia dado la suerte? ¿Pensais que le hiriese, ni que estimase en ellas otra cosa que el parecido del primero, que la santidad de los asuntos tratados por los otros dos?

Yo me he propuesto, señores, hablaros la verdad. Nuestra nacion es bastante grande, para que de ella pueda completamente decirse: vosotros sois bastante ilustrados, para que no ménos completamente podais oirla. Por eso os la expongo como la comprendo: por eso no vacilo en repetir que nuestra grandeza de los siglos décimo-sexto y décimo-séptimo fué muy leal, fué muy digna, fué muy noble; pero ilustrada, pero inteligente, pero artística, esto, con raras excepciones, no nos engañemos, señores; no lo fué.

De los Reyes y de los próceres debemos bajar á las catedrales, á los conventos y al pueblo mismo. Y en las catedrales, y en los conventos, y en la muchedumbre cristiana que medita en sus cláustros y se agolpa en sus iglesias,—muchedumbre son tambien en este sentido la córte y las clases elevadas,—es donde podrémos sin duda encontrar el público de nuestras artes, y ese apoyo, y ese sosten, y esa aureola, que segun dejamos dicho, es necesario que las circunden donde quiera que hayan de crecer y progresar. Aquel, bien lo sabeis, fué su alcázar y su templo; allí fué donde pudieron tener su altar y su trono: sólo que como aquel lugar era el templo de Dios, y aquellos altares los consagrados á su culto, tambien ellas debian doblar humildemente su cabeza para servirle, deponiendo como ofrenda á sus plantas lo que en cualquiera otro terreno habria podido ser propio contentamiento, orgullo, vanagloria.

Los cabildos eclesiásticos, las comunidades religiosas, las hermandades, las fundaciones pías, los fieles, hé aquí, señores, el público que sustenta, el público que anima, el público que corona nuestras artes. Mas al decir esto, demostrado está ya lo que os anunciaba hace pocos minutos: los cabildos, las comunidades, los fieles, no son personas artísticas, en el sentido recto de esta palabra. Su idéa es una más alta idéa; su pensamiento es un más sobrehumano pensamiento que los del arte propio. Si alguna belleza arrebatara sus ánimos, no es ella la belleza que deleita blandamente al hombre compuesto de alma y de sentidos; es una belleza sobrenatural, que exige la maceracion de la carne y el sacrificio de los goces del mundo; es una belleza á cuya contemplacion no llegamos plenamente sino por la gracia y en la eternidad. El ascetismo de Zurbarán

y de Carducci nos señalan el camino para conocerla: solo Murillo la ha entrevisto en las nítidas concepciones de su angelical mente, y la ha diseñado entre celajes en las armoniosas *glorias* escapadas á su inimitable pincel.

Yo me extenderia sin término, yo no acabaria nunca, si dejase correr libremente mi voz al hablaros de esta materia; pero todas las consideraciones que se agolpan á mi ánimo, no harian otra cosa sino confirmar lo que ya me parece que resulta de los ligeros análisis que dejamos hechos. Ni el arte español por sí mismo era otra cosa que un accesorio al culto religioso de nuestros padres, ni la sociedad española le habia inspirado, ni le podia inspirar ni consentir otra naturaleza. Era grande, porque Dios dotó á nuestra raza de grandes medios para él: era digno, porque nada lo es tanto como la idéa en que se concretaban su generacion y su perfeccion: era sublime, por esa propia sencillez, por esa misma infantil ignorancia, que le hacía único entre todos sus hermanos de la tierra. Pero su objeto era estrecho; pero la conciencia de sí propio era nula; pero el amor reflexivo por sus obras era una idéa que jamás habia encendido su ánimo. Así como el pueblo español no tenía semejanza con ninguno otro pueblo del mundo,—hecho lo que era por una historia especial, no parecida á ninguna otra historia;—así tambien el arte de nuestros mayores constituia una creacion singular, que no comprenden fácilmente los que no la hayan considerado en su verdadera luz, y con el justo conocimiento de su propia, histórica índole. Desenvolverla del todo, exigiria mayor extension que la de un discurso: si os he dado la clave para que entreis á ella, paréceme que he cumplido con lo que podfais pedirme y con lo que yo necesitaba.

Ahora, señores, anudemos los hilos sueltos, recojamos las

idéas esparcidas, y vengamos á nuestro primitivo y capital propósito. Yo me preguntaba al comenzar mi discurso porqué no habíamos tenido Grabado los españoles en los siglos de nuestra grandeza; é investigaba, para resolver esa cuestion, de una parte, que es en sí mismo el Grabado, y de la otra, cuál fué el carácter, cuál la índole del arte español de aquellos tiempos. Si estas investigaciones nos han hecho conocer, primero, que el Grabado es la expresion más sintética, más reflexiva, más artística, de las artes mismas; y despues, que las artes españolas fueron en esa época las ménos reflexivas, las menos concienzudas, las ménos artísticas de todas las artes; pareceme, señores, que algo, mucho hemos adelantado para nuestro objeto, y que una contradiccion que se ofrecia tan evidente, y que una dificultad que se presentaba tan grave é irresoluble, no lo son en realidad para quien penetra en el fondo de las cosas, y no se deja iludir por meras apariencias y por simples y no definidas palabras.

¿Porqué habia de arraigarse, porqué habia de progresar, porqué habia de tener una gran existencia el Grabado en nuestra sociedad española? ¿Le traia, por ventura, algun goce nuevo? ¿Le satisfacía alguna nueva necesidad? ¿Se habia menester acudir á su auxilio para el papel que aquí desempeñaban las otras artes sus primogénitas hermanas? ¿Era tan artístico nuestro pueblo, que debiera apasionarse por él, como síntesis de esas artes propias?

La corte no necesitaba el Grabado, teniendo á Velazquez, y las colecciones italianas y flamencas reunidas por este. La grandeza no necesitaba al Grabado, encontrando buenos ó malos retratistas, que conservaran las facciones y el blason de sus hombres ilustres. Las catedrales y los conventos no necesitaban al



Grabado, que se despega de los claústros y de las iglesias, y que no podía competir con los pintores originales de todo mérito y de toda categoría. Nuestro pueblo era sério y no era artista: carecía de hábitos de lujo y de fruicion: vivía en una sencillez que casi tocaba á los límites de la pobreza. Madrid no compitió nunca con París; Sevilla no igualó á Florencia; Toledo y Barcelona no llegaron á las ciudades de Flandes. ¿Qué había de hacer la bella, la nítida estampa en casa de nuestro labrador, de nuestro industrial, de nuestro hidalgo de provincia? ¿Representar un asunto religioso? Más agradablemente se lo recordaba el pincel de un discípulo de Ribalta, de Castillo ó de Gutierrez. ¿Ilustrar un devocionario, un libro de horas? Para eso bastaba el antiguo, el primitivo, el elemental Grabado de madera: esos libros no fueron jamás en manos de nuestros mayores, obras de placer, obras de recreo. ¿Recordar el juicio de Páris, las bodas de Psiquis, la fábula de Acteon? Y ¿quién nos asegura,—dado que la idéa de poseer tal estampa hubiese ocurrido al perulero venido de las Indias, cuando el diseñar el cuadro no ocurría á ninguno de nuestros pintores;—¿quién nos asegura que no le hubiera retraído de su propósito el temor de encontrarse mal visto, sospechado, denunciado quizá, por el indiscreto celo del familiar del Santo Oficio, que vivía en la casa inmediata? ¿Sería esto tan imposible, tan sorprendente cuando el gran poeta fray Luis de Leon había padecido cinco años en un encierro, por haber hecho asunto de arte lo que el espíritu comun no podía considerar sinó como materia mística, como materia religiosa?

No extrañemos pues el que en los siglos décimo-sexto y décimo-séptimo, en la propia época en que nuestra arquitectura, nuestra escultura y nuestra pintura se elevaban tan altas, hu-

biese permanecido nuestro Grabado en comparativa postergacion, en indudable, notoria inferioridad. Fué lo que pudo ser; lo extraño hubiera sido que alcanzara mayores proporciones. Empleóse por algunos como mero auxiliar de la pintura: brotó en las manos de otros, como una gran muestra de la capacidad artística que Dios ha derramado en el ámbito de nuestro suelo y en la sangre de nuestra raza. Pero ¿cómo se habia de distinguir lo que en otros países, al lado de nuestras artes ni en el seno de nuestra sociedad, cuando nuestras artes no necesitaban de él, y nuestra sociedad no le concedia el puesto de honra que toda creacion del genio demanda y exige?

No puedo detenerme, señores,—he sido ya demasiado largo; he abusado por mucho tiempo de vuestra atencion;—no puedo detenerme en lo que sucedió despues. En la ruina universal de nuestra potencia, de nuestra antigua y noble civilizacion, de nuestras artes verdaderamente españolas, los pobres gérmenes de Grabado, que existian entre ellas, debian y no podian ménos de hundirse, con todo lo demás que en la Península se desplomaba. Dios habia querido que pasásemos por tal abatimiento: démosle gracias muy rendidas porque nos dejó nuestro carácter en el fondo del corazon, porque nos dejó nuestra nacionalidad en la tierra que pisamos, porque nos dejó la esperanza en esa estrella que luce en nuestro cielo. España ha podido renacer, y ha renacido de sus cenizas: lo que el simbólico Fénix habia augurado á la imaginacion de los antiguos poetas, nosotros, esta nacion de caballería y de fé, lo estamos demostrando, lo estamos patentizando al mundo.

Hubo un albor de este renacimiento en el reinado de Carlos III, monarca glorioso, que nos trajo de allende los mares alteza de idéas y tendencias civilizadoras y artísticas. A ese pe-

ríodo, que sigue inmediatamente al de la fundacion de esta Academia, corresponde el primer cultivo sério del Grabado, la primer aspiracion de escuela que puede señalarse en nuestra España. El Sr. Martínez os ha hecho conocer los nombres que la ilustran : yo cito solo el de Carmona y el de Esteve, para comprobar por mi parte cómo podemos elevarnos en este estudio al nivel de cualesquiera otros pueblos, de cualesquiera otros artistas de la Europa. Morghen no fué más clásico que aquel; Caramatta no se desdeñaría de haber firmado las estampas de este último.

Y sin embargo, señores, la obra de Cárlos III no subsiste. Despues de aquel albor, de aquel crepúsculo, volvimos á caer en una triste y oscura noche. Al lucero de la mañana, no siguió inmediatamente el astro deslumbrador de la plenitud del dia. Facticio y tan solo oficial aquel renacimiento, no tomó posesion, no echó aun raices en el vasto terreno de nuestros hábitos. Ahora, ahora es, señores, cuando las puede, cuando las debe echar.

Bien lo sabeis, bien lo conoceis, no es necesario que yo os lo diga ni os lo explique. La luz que venía de lo alto, no habia penetrado aun en los senos de nuestra sociedad, para que esta se iluminase y fecundase. El trono podia ser semejante á los demás de la moderna Europa ; el pueblo no era todavía semejante á los otros pueblos. Se principiaba apénas la obra lenta, íntima, necesaria de la reconstruccion de nuestro sér. No teníamos arte; ni cándido como el antiguo, ni reflexivo como el que habia de sustituirle. Era una confusion, fecunda sí, y llena de esperanzas, la que bullia en los profundos senos de la nacion española; mas al cabo era una confusion, no era nada de positivo, de ordenado, de determinado.

En el día, señores, ya es otra cosa. La transformacion se ha hecho, la restauracion se consuma en estos instantes. España es un pueblo europeo, en vez de ser un pueblo aislado y singular enmedio del orbe. Conservamos algo, mucho,—¿quién lo duda?—de nuestro carácter y de nuestras tradiciones; pero abrimos nuestras mentes como nuestras ciudades, á la influencia de las idéas extranjeras, al patrimonio comun de la humanidad. El nivel de la civilizacion hace correr enmedio de nosotros las apreciaciones y los hábitos de todos los demás paises. Nuestro gobierno es ya igual á sus gobiernos; nuestra civilizacion análoga á sus civilizaciones; nuestras artes no pueden ser desemejantes de sus artes. Esa vida que nos han enseñado, á cambio de los inconvenientes que pueden señalarse en ella, tiene tambien, no lo dudeis, su mérito y sus ventajas. En lo material, claro es que no nos ofrece ménos goces que la antigua: en lo intelectual, en lo moral, en lo artístico, ¿quién la negará mayor espacio, mayor dignidad, mayor elevacion? Como cristianos, y en la esfera doméstica, nada nos impide que igualemos á nuestros padres; como industriales, como sábios, como artistas, como hombres públicos, podemos ser lo que ellos no fueron, lo que á ellos les era imposible.

El arte especialmente, señores; el arte, de que tratamos ahora, penetra por todos los poros en las entrañas de la sociedad: y el Grabado, que como ya os dije es su expresion más algebráica, más reflexiva, mas sintética; el Grabado no puede ménos de seguir ese necesario, ese universal impulso. Sus destinos, su porvenir son hoy tan grandes entre nosotros, como lo fueron desde el décimo-sexto siglo en toda la Europa culta, en Italia y en Alemania, en Francia, en Inglaterra y en Flándes. Nosotros que, conservando siempre más arte religioso que nin-

gun otro pueblo, vamos á tener asimismo arte histórico, arte descriptivo, arte mitológico quizá, aunque sea en menores proporciones; nosotros podemos tener un múltiple Grabado, que recoja, que ofrezca, que difunda nuestros antiguos y nuestros modernos caudales de toda especie. Si ha podido seguir en cualquier época ese camino el ingenio español, mejor y más fácilmente le seguirá, ahora que se han removido los obstáculos que embarazaban ántes sus movimientos y le impedían la libertad de sus acciones.

¿Qué se necesita para conseguirlo? Esta nueva pregunta, señores, me llevaria muy léjos, y yo no puedo más. Diré solo que cuando hay una Academia como la nuestra, grabadores como el Sr. Martinez, y colecciones artísticas como las que encierran nuestros palacios, nuestras catedrales y nuestros museos, semejante pregunta no es una cuestion. Haya voluntad, esa hechicera que tanto alcanza, que tales y tan mágicas maravillas obra; y no dudeis de que podrémos dejar á nuestros sucesores dos cosas verdaderamente grandes, verdaderamente dignas de nuestro siglo, un gran tesoro de arte y á la par una gran escuela de Grabado.—He dicho.

VI.

SOBRE EL CARACTER Y DEBERES

## DISCURSO

EN LA PRIMERA SESION PUBLICA ANUAL

DE LA ACADEMIA DE SAN FERNANDO.

1864.



## SOBRE EL CARÁCTER Y DEBERES

### DE LA ACADEMIA.

---

Siento, señores, venir á defraudar las esperanzas de los que me habían honrado con su eleccion, y de los que me honran hoy con su asistencia á esta solemnidad. Cuando prometí que llevaría en ella la voz de la Academia, y que ocuparía vuestra atencion por breves instantes, ora examinando algun punto artístico de los que corresponden á su instituto, ora trazando el elogio de alguno de los insignes ingenios que han sido en esta esfera prez de la nacion española, esperaba yo que el descanso de los negocios que trae naturalmente consigo la estacion de los calores, me dejaría lugar para contraer al asunto que eligiese las escasas fuerzas de mi ánimo, llenando así mi oferta y mi obligacion, cuando no con la brillantez propia de este Cuerpo,

al ménos con la decente medianía sin la cual no parece lícito dirigirle siquiera la palabra. Vuestra benevolencia, de la que habeis dado largas pruebas á quien, si no es artista, tiene acreditado que ama las artes, habría hecho lo demás: cumpliéndose así en los términos posibles, y por vez primera, lo que nos exige la nueva ley, ya que los achaques de nuestro dignísimo Director le imposibilitan hoy de ocupar un puesto donde ninguna otra persona de nuestra edad podría lisonjearse de igualarlo.

Me engañaba, y no nos engañábamos todos. El verano no ha sido ocasion de reposo para mí. Las ocupaciones políticas han llenado mi tiempo, aún al pié de los montes de Navacerrada. No he podido meditar á la sombra de aquellos grandes pinares; no he podido inspirarme en el seno de aquella sublime naturaleza. A mi vuelta á Madrid hánme seguido más vivos y apremiantes idénticos quehaceres. Y cuando al cabo de algunos dias viene y llega por fin la libertad; cuando puedo descargar aquellos de mis hombros, apartarlos de mi mente, tornar la vista á lo que siempre fué verdadero halago de mi espíritu, hállome con que ha pasado el tiempo, con que todo el señalado instante, con que me es forzoso concurrir á este sitio en donde ya me estais aguardando, y hablaros de repente, sin ninguna preparacion, de lo que estaba ayer tan léjos de mi preocupada inteligencia.—¡Perdon, mis queridos compañeros; perdon, todos los que me escuchais, si, como os he dicho desde la primer palabra, vengo á defraudar, y no puedo menos de defraudar lo que esperábais del presente discurso!

Por fortuna, aquello que se pierda en el dia de hoy no ha de constituir una pérdida perpétua ni irreparable. Los destinos, aun el nombre de la Academia, no se comprometen porque quede un momento inferior á sus obligaciones quien en ese momen-

to debia representarla. Si la Academia se contempla á sí misma, puede tener fé en su porvenir: si la contempla el público, ha de saludarla con respeto y ha de confiar en ese porvenir propio. Mas alta que estas nubecillas que se mecen de cuando en cuando á su alrededor, su lumbre igual y permanente se dilata sin intermision por los espacios, fomentando con su templado calor, é iluminando con sus nítidos y serenos resplandores la tan bien dispuesta atmósfera de nuestra Patria.

Ahora, señores, — bien lo sabeis vosotros, — comienza para ella un periodo nuevo, un nuevo sér. Al antiguo instituto, que más que otra cosa era una escuela de Bellas Artes; á la Corporacion cuyo carácter constituia la más íntima dependencia del Gobierno, succede una verdadera Academia, no solo en el nombre, sino en la realidad, que existe, y se ordena, y se rige por sí misma, dentro de los límites que la señalan la ley y la razon, y que si tiene por único objeto las artes propias, no se ve limitada á la material direccion de los estudios, ni al mero despacho de las consultas oficiales. El espíritu de la época, el sopro del siglo han caido en su seno, y tomado posesion de su existencia toda. La iniciativa, el fomento, la discusion, nada se excluye de sus anchísimas bases. Con más libertad, con más responsabilidad, con mayores medios que hasta aquí, la Academia se reorganiza hoy, para ser en verdad lo que la piden que sea el nuevo juicio de sus deberes y los adelantos de la moderna civilizacion.

Y eso es probablemente sobre lo que yo me habria propuesto hablaros, caso de poder meditar en oportuna forma este discurso. Bullen en mi ánimo varias y confusas idéas acerca de lo que deben ser estos Cuerpos en el siglo décimo-nono, acerca de cómo pueden y deben llenar el noble encargo que les fian la expecta-

cion y la conciencia públicas. Quizá no está dicho aún, ó por lo ménos no es vulgar, todo lo que cabe pensarse en la materia; y quizá tambien podrian salir de mis labios apreciaciones y consejos, que no fuesen del todo impropios al objeto que nos reúne en estos instantes. Pero ¿qué os he de indicar, señores, cuando me falta materialmente el tiempo, no digamos ya para esclarecer y ordenar inciertas nociones de mi mente, sino para extender, para escribir siquiera aquellas que tengo de antiguo más dilucidadas y ordenadas?

Como quiera que sea, necesario es que vuestra ilustracion supla mis raciocinios, como vuestra bondad excusa mis defectos. Encanecidos vosotros en el cultivo y en la meditacion de las artes, siendo producto de tales meditaciones la reciente reforma de nuestros Estatutos, poco habia de ser lo que yo pudiese ofrecer os que no se encuentre ya, por lo ménos como gérmen, en vuestra experiencia y en vuestros juicios. Vosotros sabéis tan bien como el que más en lo que consiste la utilidad de estos Cuerpos; y os sentís dispuestos sin duda á dar al presente, al que nos comprende á todos, el justo, el necesario carácter que debe tener, para que constituya en medio de la nacion una prenda de cultura, y una garantía de sólidos adelantos en la aureola artística que gloriosamente la rodea.

No es el genio, señores, —lo sé, lo sabemos todos,—lo que aquí ha de producirse. El genio no se enseña; el genio no sale de los institutos, como una planta que se deba al invernáculo de sus lecciones y de sus esmeros. El genio es un hijo predilecto de Dios, que crece en los brazos de la libertad, que se robustece y triunfa en los azares del combate. Llamóse Giotto, y diseñaba cabras en un desierto: llamóse Rivera, y emborronaba mendigos, alimentándose de pedazos de pan recogidos en la pla-

za pública. Los que han querido encadenarle, deducirle de las meras reglas, han desconocido su índole como su destino, y se han agitado vanamente para desvanecerse en ilusiones y perderse en tristes desengaños.

Pero hay en el mundo algo más que el genio: hay el buen gusto; hay la decencia; hay la crítica y la razón, que llevan á esos resultados, y que impiden al mismo genio que delire y se extravíe. Hay la atmósfera que llenan el orden y el talento, y que tal vez es más útil para las naciones que el genio aislado ó desordenado. Hay la cultura universal, parte integrante de nuestra cristiana civilización, y que levantándonos en un digno y constante nivel, ilustra y sublima al hombre á los ojos de sus semejantes y á los de su conciencia propia. Si las Academias no producen el genio, nadie desconoce que pueden producir y que son á su vez el producto de esta cultura.

Las Academias son reuniones de espíritus distinguidos, á quienes junta y concierta el amor de lo bello; y que discutiéndolo, depurándolo, llevándolo como enseña en medio de la sociedad, forman, por decirlo así, el noble sacerdocio de su culto. En principio, ningún derecho coercitivo las acompaña; ninguna verdadera autoridad ejercen como tales Academias. Y sin embargo, tan natural es esta asociación á la índole del hombre, tan grande es el influjo moral, que no pueden ménos de ejercer en el ánimo comun desde que existen, que sin esa autoridad y sin ese derecho, su poder es universalmente reconocido, sus juicios son universalmente acatados, su aprobación es el *desideratum* de cuantos se ocupan en lo que constituye su objeto, y la distinción de que ellas le abran sus puertas el más alto deseo de toda aspiración noble y de toda conciencia generosa. ¡Magnífico espectáculo de lo que vale la comunión de las almas en la

pura; en la ideal, en la desinteresada contemplacion de la belleza! Ante ella no son jamás posibles la indiferencia ni el desden: aun las malas pasiones que la toman á veces por objeto, se reducen en último análisis al encomio disfrazado y al anhelo de participar de la misma distincion que se combate y censura.

Pero si las Academias son naturalmente tanto y valen tanto, de esa propia excelsitud que las caracteriza ha de deducir el recto juicio sus deberes y sus obligaciones. *Noblesse oblige*, ha dicho con acierto el espíritu reflexivo de la más brillante aristocracia. La distincion compromete; la elevacion impone á todo espíritu que se estima y se respeta, más duras y más estrechas responsabilidades. Si aparecen con mayor viveza las glorias y las faltas del que se encuentra colocado donde le nota la expectacion general, esa es una razon poderosísima para que cuide con mayor esmero de suprimir sus faltas y de multiplicar sus glorias.

No son las Academias tiendas que se levantan para el reposo. Se entra en ellas con el sudor de la frente; y necesario es que no se olvide derramarlo, para continuar en la posesion de lo que se ha adquirido. En este siglo décimo-nono, en que plugo á la Providencia hacernos venir al mundo, ni hay autoridad que se exima de la soberanía de la razon, ni hay puesto que no deba guardarse por análogos medios á los que sirvieron para adquirirlo. Algo y mucho, es poseer para conservar; pero algo y mucho se necesita todavía, si ha de estar justificada y si ha de parecer legítima la conservacion.

Vosotros, los que habeis entrado en este santuario, indispensable es que prosigais en las condiciones á que debísteis vuestra entrada. Existe una relacion forzosa de armonía entre ese puesto á que habeis venido y el sentimiento general artístico de la

humanidad entera : si éste marcha,—y necesario es que se desenvuelva y marche, porque tal es la ley de los seres que son perfectibles y no perfectos,—tened entendido que no podeis hacer alto separándoos de él, sin que se comprometa vuestra reputacion y vuestro nombre. En la vida moral como en la vida física, en el organismo de las Academias como en el organismo de las personas, la inmovilidad absoluta ó es la consecuencia ó es la causa de la muerte.

¿Quiere decir esto que hayais de correr sin principios fijos, aceptando los caprichosos delirios de cualquiera edad, dando carta de naturaleza á cualesquiera invenciones, solo porque son tales invenciones? Muy léjos sabeis que está eso de mi ánimo. El buen gusto tiene sus cánones esenciales, siquiera no sean muchos, siquiera consistan más en negaciones para impedir, que en preceptos afirmativos para hacer. El buen gusto es una regla suprema de la que estos Cuerpos, críticos más bien que creadores, no pueden eximirse nunca. Del buen gusto y de su posesion no debeis abdicar jamás ; porque sería abdicar de vuestra razon de ser ; porque sería conculcar vosotros propios la legüimidad de vuestro magisterio ; porque sería prostituir vuestra mision, y arrojar en el cieno vuestro nombre.

Pero no estrecheis, no escatimeis, por Dios, la significacion de esa palabra *buen gusto*. Pero no la hagais sinónima de amañamiento y de escuela, mucho menos de frialdad y de tontería. Pero no pretendais que sale de su círculo todo lo que no se vió ó no se enseñó en la época en que vosotros estudiásteis. Dejad que se ensanchen los horizontes con todo adelanto que parezca plausible. Dejad libre el paso á procedimientos nuevos, aunque sean atrevidos tanto como originales, siempre que no quebran ten los cánones de lo recto y de lo decente. Pensad que no es

única ni exclusiva la expresion de la belleza ; que son varios y discordes sus tipos ; que es desconocerla, ya que no matarla, el quererla encerrar en una forma sola. No os apresureis á condenar aquello que no rompa de un modo claro como la luz la verdad, la unidad y la armonía, que son sus necesarias condiciones.

Permitidme que os recuerde aquí una expresion, que si bien fué dicha para algo más elevado que las artes, se aplica sin embargo con la mayor exactitud á las artes propias. *In necessariis unitas, in dubiis libertas.*—Conservad la unidad en lo que es necesario, teniendo en cuenta que lo necesario es poco ; pero conceded la libertad en cuanto cae bajo la calificacion de la duda, y no olvidéis nunca que esto es lo más, lo dudoso, en los vastos, amplísimos dominios de la inteligencia humana.

Os ruego sobre todo, mis queridos compañeros, que os penetreis de esta doctrina, y que hagais la aplicacion de este espíritu en la eleccion de las personas á quienes habréis de llamar para que compartan vuestros gloriosos trabajos. Por su renovacion es principalmente por donde se conforman ó no se conforman estos Cuerpos á los sentimientos del siglo y de la sociedad en que viven. En su renovacion es donde se muestran aristocracias ininteligentes, y por lo mismo caducas, ó aristocracias pensadoras, y por tanto legítimas y vivideras. Que no falte, señores, esa relacion de armonía de que ya os he hablado : que no retroceda esta Academia en el buen camino que llevó siempre, aun cuando era ménos libre en sus acciones, ménos alta en su condicion. Hoy, que ha entrado en la plenitud de su libertad, hoy que es más que nunca, dueña de sus destinos, sería para ella una ignominia el desmerecimiento de sus antiguos hábitos y el amenguamiento de sus tradicionales glorias.

No lo temo, no se debe temer. Cuando la nacion se ha levantado de la manera que es pública, así en este como en los demás hechos de su vida ; cuando no hay más que abrir los ojos y querer mirar para convencerse del adelanto de las artes, imposible sería que nosotros permaneciésemos estadzicos, rompiendo la unidad de esta magnífica regeneracion. El movimiento es general, señores ; el progreso es notorio ; la nueva vida aparece en todos los accidentes de este digno pueblo. ¿Sería posible que sólo la Academia de San Fernando desconociese sus deberes y fuese inferior á su responsabilidad? Vuelvo á deciros lo que antes : *Noblesse oblige*,—y vosotros no desconoceréis ni haréis traicion á vuestra nobleza.

Y aquí me es indispensable poner término á este breve y desordenado discurso. Me falta de hecho el tiempo para seguir escribiéndolo, como me faltó para meditarlo. Me falta aun el necesario lugar hasta para desenvolver las idéas que quedan apuntadas, como me faltó para buscar, para acertar con otras que hubiesen sido más á propósito en una solemnidad como la presente. Os he confesado los motivos, y os he pedido perdon de mi culpa : sois demasiado buenos y demasiado generosos para no concedérmelo.

No depende, repito, de este discurso la fama de la Academia, como no se cifra en mis pobres conocimientos su porvenir. Su fama, su reputacion, su gloria, la constituyen los adelantos artísticos de nuestra España, desde la nulidad en que yacíamos cuando ocupó el trono Fernando VI hasta la brillante distincion en que se muestra al presente : su porvenir está asegurado al considerar de una parte los nombres de los actuales Académicos, y al fijar la vista por otra en la juventud que nos rodea, y que se apresura á llamar á las puertas de este santuario. No, no pe-

recerá, no decaerá, no se rebajará el arte español, el que lleva á su frente á Velazquez, á Berruguete y á Herrera, cuando ciñe la corona de Castilla doña Isabel II, y cuando rebose por todos los ángulos de nuestro suelo la activa, la noble, la exuberante vida del siglo décimo-nono.—HE DICHO.

VII.

ALGUNAS IDEAS SOBRE LA NOVELA.

APÉNDICE.

PRÓLOGO ESCRITO POR EL AUTOR

PARA UNAS NOVELAS DE FERNAN CABALLERO.

1857.



## ALGUNAS IDÉAS SOBRE LA NOVELA.

---

Al comenzar estas pobres líneas, miserable fachada que pego con vergüenza á dos tan graciosos monumentos, y al escribir de novelas—segun creo—por primera vez, despues de tanto como he escrito en este mundo, juzgo que mis lectores no llevarán á mal el que principie confesándome con ellos sobre esta materia, á fin de que conozcan desde luego mis aficiones, mis hábitos, casi iba á decir mis doctrinas, algo de lo que siento y lo que pienso acerca de una lectura tan generalizada en nuestro siglo y en nuestro país.

Declaro en primer lugar, que soy enteramente de estos,—de mi país y de mi siglo,—en el particular de que estamos hablando: declaro que la buena novela me enamora, me cautiva, me arrastra; que pocas distracciones tienen para mí un encanto igual; que embebido en saborearlas y aun en devorarlas, he

pasado y paso todavía horas y horas, discurriendo con sus autores, viviendo con sus héroes, tomando una activa parte en la ficticia, escogida existencia que son su atmósfera y su terreno. —Si este es un defecto por ventura; si todas las personas graves y formales que me oyeren, lo estiman una aberracion del juicio ó una puerilidad de carácter, inclinaré la frente, y me someteré al rigor de la sentencia comun. Pero si hay algunos que conciban semejante ocupacion como un decente y provechoso solaz enmedio de las pesadas taréas del foro y de las acerbadas realidades de la vida pública; si los hay para quienes esa aficion á lo distinguido, á lo romancesco, á lo ideal, pueda elevar el ánimo, perfeccionar el gusto, inspirar amor á lo bueno y á lo bello, contribuir en una palabra al ennoblecimiento de nuestro espíritu y á la mejora de nuestro ser; permítaseme entónces que me confirme y aferre en mi costumbre, y que ya que no haga gala de una impenitencia procaz, diga sencillamente, pero sin rubor, que tengo pasion por las novelas, como la tienen algunos por las flores ó por la música, como la tienen otros, y yo tambien con ellos, por las estátuas y por los cuadros.

Claro sin embargo está,—y apénas era necesario decirlo,—que no todas las novelas, ni aun todos los géneros de novela, han de ser ni pueden ser igualmente aceptables para mí. Desde luego, hasta me parece excusado el descartar para condenarlas las que pertenecen á los géneros súcio y tonto; las que se apartan de los ojos con disgusto; las que se caen de las manos por falta de interés, por falta de talento, por falta de estilo. En obras que se dirigen al corazon y á la mente, condenado está por sí mismo lo que ni ilumina la mente ni tiene que ver con el corazon. En obras que pertenecen al arte, condenado está lo que no tiene condiciones artísticas. Todo el mundo conoce que lo im-

puudente no puede causar sino asco; que lo nécio y lo estúpido solo han de producir fastidio y sueño.

De otra cosa, pues, queríamos hablar cuando hemos dicho que hay novelas, que nunca nos agradaron. Y como estamos en acto de confesion, lo declararemos tambien tan sincera como ingénuamente.

Me repugnan ante todo, y me han repugnado desde niño, las que podria llamar novelas anatómicas; aquellas, en que, no sé si con verdad, ó sin verdad, se analizan, se descomponen, se reducen á polvo los sentimientos humanos, cual si fuesen nervios ó tegumentos, pretendiendo llevar el escalpelo hasta sus principios más recónditos y elementales, y colocando en una especie de microscópio sus partículas, para que nos den por consecuencia mónstruos que no se conocen en el mundo, doctrinas que no son las doctrinas de la sociedad. Tales novelas, no necesito de seguro nombrarlas: todos las conocemos; todos hemos tropezado con ellas alguna vez; todos las hemos oido celebrar y recomendar como el límite del ingenio, como la corona de la filosofía y del arte. Pero en cuanto á mí vuelvo á repetir lo que llevo dicho: siempre me han sido antipáticas tales obras, como me lo es una leccion de patología, ó como me lo son esas estátuas de cera que nos demuestran al desnudo las cavidades de las vísceras humanas. Puede cautivar, y cautiva ciertamente mi ánimo, la observacion delicada y exacta de nuestros sentimientos; mas esa que pasa á descomposicion total, á análisis quirúrgica, ni la sigo con deleite, ni la sufro siquiera con resignacion. Suponiendo que semejantes análisis sean verdaderas, paréceme, que no es á la literatura sinó á la medicina á quien corresponden; si á más de ello fuesen voluntarias, mentirosas, creo que no se las deberá colocar sino en la region de los más repugnantes delirios.

Otras novelas, á las que tampoco me he acostumbrado jamás, son las que sirven de cuadro á predicaciones socialistas. Y, no porque el socialismo en mi juicio carezca de importancia, y no deba mirarse con cuidado y con respeto: derivacion, aunque sea bastarda, del espíritu cristiano, engendro doloroso de males incuestionables que no basta cerrar los ojos para no sentir, es algo más que uno de esos accidentes políticos, que duran el espacio de pocos días, y que solo dejan en pos un nombre que se olvida luego, y un pequeño vacío, que bien pronto y de cualquier modo se llena. El socialismo es y vale mucho más. Ni concebimos un hombre de bien que no tenga el gérmen de su crítica en el fondo del corazon; ni vislumbramos otro medio de combatir y de enfrenar el desbordamiento de sus idéas, tan destructor y tan terrible, sinó el de la sublimacion de los principios pura y santamente cristianos, la justicia, la libertad y la caridad, que resuelven todas las cuestiones humanas, hasta el punto que nos es dado resolverlas en esta vida de tránsito, de imperfeccion y de sufrimiento.

Mas, aun considerando el socialismo como una cosa grave y seria, hemos tenido la desgracia de encontrar siempre á sus novelistas á la par peligrosos y pueriles; falsos en los caracteres y declamadores en los sentimientos, afectando algo que no nos ha parecido sincero ni real; copiosos en palabras *humanitarias*, pero que mal disfrazan sólo, y no pueden encubrir su espíritu de rencor á lo que es digno y respetable. Yo no sé si procede esto de la propia naturaleza de tal doctrina, exageracion, caricatura de la doctrina evangélica, y dada, por consiguiente á caricaturas y exageraciones: si se deriva de la situacion hostil en que se halla respecto á las antiguas sociedades, y que la impele á esos extremos de hostilidad y ódio: si nace por último

del carácter personalmente agresivo de sus más renombrados escritores, que se derrama de su pluma en una emanacion tan necesaria como natural. Pero sea lo que fuese de la causa, el hecho es cierto, es evidente, si no se iluden mis sentidos y mi razon; y las novelas socialistas, que no son en su fondo obras ni de entretenimiento ni de arte, sinó meras máquinas de demolicion social; libros de pura y ardiente controversia, se me presentan tan desnudas de lo que debia formar su atractivo, de lo que debia envolver entre sus halagos la enseñanza, que no puedo ménos de repelerlas con duro desden, repitiendo el *incredulus odi* del eterno Legislador en materia de gusto.

Aparte de las novelas *tontas*, de las novelas *anatómicas*, y de las novelas *socialistas*, todos los demás géneros son buenos y aceptos para mí; como que recrean la mente, como que embelusan el ánimo de una manera delicada y apacible. El género descriptivo, el dramático, el histórico, la pintura de caracteres, la narracion de sucesos extraños, las combinaciones de imaginacion ó de enredo; todo ello es verdaderamente humano, y todo suministra un más vivo interés á las más nobles facultades de nuestro espíritu. Cuando Chateaubriand nos presenta en *Renato* el vago refinamiento de unas nebulosas pasiones que son triste consecuencia de la vejez de nuestra sociedad, y cuando Bernardino de Saint-Pierre lo hace en *Pablo y Virginia* de la candidez de otras que llevan el sello de inocencia propia de las situaciones patriarcales; mi entendimiento y mi corazon los siguen á uno y otro terreno, los acompañan por una y otra vía, y llegan á un placer igual, ora derramando lágrimas de ternura, ora desgarrándose en simpáticos afectos por un dolor que nos penetra hasta el fondo de las entrañas. Si por acaso aparte de allí los ojos, y los llevo á donde Walter Scott nos retrata con

admirable lucidez las verdaderas costumbres de la edad media, Lesage las del décimo-septimo siglo, Cooper los hábitos de los indios y de los *plantadores* americanos, Bulwer las finas maneras del mundo aristocrático de nuestros días; á donde Manzoni nos ofrece sus admirables *Desposados*; á donde Alejandro Dumas, con una incansable facundia, con un talento escénico que tiene pocos parecidos, y con una desenvoltura de imaginación que aturde tanto como embelesa, nos dá en sus *Mosqueteros* un libro real de Caballería, como es posible en el siglo décimo-nono; el contentamiento y la satisfaccion quizá no son menores, y el doloroso placer de las lágrimas se vé reemplazado por otros, á veces de tan delicada ley, y siempre igualmente racionales, de análoga dulzura, de semejante y no ménos vivo interés.

Y no he querido citar, de propósito, entre esos distinguidos hombres que resúmen los diversos géneros de la buena novela actual, otro nombre más claro todavía, y que consagrado por la unánime aprobacion de generaciones y generaciones, se levanta y descuella entre todos

«*quantum lenta solent inter viburna cupressi.*»

Tal es sin duda el del autor del *Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*; la primer novela que se ha escrito en el mundo; á la que ni en fuerza de observacion, ni en verdad de caractéres, ni en profundidad de pensamientos, ni en gala de estilo y de colores, ni en lo exacto ni en lo ideal, llega ni se acerca ninguna otra de cuantas han concebido el ingenio humano; siempre fresca y lozana á pesar de sus dos siglos y medio; siempre leida con el mismo placer y admirada con el pro-

pio entusiasmo que en los primeros dias, única en el orbe que despues de haber llenado plenamente un especial designio, y cuando parecia que no tuviese ya objeto ni razon, sigue deleitando á toda clase de personas, á la par que desesperando á cuantos cultivan estas flores del espíritu, y se afanan por encontrar algo que la imite, ya que no la iguale. De propósito no queríamos hablar de ella; por lo mismo que un profesor ordinario de arquitectura no hablará á sus oyentes de la Gran Pirámide de Egipto ó de San Pedro del Vaticano: que hay monumentos, y tambien hay libros, ante los cuales bajamos la frente los hombres del comun, como que son nuestro asombro todavía más que nuestro orgullo; que hay nombres que no se pueden pronunciar enmedio de otros nombres, porque es necesario al pronunciarlos descubrir la cabeza, inclinar los ojos, y colocarse en una respetuosa actitud, como delante de Reyes de la inteligencia, enviados por Dios de tiempo en tiempo para abrirla nuevos horizontes, y para conducirla por nuevos caminos.

Dejemos, pues, en su incomparable gloria á Miguel de Cervantes Saavedra, blason de España, y eterno modelo de cuantos se propongan enlazar la realidad á la ficcion: limitémonos á algo más compatible con nuestra pequeñez, y fijémonos en luces que puedan soportar nuestros ojos sin deslumbrarse y cegar con su brillo. Tambien son altos y dignos los segundos puestos, cuando es tan ingente el que posee una primacía no compartida por ningun otro.

No sé si, continuando ahora en mis declaraciones, deberé tambien confesar que incitado por esta idéa, y más aun por mi aficion al género, hubo una época en que deseé cultivarle, y pensé muy sériamente en alguna obra, que concebía como de

agrado y de interés. Padece sin duda en ello mi pobre amor propio; pero reconozco y declaro con toda humildad, que no supe llevar á cabo semejante intencion, y que me sentí inhábil para una empresa que verdaderamente me halagaba. Ora fuese porque carezca en realidad de la clase de talento que es necesario para tales invenciones y narraciones; ora porque fija mi idéa en ejemplos muy nobles, quisiese llegar hasta ellos de la primera vez, y no me resignara á lo que me parecia hartamente lejano de la perfeccion; es lo cierto que se negó mi pluma á extender y desenvolver lo que confusamente apercibiera mi espíritu, y que despues de varios ensayos inútiles conocí que no habia nacido para novelista, y me resigné á carecer de esa gloria, y sobre todo, de esa satisfaccion, que me habria sido mucho más importante.

Lo que resultó de ese conato frustrado, de esa triste percepcion de mi inhabilidad, fué que desde entonces estimé en más todavía el título de buen autor de novelas, y admiré más lo que no me encontraba con fuerzas para poner por obra. Esta es indudablemente una ley de la condicion humana. Lo que hacemos, lo que nos sentimos aptos para hacer, nos parece siempre obvio, fácil, de menor mérito: lo que escapa ó excede á nuestra aptitud, eso es para nosotros lo difícil, lo meritorio, lo grande. Yo he escrito de política, de legislacion, de artes, de historia; yo he compuesto poesías y dramas; yo he explicado en la cátedra; informado en el tribunal, disertado en la Academia, improvisado y discutido en el Parlamento: todo eso me parece sencillo. ¿Sabeis lo que encuentro grave, lo que me causa admiracion, casi iba á decir envidia? Escribir buenas novelas, porque no he sido capaz de hacerlo; y predicar buenos sermones, porque no concibo que se predique sino de memoria, y yo, ni supe jamás

la leccion cuando era estudiante, ni he podido aprender en mi vida la suma de veinte palabras.

Llegado á este punto de mi confesion, y habiéndome hecho conocer, segun creo, de los que me leyeren, en mis relaciones generales con la novela y los novelistas, razon es que nos dirijamos ya á *Fernan Caballero* y á las suyas, y que complete bajo ese punto de vista especial lo que puedo decir en esta fastidiosa adherencia, que con el nombre de prólogo autoriza una mala costumbre.

Hace muchos años que conocia á *Fernan Caballero*, aunque no le conociese con este nombre. Era yo un oscuro estudiante de la Universidad de Sevilla, ocupado en revolver el *Digesto* y la *Novísima Recopilacion*, cuando él — que entonces no era *él* — brillaba entre lo más distinguido de aquella sociedad por las gracias de su persona, realizadas con lo claro y lo apacible de su talento. Yo no le trataba, y aun juzgo no haberle saludado por aquel tiempo ni una vez siquiera. Le admiraba como todos los que le veian, porque Dios ha querido que se admire en todas las esferas lo bello y lo simpático: pero ni yo ni nadie, ni él mismo quizá, presumia á la sazón que debiésemos alguna vez admirarle de la manera y por los motivos que lo hacemos ahora.

Abandoné de allí á poco á Sevilla, vine á Madrid, corrieron años y años; y al cabo de ellos apareció *Fernan Caballero* en el mundo de las letras, y su novela de la *GAVIOTA* vino á anunciar á España que poseía un notable escritor, capaz de ponerse en línea con los que honran á cualesquiera otros paises. La aprobacion, el entusiasmo fueron unánimes: siguiólos, como era preciso, la curiosidad aguijoneada por un evidente pseudónimo: y roto bien luego éste,—que nunca duran mucho semejantes velos', y ménos aún en la época de publicidad que alcanzamos,—

hube de recordar con grata complacencia aquella hermosa aparición de mi juventud, que ostentaba un alma más hermosa todavía, en los puros, interesantes, amables conceptos de su ingenio.

No me incumbe á mí estimarlos ni avalorarlos todos y con detencion en este breve trabajo. Vengo despues de jueces muy competentes, que lo han efectuado de algunos con plena justicia, y no es por otra parte lo que me he propuesto el hacer un prólogo universal para las presentes obras. Cumpliría pues diciendo algo sobre *la Estrella de Vandalia* y ¡*Pobre Dolores!* que van á encontrar sus lectores en este tomo: que saborearán de seguro con el mismo placer que han experimentado en los precedentes, y que les harán desear otros nuevos, igualmente ricos en emociones tiernas y cristianas. Aún ese algo me parecería demasiado, si temiese que pudiera servir para dilatar el conocimiento de las propias novelas, y no creyese, como creo, que la inmensa mayoría del público ve siempre—y con mucha razon—los prólogos, despues que tiene vistas y se ha empapado en las obras.

¿Cómo es posible, sin embargo, escribir sobre cualquiera especial de un autor, particularmente cuando se le aprecia, cuando se tiene por él una justa simpatía, cuando se le sigue en todo su camino con *amore*; y no decir nada sobre sus dotes generales, sobre su manera, su sistema, sus perfecciones, su mérito? La tentacion es demasiado fuerte para resistirla; el deber demasiado claro para desatenderle; y como lo que podrá haber en ello es imprudencia á lo más, pero no pecado, ha de permitírseme el consignar aquí en una docena de frases lo que si se puede ya presumir por la mera lectura de estas dos pequeñas obras, se ve plenamente justificado por la de los seis ó siete

tomos que las preceden, y que tienen de seguro á la vista los que nos honran con su atencion en este momento.

Principiaré exponiendo lo que hiere más la mia en las novejas de nuestro autor, lo que me parece su rasgo supremo y característico: tal es la grande, la completa espontaneidad, que bajo todos aspectos le distingue. Nada hay en él, á mi juicio, que sea efecto de imitacion: nada procede y nace de la profesion literaria; todo es natural, todo es original, todo es absolutamente propio. Sus personajes, sus combinaciones, sus descripciones, su manera misma, emanan evidentemente ya de su instinto creador, ya de una observacion fiel y esmerada de personas y de cosas vivas y reales. Yo no sé si *Fernan Caballero* habia leído ó no habia leído muchas novelas ántes de escribir las suyas: pero sé, pero siento, pero veo que ninguna novela anterior transpira ni se refleja en las que él escribe; que ni caracteres, ni situaciones, ni cuadros, nada es tomado, nada es copiado por él de otras; que sus modelos son del natural, del mas puro y sencillo natural; y que al trasladarlos al papel dándoles esta nueva existencia, no se ha preocupado tampoco de la forma en que lo han hecho ó podido hacer los demás escritores, y solo ha cuidado de que correspondan á los dos principios que deben guiar á todo el que trabaja en verdaderas obras de arte,—la exactitud, la verdad en el fondo del retrato; la idealidad en la expresion de la propia figura retratada.

Ignoro lo que pensarán otros; pero confieso que esta circunstancia que acabo de exponer, es para mí de gran valor y de una estimacion suma y decisiva. Estoy cansado, aburrido, de leer imitaciones y más imitaciones de los buenos novelistas, — y aun de los que no son buenos en mi concepto, — hechas por quienes no alcanzándoles en mérito ó habilidad, deslíen sus propó-

sitos, amenguan sus bellezas, y parodian tristemente sus obras. Veinte y cinco años hace, era el género de Walter Scot el que diariamente se nos daba con nombres españoles; despues ha sido el de Eugenio Sue; hoy es el de Alejandro Dumas, aunque sin su imaginacion, sin su talento dramático, y sin su gracia narrativa. Se les ha visto célebres, se les ha juzgado interesantes; y se les ha imitado por ello, creyendo obtener celebridad y ganar interés: sin comprender los imitadores que existia un maestro superior á todos esos maestros,—la naturaleza—; ó sin tener ojos para ver, ni corazones para sentir lo que ésta nos ofrece de primitivamente bello, de digno sobre toda comparacion de ser observado y retratado. Copiando é idealizando, pues, con lentes que eran de otras vistas, sus copias han resultado falsas, y pueriles y absurdas sus idealizaciones. Pueden agrandar por naturales á los maestros; pero de seguro no agradan por amanerados los discípulos.

Véase pues cómo aprecio tanto á *Fernan Caballero* esa originalidad, esa espontaneidad, esa franqueza, que por primera dote le reconozco. Véase porqué la estimo y la señalo, sobre todas las demás del artista y del escritor. Véase porqué comprendo que se cifra en ella su mas brillante corona. Escapar al peligro de la imitacion y de la *escuela* en este tiempo; copiar *d'après nature*, cuando copian tantos de las que ya son copias, y por cierto no muy fieles; desechar esas malas tradiciones; romper esos tristes prestigios; tener valor para empaparse en la pura, en la franca, en la *verdadera* verdad, y para presentarla sin rodéos como sin afeite; hé aquí lo que ya indica por sí solo un espíritu sano, un entendimiento recto, un juicio merecedor de toda alabanza. Y si añadimos á eso que no sólo ha observado por sí, sinó que ha observado bien; que ha escogido

con talento; que ha pintado con fuerza; que ha sentido con ternura; que ha pensado con corazon; ¿qué otra cosa más hemos de pedirle, para ofrecerle en cambio de todo, nuestra sincera simpatía y nuestros fervorosos aplausos? ¿Qué otra cosa más se pidió ni se ha de pedir, por ventura, al novelista, desde que el ingenio humano halló la novela, y en tanto que acaricie y conmueva esa obra del arte, con sus delicadas ficciones, la inteligencia y el corazon de la humanidad?

No es esto decir que una crítica descontentadiza dejaría de hallar en las obras de *Fernan Caballero* leves lunares, sobre qué poner su fria y descarnada mano: ¿cuál es por ventura el autor que deja de ser hombre, y que no cae como tal, en algun humano defecto? Pero ¿qué importa que peque alguna vez contra la exactitud histórica, como cuando atribuye á los *Romanos* el *sic lucet in Vandalia*: ó que tambien peque otras contra el diccionario de la Academia, usando tal cual palabra que no sea de la mejor ley para los doctores de nuestro idioma castellano? Por ventura ¿hace profesion de cronista, ni se propone escribir unos anales de nuestra nacion? Por ventura ¿puede escapar él al contagio, que más ó menos nos ha alcanzado á todos; ó se han de libertar su dicción ni su lenguaje de lo que trae consigo la desaforada volubilidad de nuestro tiempo? Si en lo general son fáciles, claros, castizos, si describen con admirable exactitud; si espresan los afectos con patética sencillez; si son á veces sublimes por esa simplicidad misma; ¿qué importa un descuido, qué importa un lunar ó una leve mancha, en esa corriente de naturales y ordinarias perfecciones? *Fernan Caballero* no tiene de seguro presunciones académicas; y eso no obstante, no sé yo si hay en la Academia muchos escritores que pudiesen, no ya concebir, ordenar, pensar, sinó contar

siquiera una novela del modo que él la cuenta, ni con la gracia con que él la escribe. En cuanto á mí propio, ya dejo dicho que no puedo, que no sé.

Quizás hay en él,—porque queremos ser completamente sinceros:—quizás hay en él un defecto mayor que los indicados: mayor por lo ménos, bajo el punto de vista del arte, y con relacion al propio fin que le mueve y le anima en sus propósitos. Tal es de suspender ó abandonar á veces el papel de narrador, para convertirse en el de maestro de moral: el de no contentarse con que la enseñanza de ésta se derive naturalmente de los hechos referidos, y que la saque ó deduzca de ellos el lector; avanzando por el contrario á presentársela, á dársela, y no solo en alguna exclamacion ó reflexion corta y breve, sino en razonamientos, en explicaciones, en tono de predicador ó más bien de controversista. Yo bien alcanzo que cuando *Fernan Caballero* toma ese camino, su doctrina es buena, puro su intento, motivada por lo comun su obra; pero aun así y todo, creo que ganarían artísticamente sus libros en que no se dejara ir por esa pendiente que le arrastra, y que de seguro no perderian nada en el propio objeto moral, pues que las consecuencias que él no sacase las sacaríamos todos á nuestra vez, y sin duda con mayor gusto, y sin duda tambien con mayor provecho.

Permitaseme explicar de todo punto esta idéa, acerca de la cual no quiero que quede incertidumbre. De seguro es el complemento de todas las obras de imaginacion el que se aspire á que produzcan una enseñanza cristiana y sólida: de seguro es el más noble designio de todo novelista el que sus ficciones á la par que agradables, sean útiles, sean engendradoras de bien. Mala y vergonzosa corona es la del escritor que ve lanzado su libro del hogar de una honesta familia: triste celebridad la del que

despierta pensamientos impuros en el corazon de los jóvenes, ó tiñe de rubor la mejilla de las doncellas. Pero no es, á nuestro juicio, la predicacion directa la que produce lo uno, ni la que impide lo otro. La gran prueba de ser bueno, enteramente bueno, un libro de esta clase, no está en las máximas que ostenta y declama, sinó en los sentimientos que inspira y produce. Esa gran prueba solo resulta de que, leyéndose con avidez, luego que se ha tomado en las manos, deja el ánimo al concluirle en una disposicion mejor, más moral, más á propósito para la virtud, que cuando se le comenzara. Toda vez que se reune lo uno y lo otro, no hay que pedir más á las obras del novelista: son interesantes, que es su naturaleza; son morales, que es su ley. Temed que no se tornen, exagerando esta última, en tratados expresos de moral: temed que no pierdan de ese modo su sabor y su atractivo, y que no llegue á nacer de ahí lo contrario de lo mismo que se anhela. No olvideis nunca la octava de Tasso, suprema norma, en este particular, de razon y de buen gusto.

*«Sai che la corre il mondo, ove più versi*

*»Di sue dolcezze il lusinghier Parnaso;*

.....  
*»Succhi amari ingannato intanto ei beve,*

*»E dall'inganno suo vita riceve.»*

Basta ya, me parece, de juzgar á *Fernan Caballero*, en este aspecto general que me propuse. Gran narrador, gran pintor, gran observador de caractéres, escritor original y espontáneo, al que si puede señalarse alguna leve mancha, es nacida de su espontaneidad propia, uniendo á todo ello el delicado perfume que los hombres, *hombres*, no saben dar á sus obras, ocupa en el día un lugar muy merecido y muy alto, no solo entre los novelistas españoles, sino aun entre todos los novelistas européos.

No siguiendo las huellas de nadie, dejándose llevar por esa inspiración libre que ha sido una inspiración buena, ha recorrido un camino de aciertos y de triunfos, entre el doble aplauso de las personas de letras y de las personas de corazón. Unas y otras han derramado lágrimas sobre estos libros, sin poder abandonar su lectura, mientras que la madre de familias honrada y diligente los ha entregado y los entrega con toda confianza á los tiernos seres que Dios puso bajo su custodia. Así, la prueba de que hablábamos antes, está realizada, está vencida; y las obras de *Fernan Caballero*, ganando en ella ventaja á otras muchas obras de inmensa celebridad, ocupan á un tiempo los estantes de las bibliotecas, los dorados veladores de los salones, y las pobres camillas de pino, en cuyo alrededor se consumen las largas horas de la noche en el humilde interior doméstico.

Cuando sucede de esta suerte, todo lo que hubiera de decir un prólogo, ya que no sea ridículo, es por lo menos excusado. No diré yo, por consiguiente, más; y si algunos extrañasen que no consagre en especial siquiera unas pocas líneas á las dos preciosas novelas de este tomo, sírvame de excusa, primero, que lo que he dicho en general de todas, se aplica á ellas con tanta exactitud como á las restantes; y en segundo lugar, y sobre todo, que no puedo persuadirme hayan tenido el mal gusto de perder media hora en estas reflexiones, vagas, estériles, desnudas de agrado y de interés, y no hayan leído previamente esos lindos, esos tiernos, esos acabados cuadros, que ha apellidado tan poéticamente su autor: **LA ESTRELLA DE VANDALIA** y **¡POBRE DOLORES!**

**FIN DEL TOMO SEGUNDO.**

# ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

---

	<u>Páginas.</u>
BERNARDO, Drama épico.....	IX
<b>DISCURSOS ACADÉMICOS.</b>	
SOBRE EL PERIODISMO EN SUS RELACIONES CON LA LITERATURA.—Discurso de recepcion del autor en la Real Academia Española.....	179
SOBRE LA POESÍA ANDALUZA.—Discurso de contestacion al Sr. D. Fermin de la Puente y Apezechea, en su recepcion en la Real Academia Española.....	197
SOBRE EL EXCMO. SR. D. JUAN DONOSO CORTÉS, MARQUES DE VALDEGAMAS.—Discurso de contestacion al señor D. Rafael Baralt, en su recepcion en la Real Academia Española.....	221
SEPARACION DEL DERECHO Y DE LA POLÍTICA.—Discurso inaugural en la apertura de la Real Academia de Legislacion y Jurisprudencia en 1858.....	243

SOBRE EL GRABADO.—Discurso de contestacion al señor D. Domingo Martinez en su recepcion en la Real Aca- demia de San Fernando.....	259
SOBRE EL CARACTER Y DEBERES DE LA ACADEMIA DE NO- BLES ARTES DE SAN FERNANDO, DESPUES DE SU RECIENTE REORGANIZACION. Discurso en la primera sesion pública de la propia Real Academia.....	291

APÉNDICE.

ALGUNAS IDEAS SOBRE LA NOVELA.—Prólogo escrito por el autor para unas novelas de Fernan Caballero.....	303
---	-----







